La princesa
DEL
NORTE
De la autora de la saga
"Vientos de Escocia" y "Guardianas de Escocia".
MIRANDA BOUZO

La princesa del norte

MIRANDA BOUZO

Todos los derechos reservados

No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del autor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Copyright © 2022 Miranda Bouzo

Título: La princesa del norte

Edición publicada en noviembre de 2022

Diseño de cubierta: Alexia Jorques
Maquetación: Alexia Jorques
Corrección: Llyc correcciones

La princesa DEL NORTE

De la autora de la saga
"Vientos de Escocia" y "Guardianas de Escocia"

MIRANDA BOUZO

Para vosotros, que siempre iluminái mis días
y cuidáis de mis sueños.

Índice

Capítulo I
Capítulo II
Capítulo III
Capítulo IV
Capítulo V
Capítulo VI
Capítulo VII
Capítulo VIII
Capítulo IX
Capítulo X
Capítulo XI
Capítulo XII
Capítulo XIII
Capítulo VIX
Capítulo XV
Capítulo XVI
Capítulo XVII
Capítulo XVIII
Capítulo XIX
Capítulo XX
Capítulo XXI
Capítulo XXII
Capítulo XXIII
Capítulo XXIV
Capítulo XXV
Capítulo XXVI
Capítulo XXVII
Capítulo XXVIII
Capítulo XXIX
Capítulo XXX
Capítulo XXXI
Capítulo XXXII
Capítulo XXXIII
Capítulo XXXIV
Capítulo XXXV
Epílogo

Notas de la autora
Otras obras de la autora

Capítulo I

Alba. Escocia. Siglo IX.

Kenneth subió la colina con paso firme, sin dudar. Con las zancadas de sus botas aplastó sin compasión el brezo morado y las calcedonias que crecían por toda la extensión verde. No miraba a nadie en concreto de aquellos que conformaban aquel pasillo humano en su ascensión hacia la cima. Sentía las voces de sus hombres, las mujeres y los gritos de los niños a su paso, oía el entrechocar de las espadas cortas de sus soldados, el clamor de su pueblo escoto.

Cada paso lo acercaba más a su futuro, el trono que siempre ansió, el oeste del país que algún día llamaría Escocia en honor a su procedencia, a los escotos. Cerca de los treinta años, toda su vida había honrado a su padre, Alpin II, muerto en la batalla hacía tan solo unos días. Desde niño, con el ímpetu de un soldado y la valentía de un príncipe, fue ganando terreno a cuantos parientes, con opción al trono, se enfrentaban a su destino. Solo él tenía derecho a la corona, su convencimiento acerca de ese hecho marcaba cada uno de sus actos desde que podía recordar.

Divisó al final de la cima el grupo que había ganado el honor de coronarlo rey. El sacerdote mayor de Iona, inquieto, portaba un libro de ilustraciones acerca de los santos. A su derecha, su jefe militar, su amigo Aeden. Habían crecido juntos, y ambos intercambiaron una mirada de confirmación, mantendría su apoyo y lealtad por él, siempre. Su aspecto se asemejaba bastante al suyo, curtidos por las batallas, los brazos llenos de cicatrices, el característico pelo cobrizo oscuro de sus antepasados y la gran altura que aterrorizaba a sus enemigos cuando blandían la espada.

Su madre permanecía bajo la sombra del inmenso roble, ahora Kenneth entendía su insistencia en que fuera coronado en ese lugar. El roble. El símbolo de los druidas, las creencias de su madre picta, esas tribus que habitaban el este de la isla. Considerados salvajes, fueron los únicos que lograron vencer a los romanos hacía siglos. Un pueblo alejado de toda creencia cristiana y su piel adornada con símbolos paganos, como las manos de ella, Ananad, su madre y su mayor debilidad, la causa de que siempre fuera excluido de la herencia al trono. Era medio picto, su sangre estaba manchada. Kenneth había

convivido desde la niñez, a pesar de ser el hijo del rey, con las burlas de los otros niños, su madre era una picta, segunda esposa. Su cabello negro, sus ojos azules, la insultante manía de llenar su rostro y sus brazos de símbolos pintados. Ananad, a veces, se sentaba en silencio bajo los árboles y adoraba la naturaleza, no era cristiana como ellos. Era diferente. Y eso enervaba a Kenneth, nunca entendió por qué no se sometió a su religión, a sus costumbres, aunque solo fuera para que él se convirtiera en rey.

A propósito, apartó la mirada de ella, sabía que eso la ofendería, o puede que no, jamás entendería el carácter de los pictos, orgulloso y fiero. Ella sonrió igualmente, manteniendo su mirada de adoración sobre Kenneth, como si cada ofensa suya se limpiara con esa mirada dulce.

Entonces vio la piedra, la piedra de la coronación, la piedra de Scone, traída a Dunadd por Kenneth. En ella se decía que habían sido coronados los antiguos dioses de Britania e Irlanda, y ahora él. Ningún Mac Alpin se había atrevido a coronarse en ella por miedo a las antiguas creencias. Kenneth solo veía con sus ojos azules una piedra de arenisca, del tamaño de un pequeño trono que crearía una leyenda para sus descendientes, algo que perduraría en la memoria de los isleños y aterraría a los otros pueblos. Porque Kenneth iba a conquistarlos a todos, las tierras de los hombres de Moray al norte y, sobre todo, al gran territorio picto en el este, al que ni siquiera los romanos vencieron en otros tiempos.

Kenneth se detuvo ante la gran piedra, la caída del sol durante el solsticio incidió entre las hojas del roble. Su madre se giró hacia el resplandor con una sonrisa satisfecha. Solo él sabía que aquello le auguraría un gran reinado, según las creencias de los pictos era un buen presagio. El sacerdote frunció el ceño con desagrado, quizá intuyendo que se hallaba ante un acto pagano, calló ante el sepulcral silencio que dominaba toda la colina, temía a su nuevo rey.

Kenneth no necesitaba darse la vuelta para sentir las respiraciones de su pueblo, su aliento contenido, el rugido de sus corazones luchando por explotar de júbilo en el momento que la corona fuera depositada en su cabeza.

El sacerdote pronunció unas palabras y pidió a Aeden la corona, su amigo se la cedió para que fuera un cristiano quien la pusiera sobre su cabeza. Kenneth se arrodilló, como lo hacían los verdaderos guerreros, con una rodilla al suelo y la espada en la mano derecha. Sin atisbo de sumisión, aquel era su derecho divino.

El destello de los últimos rayos de sol incidió sobre el círculo de cobre que ahora cubría su cabeza, Kenneth no escuchaba las palabras del sacerdote pronunciadas en latín. Contuvo la respiración, aún esperando que algo impidiera que el sueño de su vida se cumpliera en

ese instante, había recorrido un camino de amargura, demasiado largo y lento. Kenneth sintió el peso de la corona sobre su cabello y expulsó todo el aliento a la vez, vaciando sus pulmones. Las hojas del roble se removieron con fuerza, no había viento, ni siquiera brisa, y dirigió su mirada a la frondosa espesura de la copa agitándose por él. Sintió la sonrisa de Ananad y el poder del árbol bajo los pies, saliendo de las mismas raíces. Si creyera en esas cosas, pensaría que hasta la tierra aceptaba su reinado sobre los hombres.

El sacerdote lo bendijo con la señal de la cruz. Kenneth esperó. Un momento más. Se levantó apoyado en la empuñadura de la espada. Esperó un poco más, solo por deleite de su orgullo. Elevó su espada. Entonces el rugido se extendió por todas partes, los escudos se golpeaban, las mujeres entonaban canciones y los niños gritaban. Todo aquel que tenía una espada, esta se alzaba hacia el cielo. Kenneth se deleitó con el sonido que tanto había esperado y, mirando a su amigo Aeden, rio al fin. Se giró hacia su pueblo y, al verlo, su corazón lo golpeó latido tras latido con una fuerza descomunal.

Era el rey de los escotos. Ahora solo tenía que conquistar el resto de la isla. Cumplir su destino. Una Escocia, Alba en el antiguo idioma. El primer monarca de todas las tribus, de Dalriata, de Galloway y el guerrero que vencería a los pictos.

Capítulo II

Caeli pensó que sus piernas eran demasiado largas para esconderse entre los arbustos de gasto con sus florecillas amarillas, se encogió un poco más colocando la cabeza entre las rodillas, como cuando era niña. El hacha corta se clavó en su vientre desnudo y se giró un poco a la derecha para acomodar las armas que colgaban de su cinturón de piel. Su pelo negro y largo cubría su cuerpo hasta la cintura, su faja de cuero para cubrir el pecho y su falda del mismo material estaban arrugados. Sus brazos y piernas llenos de las pinturas celestes, que con tanto cuidado las otras mujeres habían dibujado sobre todo su cuerpo, se habían difuminado en los bordes. Durante los días previos al solsticio de verano, viajaban sin descanso hasta las piedras verticales, dispuestas en un círculo, donde adoraban a los dioses de la naturaleza, realizaban ofrendas como coronas de flores y objetos tallados, después era la ceremonia dedicada a honrar a sus antepasados pictos. Las mujeres mayores eran las encargadas de decorar el cuerpo de las jóvenes que se casarían en el otoño. En el caso de Caeli era especial, ya que, además, era la princesa de su pueblo y la ceremonia marcaba su inicio a la etapa adulta. Algún día, repetían las ancianas, ella sería la madre de reyes de las tribus pictas. La costumbre decía que no se podía coronar a un rey picto si no descendía de una princesa de las tribus como ella. Las mujeres habían insinuado que las pinturas con que se decoraban el cuerpo eran del mismo color que sus ojos azules, un don que le había sido otorgado desde el mismo cielo, al escuchar esa declaración hecha con inocencia, su hermana pequeña Lúa no volvió a dirigirle la palabra. ¡Ay, Lúa! Sería siempre su perdición. Gracias a ella estaba huyendo otra vez de las otras muchachas, a su hermana le encantaba poner en contra suya a las demás, utilizaba su capacidad de persuasión y liderazgo, y, sobre todo, el temor que inspiraba en hombres y mujeres con su gélida mirada de ojos oscuros. Caeli no tenía la culpa de ser la mayor, se repetía sin cesar, de que a su paso los hombres se apartaran y respetaran sus palabras, de que toda su vida hubiera ocupado un lugar privilegiado en su pequeño mundo. Un lugar que ella no había elegido, sino que había sido impuesto el mismo día que nació mujer. Caeli podía vencer a su hermana, quizá a una o dos de sus habituales

seguidoras, pero no a todas las demás muchachas de la tribu sin hacerles daño, sin socavar el orgullo de sus familiares y crear la discordia entre su pueblo. Aquello que siempre fue un juego, perseguirla y hacer rabiar a Caeli, con los años se convirtió en algo habitual, que ahora detestaba, sabía qué tenía que hacer, no tenía miedo a que le dieran una paliza de nuevo ni a la humillación de sus insultos, simplemente no quería un enfrentamiento entre las mujeres del clan, no, siendo su hermana quien las dirigía. A pesar de su carácter envidioso, su malicia y sus burlas hacia ella, quería a Lúa, la única de sus hermanas que había sobrevivido con los años. Tenían dos hermanos mayores, Aed y Drest, a los que también adoraba, pero desconocían el acoso al que la sometían las demás muchachas de la tribu. Su naturaleza impedía a Caeli acudir a ellos en busca de ayuda, con toda seguridad le dirían que los problemas se arreglaban con su hacha y su espada. Los dos en persona habían adiestrado a Caeli desde que era niña, capaz de sostener y luchar con la espada y el hacha corta, disparar con certeza el arco, ambos estaban orgullosos de ella. Eso si no la descubrían entre los arbustos, escondida, como a una cobarde y temblando como una hoja entre la humedad del bosque, sabedora de que no podía utilizar las armas contra las muchachas de su pueblo.

Escuchó en la distancia a sus perseguidoras, Caeli se había alejado cuanto había podido del campamento. Su tribu picta vivía cerca de la costa, y en el solsticio de verano se desplazaba hacia las viejas runas en círculo para los rituales, una brisa hizo que se estremeciera. Era pronto para sentir el frescor del otoño en las colinas altas. Caeli se mordió el labio inferior, pensando cuánto tiempo tardaría en caer el sol. Debía estar de vuelta antes del amanecer siguiente, cuando se levantaran las tiendas, sino se quedaría rezagada y sus hermanos acudirían en su busca con cara de pocos amigos.

Tembló de frío, su hermana Lúa y sus seguidoras se acercaban, oía sus voces, las órdenes de Lúa. Un escalofrío recorrió su cuerpo, sobre ella, por encima de las copas de los árboles, unos cuervos graznaban, un mal presagio. Caeli se cogió los brazos intentando serenarse, notaba sus pies casi pegados a la tierra húmeda, empezaba a sentir los pequeños animales que reptaban por sus piernas. No podía moverse y alejarlos sin ser descubierta. Caeli contuvo la respiración cuando los pasos se acercaron y rodearon los arbustos que le servían de protección. Intentó no suspirar cuando comprobó que Lúa y las otras no la habían visto y seguían adelante, internándose en los espesos bosques.

—Lúa, esta persecución ya no es divertida, no tiene gracia acorralar a Caeli de esta forma. Cuando éramos pequeñas, tal vez se podía tomar como un juego, ya no.

Su hermana debió de retener a su lado a su seguidora más ferviente, Maeve, había sido su voz la que Caeli había escuchado. Estaban a tan solo unos metros de ella.

—Maeve, nadie te obliga a venir con nosotras, creí que estabas harta de la soberbia de mi hermana mayor. Caeli se cree inmune a las normas, a los castigos, a todo mortal que se cruce en su camino. Siempre junto a mi hermano Drest, con la barbilla levantada creyéndose la reina de todos.

—Eso… eso no es cierto, Lúa, y tú lo sabes. Somos amigas desde niñas, pero esta vez no seguiré tus pasos, ya has castigado bastante a Caeli y ella no ha hecho más que tratarte bien, ha permitido que tuvieras tu ceremonia junto a ella a pesar de tener dos años menos. Lo siento, Lúa, pero no puedo seguir con esto. Empiezo a creer que tu odio por Caeli está ennegreciendo tu corazón.

—Si te vas, Maeve, no volveré a hablarte.

—Creo que ya no me importa, Lúa.

—Te importará cuando le cuente a mi hermano Drest lo que le has hecho a Caeli durante estos años. Tú, que tan enamorada estás de él, me das asco, Maeve.

Caeli permaneció escuchando, Maeve no era una mala persona, se dejaba guiar por Lúa como el pastor a sus ovejas, como el resto de las muchachas. Caeli, igual que todos en la tribu, sabía de lo enamorada que siempre había estado Maeve de Drest, desde niños. La respuesta de Maeve a Lúa no llegó nunca.

Los ruidos alertaron a Caeli. Unas voces altas, unos quejidos. Distinguió, entre las voces altas, el grito de guerra de Lúa y las carreras entre los arbustos. Una brisa extraña movió las hojas a su alrededor, los altos y espigados troncos de los árboles parecieron crujir. Aquello ya no era una simple búsqueda para jugarle una mala pasada, alguien atacaba al grupo de mujeres que la perseguía.

Caeli echó su pelo hacia atrás, con ambas manos agarró su hacha y la espada corta y todo su cuerpo se estiró hasta erguirse, preparada para el ataque de quien estuviera persiguiendo a las mujeres de su tribu. Ni un instante dudó acerca de protegerse invisible tras los matorrales, era su deber salvar a su gente. Al levantarse, vio a todas defendiéndose como podían ante unos enormes hombres. Los guerreros llevaban pieles sobre los hombros, sus *cotum* en el pecho, hechos con cuero, sus espadas más largas que las suyas. Sus ropas, su forma de gritar y luchar. Eran escotos del reino vecino, estaban demasiado cerca de la frontera con su reino.

Caeli profirió un grito nacido de la rabia al ver como una de las muchachas era abatida por la espada de los salvajes. Los ojos de la joven se abrieron con sorpresa al sentir la muerte sesgar su vida. Otra de ellas cruzó su espada con un guerrero moreno que había derribado

a otra, era inútil, estaban condenadas, eran demasiados. Caeli corrió hasta la muchacha caída, se interpuso, era rápida y ágil, compensaba la fuerza del guerrero. Con la hoja de su espada, rasgó su cuello, el hombre cayó espantando mientras su sangre manchaba la tierra y dedicaba su atónita mirada a Caeli. A su espalda, otro guerrero escoto atacó con sus armas y Caeli no tardó en derribarlo. En mitad del combate, buscó con la mirada a su hermana, Lúa, a pesar de ser una gran guerrera, estaba arrinconada contra el tronco de un árbol, un guerrero, quizá el más alto de todos, de pelo cobrizo, alzó sus poderosos brazos para acabar con ella. Dudó entre salvar a las otras o dirigirse hacia su hermana, otra estocada de aquel gigante arrancó la espada de Lúa de sus manos e hizo que se decidiera en acudir junto a su hermana, ahora desarmada. Caeli corrió, levantó la pierna derecha y, con todas sus fuerzas, lo golpeó en la espalda. El cuerpo apenas se sacudió y Caeli cayó al suelo con fuerza. El guerrero olvidó a Lúa para girarse. En el momento que Caeli cruzó su mirada con la de su hermana, supo que iba a echar a correr y abandonarla a su suerte. Caeli sentía las piernas entumecidas después de tanto tiempo agachada, parecían no reaccionar para poder seguir a Lúa. Debería huir en ese instante, correr junto a las demás que aún vivían, ella no huía del combate, puede que evitara luchar contra sus congéneres, pero no era una cobarde ante el enemigo, armado como ella.

Caeli se encomendó a los árboles, a la brisa y al cielo para poder morir en paz. Recordó a los cuervos que momentos antes había visto sobrevolar el cielo, graznaban su muerte. Lucharía hasta el final. Hasta que miró a su oponente, a unos ojos increíblemente azules y escépticos que la miraban con sorpresa. Por un instante, ambos detuvieron sus espadas, la de él, enorme, con una doble hoja, pesada y afilada, la de Caeli, corta y ligera para poder sostenerla. Durante un breve instante, ambos se retaron con la mirada, desafiantes. El guerrero abrió la boca para decir algo que pareció morir en sus labios, y se dio cuenta de que a su alrededor seguía la lucha. Entornó los ojos con ira y Caeli, al fin, reaccionó cruzando su acero con él.

Kenneth miraba atónito aquellos ojos iluminados por la caída del sol. Eran de un extraño color. ¿Y de dónde había salido esa mujer? Hasta hacía un momento, habían dominado el combate. Kenneth sabía que jamás se debía subestimar a las guerreras pictas, bien entrenadas, con una mente fría para la lucha, más temibles que muchos de sus hombres. Y esa muchacha, en unos pocos minutos, había derribado a uno de sus mejores guerreros con su agilidad y dominio de las armas. Miró sus ojos azules con destellos color plata, su pelo negro suelto, del color de la turba del fondo de los ríos, sus rasgos finos y alargados muy diferentes de los de las mujeres de su pueblo, Dalriata. Los cuervos graznaban sobre sus cabezas, los había visto momentos antes,

un mal augurio si él creyera en esas tonterías.

Las miradas de ambos se habían cruzado un instante al observar los cuervos, ella dudó y Kenneth levantó su espada. La joven esquivó con destreza su golpe, con una sonrisa de triunfo.

Nunca. Nadie. En una pelea. Se había mofado de él. El siguiente golpe de Kenneth fue intencionado, no muy noble ni justo, pero no se había convertido en rey siendo un imbécil que se dejaba vencer por una jovencita. Esquivó el filo de su hoja. Golpeó con la espada plana en la sien de la chica, si hubiera ejercido un poco más de fuerza, estaría muerta, ella cayó al instante aturdida de rodillas para después golpear con el rostro el suelo del bosque. Simplemente, no podía permitir siquiera que una picta lo rozara con su arma, cuando hacía un día que se había convertido en rey.

Kenneth vio como las otras mujeres abandonaban a su presa picta, no era eso lo que su madre le había enseñado acerca de las costumbres de su pueblo. Era un deshonor abandonar a una de los suyos, si un picto era atrapado, todos lo eran. Miró el cuerpo inerte de la muchacha mientras Aeden se acercaba. Kenneth intentó sofocar su respiración agitada, le había costado más de lo esperado derribar a esa muchachilla.

—¿Has visto cómo ha acabado con Mael y Jus? La mujer sabe pelear. —Al no obtener respuesta de Kenneth, se volvió a mirar a las demás que huían sin perder tiempo—. ¿Quieres que vayamos tras ellas?

—No, déjalas. Suficiente castigo será cuando vuelvan al campamento sin ella.

Aeden, que no entendía a qué se refería su amigo y rey, se inclinó para mirar aquello que Kenneth le señalaba con la punta de su espada, en el brazo de la muchacha.

—¿Es una princesa picta?

—Ese tatuaje del brazo, la corona alada, es el símbolo de que pertenece a la realeza si no me equivoco. No puedo creer que las otras hayan abandonado tan fácilmente a su señora.

—Kenneth, no iba con ellas —intervino Aeden sin creer que su amigo no se hubiera dado cuenta aún—. Vino desde otro punto del bosque, seguro que al oír el entrechocar de espadas y los gritos. Debieron de acudir anoche a las piedras ancestrales para celebrar el solsticio y, por alguna razón, se separaron del resto.

—Por eso nos hemos adentrado en su territorio, para pillarlos por sorpresa. Necesito una cabeza picta para celebrar mi coronación, el pueblo los odia y sería un trofeo adecuado para mostrar mis intenciones con los pueblos paganos. Esperaba encontrar a una partida de caza o algún rastreador.

Aeden, pensativo, avanzó entre la hojarasca del suelo, siguiendo el

rastro de pisadas de la muchacha. Kenneth siguió la dirección que le indicaba su amigo hasta que vieron unos serbales aplastados, entre los matorrales.

—Mira, Kenneth, se escondía de ellas, debían de perseguirla. Se pasó aquí un buen rato escondida, mira el hueco que había moldeado entre las ramas, debió de permanecer horas ahí agachada. Las otras la amenazaban, parece que huía de ellas.

Kenneth se agachó para mirar las hierbas aplastadas que señalaba Aeden, su amigo tenía razón.

—Y, sin embargo, acudió en ayuda de sus perseguidoras en cuanto supo que estaban en peligro.

Aeden miró a su amigo, no solía mostrar sus emociones, pero, en este momento, vio tan desconcertado a Kenneth que le pareció extraño que se girara con brusquedad sin mediar una sola palabra más. Volvieron a buen paso a donde estaba la muchacha, en la misma posición en que la dejaron. Aungus estaba a punto de cortarle el cuello, sostenía su cabeza del pelo y la hoja estaba ya cerca de su piel.

—¡Alto! Esa muchacha es mi prisionera. ¡Aungus! —tuvo que llamarlo otra vez Kenneth, para que no siguiese adelante. A veces, sus guerreros se mostraban demasiado deseosos de sangre.

El fiero guerrero se giró sorprendido, molesto porque su rey hubiera evitado sus actos.

—Ha matado a nuestros hombres, debe morir, esas mujeres son demonios azules.

—No, se ha defendido, ha sido una lucha justa. No morirá estando inconsciente, no es muerte para un buen guerrero. Aeden, ponla sobre mi caballo, átala a mi montura hasta que podamos curar sus heridas en lugar seguro, nos la llevamos. Quizá pueda sernos útil.

Los hombres negaron con la cabeza, una picta entre ellos, una enemiga cabalgando con ellos, no traería nada bueno.

Capítulo III

Lúa entró en el campamento al mismo tiempo que las otras muchachas, lo único que la diferenciaba de las demás, llenas de barro y sangre, era la curva de su boca al esbozar una sonrisa y el brillo de triunfo en sus ojos negros. Todos a su alrededor gritaban, intentando explicar lo que había ocurrido a varias millas de allí. Los escotos avanzaban hacia ellos, Caeli y otras dos mujeres habían muerto. Lúa miró las caras apenadas de todos, las mujeres se llevaban las manos a la cabeza, las madres abrazadas a sus hijos y, una vez que los hombres se acercaron en busca de noticias, supo que había llegado su momento. Por fin ocuparía el lugar que le correspondía por derecho, ella sí sabría ser una princesa.

Lúa vio a sus hermanos, Aed, el menor, respiró aliviado cuando reconoció su rostro.

—¡Aed, hermano! La tristeza cae sobre nosotros.

Lúa se arrojó en los brazos de su hermano mientras Drest, su otro hermano, la miraba con escepticismo. Lúa siempre supo que su preferida era Caeli, y ahora que se había convertido en rey hacía tan poco, ya no podría apoyarse en ella para gobernar. El matrimonio de Caeli con Mortaleg, el general de los ejércitos, no podría llevarse a término y eso dejaba a Drest solo, muy solo.

—¿Qué ha ocurrido? ¿Os han atacado? ¿Y Caeli?

Lúa hizo como que se limpiaba unas lágrimas imaginarias y negó con la cabeza hacia Drest. Era su momento y no podía despertar sospechas.

—La hemos perdido, ni siquiera dejaron el cuerpo muerto para poder honrarla. Fueron esos malditos escotos, eran demasiados, pero ya conoces a Caeli, dijo que podríamos contra ellos. Intenté disuadirla para acudir en vuestra busca, ya sabéis lo cabezota que es…

Drest frunció el ceño, su hermana Caeli no era en absoluto una insensata, si de verdad estaban en desventaja, habría pensado primero en las mujeres, en llevar a todas a sitio seguro y no enfrentarse a un ejército de escotos ella sola. Cogió del brazo a Lúa, su mirada de ojos azules iguales a los de Caeli se clavaron en su hermana pequeña.

—Lúa, ¿has abandonado a Caeli? ¿De verdad sucedió así?

Lúa tironeó del brazo para soltarse, la rabia que a veces dominaba

su cuerpo se hizo evidente al contestar a su hermano.

—Tu preciada Caeli cayó al primer golpe de una espada de nuestros enemigos, no era digna de ser una guerrera.

—Caeli es la mejor guerrera de todas vosotras, mejor que muchos hombres.

—Te ciega la verdad, hermano, lo cierto es que se comportó como una cobarde, estuvo a punto de huir y dejarnos a nuestro destino. Nunca has visto la verdadera naturaleza de Caeli.

Las muchachas que estaban a su alrededor miraban con asombro a Lúa, eso no era lo que ellas habían visto, Caeli no solo había evitado que mataran a Lúa, sino que había dado su vida por todas ellas. Lúa, sintiendo sus miradas, se giró hacia ellas, la advertencia de sus ojos hizo que todas callaran, temían a Lúa, a su mal carácter y sus arrebatos de ira, capaz de matar a cualquiera que le llevase la contraria respecto a Caeli.

Muchas se apartaron, otras permanecieron escuchando, pero en la gran mayoría comenzó a anidar la idea de lo mal que se habían portado con Caeli. Maeve bajo la cabeza, la única de todas ellas que había defendido a su hermana, más tarde hablaría con ella, jamás contaría la verdad, igual que el resto.

—No puedo creer que esté muerta, Caeli no puede haber muerto.

Drest repetía aquello hasta que se convirtió en un murmullo, cuando miró al resto de guerreras, sus rostros de pena se lo confirmaron. Su dulce y valiente hermana Caeli había muerto a manos de los escotos. ¿Pero qué hacían Caeli y el resto fuera del campamento, tan lejos de la protección de la tribu? Fue a preguntar a su hermana Lúa, cuando la vio refugiarse en los brazos de su otro hermano Aed, llorando con angustia. Ahora no era el momento, si los escotos estaban cerca, avanzando con sus ejércitos, debían huir enseguida, habían acudido a una festividad, no a un combate, y muchos de sus hombres y mujeres permanecían en su hogar desprotegidos. Después hablaría con Lúa y el resto de las muchachas, para conocer qué había sucedido en realidad, aún no podía creer que su pequeña Caeli hubiera muerto. Su tribu lloraba apenada, no había tiempo, en su hogar organizaría el funeral más grande que hubiera conocido su pueblo por su princesa muerta.

Lúa vio como Drest se preparaba para abandonar el campamento a toda prisa, su mirada fue hasta los árboles de la linde del bosque. No estaba segura de que Caeli hubiera muerto en el instante en que ese guerrero cruzó su espada con ella, sola entre al menos veinte guerreros escotos, ese debía haber sido su destino. Por dentro, Lúa sonrió, ahora era ella la princesa de la tribu. A su lado pasó Mortaleg, quizá el hombre que mejor la conocía, sonrió con malicia, Lúa le devolvió la muestra de alegría, ahora ella podía elegir al hombre que

deseara, aunque fuera el prometido de Caeli, hacer cuanto quisiera, solo tenía que hacer callar a esas idiotas que estaban con ella en el bosque y, al final, el nombre de Caeli se perdería a lo largo del tiempo, solo perviviría el suyo, Lúa de la tribu de Ce.

Capítulo IV

Caeli soñaba con el gran roble, las mujeres de la tribu pintaban su cuerpo bajo sus frondosas ramas. Al amanecer habían triturado con cuidado las flores amarillas del arbusto del gasto y mezclado con agua para que el tinte azul apareciera. Machacaban la mezcla, añadían agua y el amarillo junto al tallo formaban una tintura azul en sus cuencos. Dibujaban formas con el caño de la misma flor, dejando en su piel un sendero de arañazos que se coloreaban después con el tinte. Caeli debía permanecer quieta, sentada entre ellas, a la sombra del roble. Las mujeres trazaron con esmero la corona con alas, el águila y el jabalí. Caeli notaba cierto dolor, sobre todo en la zona de las piernas. Era la primera vez que tenía derecho a tales pinturas, se la consideraba adulta y guerrera, hasta ahora solo podía lucir ramas azules en sus brazos y rostro.

Lúa había insistido en que su propia ceremonia se adelantase para hacerlo a la vez que Caeli. Ella no se negó, el egoísmo de Lúa tenía que ser saciado, sino era capaz de estropear la ceremonia, tan importante para las otras muchachas de la tribu. Miró en su sueño a su hermana para reconfortarla ante el dolor que sabía que sentía, como ella, a su lado.

Recordó entonces el día en que todo empezó, la furia de Lúa era culpa suya, el rencor que alimentaba cada día había surgido siendo unas crías. Un día de otoño, su padre trajo un cachorro de lobo para cada uno de los cuatro hermanos, se lo entregó a todos con ilusión, mientras los de Drest, Aed y Caeli se sentían contentos con las muestras de cariño de sus nuevos dueños, el de Lúa se mostraba irascible y esquivo. Lúa no tardó mucho en acudir a su padre.

—El mío no está bien, padre —afirmó Lúa mostrándolo ante él—. Devuélvelo, quiero otro.

—Lúa, hija. Si le tiras de las orejas y del pelo y le das manotazos, no puede encariñarse contigo, prueba a ser amable y cariñosa con el cachorro.

Caeli miró a Lúa entonces, sabía que su hermana no comprendía lo que el padre de ambas intentaba decirle. Lúa era arisca y mandona.

—Mira, Lúa, es así —le mostró Caeli, acariciando el cachorro de Lúa. El animal se mostró tan contento que ya no quiso salir de entre

sus brazos. Lúa le llamó, lo cogió obligando al pequeño cachorro a volver con ella y este le clavó sus colmillos en la mano.

—Ahora no quiere volver conmigo, Caeli, es culpa tuya —reprochó a Caeli tirando del pequeño animal mientras se dirigía a su habitación, con él entre los brazos.

El padre de Caeli se inclinó hacia ella, revolvió sus cabellos con cariño, a pesar de ser el rey siempre era dulce con ella. A Caeli, siendo niña, le gustaba mirarse en los ojos de su padre, del mismo extraño color que los suyos, hacía que se sintiera parte de él.

—Caeli, debes proteger a tu hermana siempre, el vínculo de sangre entre vosotras es más fuerte que ningún otro. Prométeme que, pase lo que pase, siempre cuidarás de ella y jamás levantarás tu espada contra Lúa.

Caeli se había refugiado en los poderosos brazos de su padre tras asentir, ni siquiera hacía falta que él le pidiese que protegiera a Lúa, siempre sería su hermana pequeña.

Horas más tarde, cuando hacia rato que Caeli no veía a su hermana ni a los cachorros, fue en su busca a la casa de sus padres. Al entrar, vio a su hermana Lúa peinándose los cabellos con total tranquilidad, en ese momento, Caeli supo que algo terrible les había pasado a los cachorros. El suelo estaba manchado de diminutas gotas de sangre por todas partes. Caeli sospechaba la verdad, incapaz de comprender buscó con la mirada a los perros.

—Lúa, ¿dónde están los cachorros?

—¡Cómo quieres que lo sepa! Deberías haber tenido más cuidado con él y no perderlo. ¿No te quería tanto tu perro?

Caeli apretó los labios para no llorar y salió corriendo al exterior. Los cachorros no estaban por ningún sitio, Drest y Aed tampoco los encontraron. Días más tarde, el olor del pozo llamó la atención de todos en la aldea, cuando bajaron a ver qué ocurría, encontraron los cuerpos de los tres cachorros, alguien les había cortado el cuello y después los habían arrojado al pozo. Caeli calló, jamás dijo nada, incapaz de creer que su hermana pequeña hubiera sido capaz de semejante atrocidad, sin embargo, las miradas entre ellas cambiaron, su padre ya no hablaba con Lúa ni la llevaba con él a cazar. Su padre también sabía su secreto. Y el rencor de Lúa por Caeli creció como ellas, año tras año, entre temor y dolor.

Caeli intentó recuperar a su hermana de la niñez, abrazar a Lúa en su sueño para calmar aquel dolor que siempre tenía en la mirada, mientras mujeres seguían pintando su piel. No sabía por qué aquellos recuerdos acudían ahora a sus sueños, tal vez porque Lúa de nuevo la había decepcionado. Caeli quiso tocar a su hermana, entonces el rostro de Lúa se difuminó, era negro, sin boca ni pómulos, vacío, solo sus ojos eran negros y huecos. Levantó entre ellas sus manos

manchadas de sangre. Su boca apareció de la nada, se rio a carcajadas de Caeli, la risa de Lúa le provocaba un miedo irracional y se tapó los oídos.

Unas voces sacaron a Caeli de su oscuro sueño.

—Kenneth, la chica está despertando.

Esas palabras hicieron que Caeli se incorporase de golpe, aquella voz surgida de la realidad la despertó al momento. Había sido una pesadilla, solo eso. Sintió unas fuertes manos retenerla contra las mantas que había tendidas en el suelo, pegar su cuerpo al suelo con una poderosa fuerza ejercida sobre sus hombros.

—Estás herida, no te levantes. Te están vendando el torso, tienes una herida en el costado.

Caeli hizo caso, no por voluntad propia, sino porque aquellas enormes manos sobre sus brazos ataban su cuerpo al suelo. La sensación de opresión hizo que se retorciera peleando por su libertad, ni siquiera notó que la fuerza de su dominador se aflojara un poco. Lo miró entonces, se encontró con los ojos del guerrero contra el que se había enfrentado para salvar a Lúa. El pelo cobrizo le caía sobre el rostro, inclinado sobre ella, se había quitado el *cotum* de cuero y las protecciones de los brazos quedando solo con una camisa de basta tela blanca.

Él reaccionó igual que en el bosque, miró primero uno de sus ojos y luego el otro, atónito por su color, como le sucedía a la mayoría de la gente al verlos por primera vez. En otras ocasiones, a Caeli jamás le había molestado, acostumbrada a esa reacción de los demás. Todo el mundo decía que tenía unos ojos extraños, curiosos, hermosos y siempre había maldecido que la hicieran tan distinta de los demás. Caeli se sumergió en aquellos ojos a su vez, percibió algunas cicatrices en la mejilla, pensó que ese guerrero, observándola tan atento a ella, quería entrar en su mente y descubrir sus debilidades y secretos. Caeli intentó levantar las manos, liberarse de su férreo agarre, todo sin resultado.

—Estás herida, te he dicho que te quedes tumbada —ordenó con una voz tronadora, sin gritar, pero demostrando su autoridad.

Caeli cerró los ojos, no quería que ese hombre siguiera mirándola, sentía el olor de su piel sobre ella, agradable y profundo, su voz controlada, sus rasgos demasiado armoniosos como para obviar que era hermoso. Aun eligiendo no mirarlo, sus facciones se quedaron grabadas en su mente. Su mandíbula marcada, su pómulo atravesado por una antigua cicatriz apenas visible. La nariz ligeramente torcida a causa de algún golpe. Sus ojos entre castaños y azules debían de haber causado el suspiro de más de una mujer. Caeli agitó la cabeza, tal vez estaba más herida de lo que suponía, ¡qué pensamientos más estúpidos!

—¿Dónde estoy? —preguntó Caeli en su lengua.

—Estás en Dunadd, la capital de mi reino. —Otra vez aquella voz que hacía que cada uno de sus cabellos se erizara.

Kenneth no pudo evitar pronunciar esas palabras con orgullo, «mi reino» Dalriata. La sensación de tener a la muchacha bajo su poder era tan placentera que aflojó su agarre para sentir, en lugar de fuerza, el cuerpo que yacía bajo él. Su piel era suave, manchada con aquellas absurdas pinturas que contrastaban con su piel algo quemada por los primeros rayos de sol del verano. Los tatuajes debían de haberle hecho daño por las marcas que los rodeaban. La chica se revolvió y consiguió levantar uno de sus brazos, su mano se acercó de forma peligrosa a su mejilla para golpearlo y zafarse de él.

—¿Por qué no me has matado? —preguntó sin dejar de luchar.

La pregunta fue directa, sin tretas ni rodeos, el trato familiar que la mujer utilizaba con él le extrañó. ¿Acaso no sabía con quién estaba hablando?

—Soy Kenneth, rey de Dalriata, y no debo explicaciones a una sucia picta. Has matado a dos de mis hombres y ahora eres mi prisionera.

Caeli intentó no reaccionar a la revelación del guerrero, ¿aquel hombre era el rey de los escotos? Siempre imaginó a un hombre semejante a los diablos de las leyendas, con cuernos y lengua negra cuya sola mirada quemaría la piel de sus enemigos. En verdad, era imponente, había comprobado en el bosque que era más alto que los demás y, en este momento, sus brazos, como dos columnas de puro músculo, la inmovilizaban sin aparente esfuerzo. Caeli había oído hablar de la férrea disciplina militar de los escotos, desde niños adiestrados para matar, conquistar y doblegar al resto de pueblos, y jamás, hasta ahora, lo había creído. Desde niños los separaban de sus madres para dedicarse a entrenar, no conocían los sentimientos ni la piedad.

—Tu nombre, esclava.

¿Sucia? ¿Prisionera? ¿Esclava? Caeli se mordió el labio, no podía apartar a aquel enorme guerrero de ella, sus armas habían desaparecido, aunque él no estuviera totalmente sobre su cuerpo, no notaba el peso de su hacha ni su espada a la cintura. No tenía nada con que defenderse de él y apretó las mandíbulas, segura de que si pudiera lo golpearía.

—Di, tu, nombre —pronunció Kenneth despacio. No creía que la chica fuera estúpida, sus ojos miraban a su alrededor con inteligencia, pero no respondía. Había hablado con ella en su lengua picta para después pasar al gaélico.

—Caeli —pronunció al fin, con orgullo y la barbilla levantada. Kenneth pudo apreciar la fina línea de su mandíbula, la forma en que su rostro se tensaba para desafiarlo. La mirada llena de desafío que

echó a sus hombres cuando se rieron.

—Ahora eres mi prisionera, no me des problemas y podrás sobrevivir. Llámame mi rey.

Caeli lo miró atónita, no cabía en todo ese enorme cuerpo toda la soberbia de aquel hombre. Dejó de sentir sus brazos aprisionados y se incorporó con rapidez sobre las rodillas. Volvió a caer sobre el suelo lleno de hojas, el guerrero tenía razón, estaba herida y débil. Los paños con que habían rodeado su torso ya estaban manchados de sangre otra vez. Templando el dolor, volvió a incorporarse con orgullo.

—Parece que ya no tienes problema en levantarte. Si no puedes caminar, uno de mis hombres te llevará en brazos hasta Dunadd. Ten cuidado, los pantanos son traicioneros.

Lo miró con odio, más de lo que Caeli jamás había sentido por nadie, en realidad, nunca sintió ese sentimiento por otra persona.

—Iré caminando —afirmó Caeli ante el rey.

Al caminar con dificultad, observó a su alrededor, no había rastro del bosque y se preguntó cómo había llegado hasta allí tras caer inconsciente. Ante Caeli, una enorme extensión de pantanos cubría el suelo, los bosques estaban lejos, al escuchar el rugir de un río cercano, miró hacia esa dirección, pequeños montículos se extendían hasta el infinito. En lo alto de una colina, la más alta, se distinguía un fuerte, ascendiendo en terrazas en tres o cuatro alturas, rodeado de una empalizada a modo de muralla. Las gaviotas que sobrevolaban la fortaleza indicaban que el mar estaría detrás de la inmensa construcción de piedra. A su alrededor crecían arbustos, líneas de piedra marcaban diferentes cultivos y en la lejanía se veía gente trabajando en los campos. Estaban en un claro, a un lado de un camino en algunos lugares anegado por el barro donde pequeñas flores amarillas y moradas se habrían paso ante un paisaje tan diferente a la exuberante zona en la que Caeli vivía, donde los altos árboles cobijaban del frío y del sol.

El rey ordenó a uno de los numerosos guerreros que había a su alrededor levantando el campamento que ataran a Caeli con unas cuerdas. Kenneth permaneció mirando cómo su soldado apretaba las ásperas sogas en sus muñecas sin expresión alguna en el rostro. Estaba rodeada por al menos treinta hombres armados, no tenía sentido resistirse cuando todas las torvas miradas se dirigían a ella.

Caeli apretó los dientes, sentía los pies desnudos hundirse en el terreno pantanoso mientras el soldado intentaba tocar su piel lo menos posible como si fuera un sucio animal carroñero. Alguien le había quitado sus botas de piel a Caeli y, al parecer, nadie le ofrecería protección para los pies. Al principio, Caeli afrontó sus ataduras con valentía mostrando sus muñecas en alto, pero, poco a poco, cuando las

sogas se cruzaron una vez más sobre su piel, y sintió que no podía moverlas, empezó a agobiarse. Comprendió en ese instante que estaba siendo atada como el ganado, la mirada de Kenneth sobre ella era seria, a Caeli no le hubiera extrañado ver una sonrisa en sus labios, una muestra de posesión sobre ella. No fue así, él contempló el quehacer del soldado con desidia, como si tuviera demasiada prisa y el proceso se estuviera demorando mucho más de lo esperado. Caeli miró sus manos, sus muñecas atadas, y un pedazo de su interior se deshizo en miles de fragmentos. Ahora era una esclava. Ni la hermana del rey Drest, ni la princesa de los pictos, ni siquiera la muchacha que nació libre. Un sentimiento de humillación hizo que apretara los labios, no podía permitirse que la vieran llorar.

Kenneth agarró la cuerda, dio un tirón para comprobar su agarre y le entregó el extremo al soldado más cercano a él.

—Aeden, si se cae al suelo, avísame.

Caeli lo vio partir junto a la mayoría de sus soldados hasta montar en su caballo. No dudó que aquellas cuerdas eran para demostrar quién era ahora su dueño y cómo debía someterse a él. Jamás podría correr y salir viva de aquel pantano con todos aquellos soldados a caballo. Ni siquiera eran necesarias las cuerdas para que Caeli comprendiera que ahora era prisionera y su vida había cambiado para siempre.

Capítulo V

A medida que se acercaban a la fortaleza, Caeli observó las cabañas al pie de la colina, el techo de paja y las paredes construidas en adobe húmedo a causa de las últimas tormentas, no muy diferentes de las casas que había en su hogar. Las piernas comenzaban a fallarle desde hacía rato, notaba el hilo de sangre que descendía por su pierna a causa de alguna herida abierta, tal vez la del costado. La cabeza parecía que iba a estallarle y cayó de rodillas ante la punzada de dolor que sintió en las sienes. Se sentía derrotada, cansada y terriblemente débil.

La cuerda se tensó, rasgando la piel de sus muñecas, y el soldado al que el rey había llamado Aeden vio la causa del tirón. Caeli había caído. Retrocedió unos pasos para atrapar la cuerda y tirar de Caeli con un movimiento desde el caballo. Caeli lo miró con odio cuando, al ver que no podía levantarse, descendió de su montura y se acercó para ayudarla. Rechazó su mano con sus últimas fuerzas, apartó la mirada y, tomando aire, se levantó con orgullo. Era lo único que no podían arrebatarle.

Caeli sintió la mirada de Kenneth al instante, desde su posición elevada en la montura. La miraba fijamente, y Caeli fue consciente de su lamentable aspecto, doblegada, manchada de barro, sus pinturas difuminadas con el lodo. Se irguió y el soldado se retiró tirando con fuerza de la cuerda para que siguiera caminando. Una vez más, sintió todas las miradas puestas en ella, nadie apostaba porque llegara al castillo en pie. Seguro que «el rey» gozaría al ver como se derrumbaba entre el lodo, teniendo que llevarla a lomos de un caballo.

Se internaron entre las casas, sus moradores formaron un pasillo, llevados por la curiosidad. Dejaron sus cestos y quehaceres a un lado, intrigados al paso de la comitiva. Al principio, se mostraron temerosos al ver las marcas difuminadas de sus brazos que la delataban como picta, después, al ver la cuerda que la retenía, se volvieron más osados. Un niño escupió a sus pies y entonces vio que muchas mujeres se santiguaban a modo de los cristianos a su paso. Un hombre se acercó y le tiró los restos de alguna comida, otra mujer tironeó de su pelo. Caeli no se escondía, irguió la espalda y levantó la barbilla ante aquellos seres de tristes ropas marrones y grises que la tomaban con

ella por ser diferente. No era la primera vez en su vida que la humillaban, Lúa, sin saberlo, la había preparado para aquellas aberraciones. Una piedra cayó a sus pies, delante suyo, Caeli no se detuvo, si tenía que morir apedreada, lo haría.

Otra piedra le rozó la oreja, lanzada desde atrás con fuerza. Caeli se giró para atravesar con la mirada a aquella masa de gente que solo quería ver el sufrimiento de una picta, una *woad*, como solían llamar a los de su pueblo los cristianos. Una piedra más pequeña rozó su pómulo. Iban a matarla a pedradas, cada vez eran más certeras y con más fuerza, como si se confiaran al ver que ella poco podía hacer sin su arco y su espada. Caeli solo podía retar a los aldeanos con su mirada. Oyó que la llamaban salvaje y bruja, y otras cosas que eran más hirientes. Caeli inspiró hondo, viendo su muerte cerca. Sintió el bufido de un caballo tan cerca que temió que la pisara, miró al jinete, mientras el guerrero, Aeden lo había llamado el rey, tiraba de la cuerda para que avanzara más deprisa. A su lado estaba Kenneth, se había situado tan cerca que las piedras, junto a los tirones y los escupitajos, se detuvieron por temor de acertar al rey o su caballo.

Llegaron al final de la alargada avenida de tierra que formaba el poblado, Caeli no aguantaría mucho más en pie. Se sentía tentada de dejarse caer, aparentar un desmayo y que la llevaran hasta la elevada construcción. Ante ella vio a los soldados alinearse en fila, intrigada, mantuvo las fuerzas un poco más. Un estrecho pasadizo de tierra seca, rodeado por un ancho foso, por el que apenas cabía un caballo, conectaba la tierra de la isla en la cual se encontraba la fortaleza. Una defensa natural que dejaba atrás la empalizada, rodeados de agua no les hacía falta. Caeli contempló la inmensa construcción, dispuesta en terrazas que albergaban los establos, los bastiones de los soldados, las cocinas, así sucesivamente hasta la terraza más pequeña que, por los estandartes a los lados, debían de ser las habitaciones del rey.

Caeli sintió morir su última esperanza, escapar de Dunadd era casi imposible, rodeada de agua, de murallas, de soldados y pantanos, de las gentes que la miraban con desprecio. Tenía que existir una salida, una escapatoria, y ella sería capaz de encontrarla, ya fuera en barco o por el gran pantano, la encontraría y volvería con su gente. Y esa sensación de rencor hacia Lúa, que crecía en su corazón a medida que se acercaba a la fortaleza de sus enemigos, se iba haciendo más y más grande.

Capítulo VI

Ananad escuchó el griterío del patio, su hijo volvía a casa. Todo su pueblo admiraba a Kenneth, por su tenacidad, su brazo de guerrero y su astucia, las muchachas se le ofrecían, incluso sus padres se las ofrecían a Kenneth, los soldados morirían por él, y para ella, para Ananad, solo era su pequeño. El niño que miraba ansioso a su padre entrenar con sus hermanos mayores ahora ya muertos, el crio que desquiciaba a los guerreros con su espada de madera, siempre presto a luchar contra ellos para aprender, saber, conocer, tener el poder de su brazo y de su mente, ser el mejor, el más cauto y más valiente de los escotos de Dalriata.

Se asomó a la ventana para ver llegar la comitiva de su hijo, el patio, antes pulcro y libre de gente, ahora se llenaba de soldados y mujeres, niños correteando y sirvientes curiosos que descuidaban sus tareas para ver volver a su gran rey. Un gran rey que ni siquiera había cumplido los treinta años, demasiado joven y ambicioso. No tenía que haber sido Kenneth, Ananad era su madre y, aun así, lo sabía con certeza. Su hijo había hecho trampa al destino. Kenneth no conocía límites, no profesaba en secreto religión alguna, un hombre sin creencias estaba vacío de piedad y misericordia por sus enemigos. Su hijo no tardaría en atacar, sin tregua ni descanso, al resto de pueblos de la isla hasta convertirlos en uno bajo su poder.

Ananad contempló con cansancio la comitiva, estaba mayor, sus cabellos, antes negros, se tornaban blancos, y su vista nublada, el velo que cubría sus ojos crecía poco a poco mientras debía esforzarse para ver de cerca. Buscó con su torpe mirada a su hijo, por primera vez no iba a la cabeza de su ejército y Ananad parpadeó para enfocar su vista en todo el grupo. Los perros de Kenneth, alborotados, recorrieron la comitiva en su busca, olfateando al aire. Ananad entonces se aferró al antepecho de la ventana cuando lo vio, Kenneth iba a caballo, Aeden, su fiel hombre, había desmontado, tirando de una cuerda amarrada a las manos de una muchacha. La joven llevaba el pelo largo y negro pegado a sus hombros, la ropa de cuero manchada y rasgada, su piel, adornada con las pinturas azules que Ananad creía que jamás volvería a ver, aparecían desdibujadas y corridas. Una picta de su pueblo, aquel que abandonó por amor al padre de Kenneth.

La joven huía de las manos de la gente del pueblo que querían tocarla para ver si era real, de los insultos que gritaban cerca de ella, solo la protegía que Kenneth estuviera a su lado Ananad frunció el ceño, ¿su hijo protegiendo a una picta? Renegaba de aquellas tribus salvajes según él. Ananad sintió la tristeza que aún la invadía cuando reconocía en Kenneth esa mirada de desprecio hacia ella, aunque fuera su madre, era una picta, y por ello jamás recuperarían las sonrisas y confianza que de niño tenía con él, cuando no comprendía que su madre era diferente y se abrazaban sin rencor.

—Moira —llamó a su doncella que trasteaba por la habitación guardando sus vestidos más delicados en los baúles para que la humedad del pantano y del mar no los ajara—. Trae mi capa, por favor. El rey ha vuelto.

A veces, su doncella levantaba la vista confusa, también se hacía mayor, y cuando se refería al rey, pensaba que lo hacía por su anterior señor.

—Perdón, señora, me cuesta imaginar al pequeño Kenneth como el rey.

Ananad sonrió y tomó la capa oscura.

—Moira, si Kenneth te oyera llamarlo «pequeño», te mandaría al lugar más frío del páramo.

Ambas sonrieron y Ananad salió de la habitación, descendió por el pasillo de piedra, estrecho y húmedo, que llevaba a los salones, desiertos ahora ante la llegada de su hijo. Los estandartes de las paredes se movían con las corrientes de aire y las escenas de los antepasados irlandeses de Kenneth, allá en el Ulster, parecían cobrar vida, pronto nuevos estandartes bordados por las mujeres contarían las hazañas de su hijo. En las mesas de madera aún reposaban los restos del desayuno, las mujeres colocaban los bancos y limpiaban los restos. Ananad frunció el ceño al ver los perros de Kenneth ya de vuelta, olfateando en busca de algo de comida esparcida entre los juncos del suelo.

Al salir, Ananad entornó los ojos ante la claridad del exterior, justo en el instante que su hijo desmontaba. Aeden le entregó a Kenneth la cuerda y Caeli cayó de rodillas al suelo agotada.

Ananad ni tan siquiera pensó en las consecuencias de sus actos cuando se agachó para ayudar a la joven picta. Al principio, la joven se rebeló, pero cuando vio los símbolos en las manos de Ananad, se dejó ayudar a levantarse, eran los astros, el sol y la luna dibujados con pintura azul.

La muchacha levantó la mirada y Ananad estuvo a punto de soltar sus brazos, sus ojos, unos ojos rasgados signos de su raza, enmarcados por la piel tostada de vivir en el exterior. El color de sus ojos, «Caeli», caída del cielo en su lengua materna.

—«Caeli» —susurró Ananad deduciendo su nombre, lo cierto es que sus congéneres no eran demasiado imaginativos y el nombre de un niño o niña se marcaba por sus marcas o hechos en el nacimiento. Hacía tiempo, mucho en realidad, que ella conoció al gran rey picto de ojos azules como los de esa muchacha. El rey de la tribu de Ce, un hombre valiente y justo que murió a manos de los escotos. Lo conoció muy bien, en un tiempo, Ananad estuvo prometida a él, hasta que el padre de Kenneth apareció en su vida y el compromiso se rompió.

Ananad pensó en lo cruel de la vida, ahora que los recuerdos eran lo único que llenaba sus días y sus noches, se hacía mayor y veía cerca el final de su camino, aparecía ante ella esa muchacha. La hija del rey picto. Caeli hubiera podido ser su propia hija de haber cumplido su destino y unirse al padre de la muchacha. Inmediatamente, sintió un calor propio nacido del cariño hacia Caeli, quizá lo que pudo ser en otra vida se mostraba ante ella con aquellos extraños e inconfundibles ojos plata.

—No temas, Caeli, nadie te hará daño —susurró Ananad con dulzura.

Caeli asintió con una pobre sonrisa esbozada con sus últimas fuerzas, ¿habría encontrado una amiga en esa tierra hostil? ¿Sería otra cautiva picta? Tal vez Kenneth capturaba a pictos y los usaba como criados o, incluso, esclavos. Reparó entonces en la rica capa de la mujer, sus ropas de tela y lana como las del resto de escotos, aunque más elaborada, la diadema con joyas en su pelo no era picta, lo parecía, pero no, por mucho que sus manos tuvieran pinturas de gasto.

—Kenneth, ¿por qué va atada? —preguntó Ananad a su hijo mientras se acercaba sin mirarla apenas—. Debes liberar a la chica.

—Es una prisionera, seguirá atada, ahora y siempre. Mató a dos de mis hombres.

Ananad retrocedió un poco, era imposible hablar con Kenneth cuando mostraba aquel ceño fruncido.

—No en esta fortaleza, no permitiré que haya nadie atado. Seguramente, se defendió, nada más.

Kenneth se volvió hacia ella, los puños cerrados, miró a su madre y a Caeli, casi desvanecida en los brazos de su madre, y esa doncella, Moira, mirándolo con reproche. Puede que Ananad ya no pudiera clavar su mirada en él, pero la de su fiel sirvienta se tornaba oscura con la misma fiereza.

—Desatadla y llevad a la muchacha dentro.

Ananad no soportaba la fría indiferencia de su hijo hacia ella, al menos, en esta ocasión, le hizo caso y, a su orden serena, la muchacha fue desatada. Kenneth jamás gritaba una sola orden, sabía que todos a su alrededor obedecían por instinto. Un líder, hubiera dicho su padre, sin ninguna duda. Aeden suspiró cuando por fin agarró a la muchacha

e indicó a Ananad que podían entrar, asintió ante ella, él dejaría a la chica donde ella ordenara.

—… Y, Ananad, cura sus heridas, la necesito viva.

La última orden de Kenneth hizo que Ananad dejara de respirar. ¿Necesitaba viva a la muchacha picta? Kenneth no hacía nada en vano, ¿por qué seguía viva Caeli?

No se giró ante la última orden de su hijo, y condujo a Aeden a las escaleras de piedra del salón. Sintió a su espalda caer a la muchacha y cómo forcejeaba con el guerrero, para que no la ayudara a subir. La chica no había pronunciado una sola palabra, tal vez ni conociera la lengua de los escotos. Ananad la miró con orgullo al ver como se incorporaba sola y subía sola los escalones tratando de no enredarse con la cuerda con la que aún la mantenían atada de la cintura. En cuanto llegaron a la habitación junto a la de Ananad y se abrieron las puertas, ella misma se giró hacia Aeden y cogió el extremo de la cuerda.

—Ahora déjala conmigo, vete, Aeden, por favor.

El «fine» o jefe militar de su hijo era un buen muchacho al que Ananad siempre había tenido cariño, ¡cómo no tenerlo al más fiel amigo de su hijo si apenas no tenía a nadie! Y más cuando el resto de los niños habían martirizado a Kenneth desde pequeño, entonces solo era el tercer hijo de la segunda esposa del rey, nadie preveía que se convertiría en su rey. Aeden entornó los ojos, su rostro era la tortura de muchas jóvenes de la corte, sin cicatrices ni golpes, a veces oía a los otros guerreros burlarse de su rostro hermoso y perfecto.

—Es peligrosa, mi señora —explicó Aeden con paciencia—, ya habéis oído a vuestro hijo, ha matado a dos de nuestros hombres.

Ananad no se sorprendía, era como educaban a sus compatriotas pictos, la sangre y la guerra, al igual que sus creencias eran defender su tierra y a su gente. Por las pinturas desdibujadas de su cuerpo, Caeli había debido de estar en las runas del solsticio de verano y allí ser apresada.

—Está débil y herida, no hay peligro, deja si quieres un guardia en la puerta. Moira y yo cuidaremos de ella.

Aeden accedió con renuencia, miró por última vez a Caeli y soltó la cuerda que Ananad aferraba. En cuanto la puerta se cerró, la joven picta cayó al suelo. Con dificultad, Moira y ella la ayudaron a llegar hasta la cama. La muchacha se dejó hacer y, con las manos apenas sosteniendo su cuerpo, apoyó su espalda en el colchón, con los ojos cerrados.

—Caeli, ¿puedes oírme, muchacha?

—Te oigo, ¿cómo sabes la lengua picta?

—Soy la reina Ananad, la madre de Kenneth.

—¿Cómo sabías mi nombre?

—Conocí a tu padre hace mucho tiempo, aquí estás segura, Moira y yo cuidaremos de ti.

Caeli suspiró cuando la doncella soltó con dificultad las ligaduras que la mantenían atada de la cintura y se giró con desconfianza hacia ellas. Todo a su alrededor se volvía confusión y oscuridad.

—Una madre picta para una bestia escota —susurró Caeli, al mirar a la reina.

Ananad comprendía el odio de la joven, atada, alejada de su familia y su pueblo, aun así, se vio obligada a defender a su hijo.

—Kenneth no es una bestia, es solo la guerra, Caeli, vuelve a los hombres estúpidos.

Pero la muchacha ya no escuchaba, observaba la habitación con los ojos entrecerrados, los baúles con finas decoraciones y la enorme cama cubierta de colchas. La ventana a través de la cual llegaba el alboroto del patio. La muchacha trastabilló hacia el otro extremo del lecho, con los brazos ya liberados se apoyó y, como si algo se hubiera soltado dentro de ella, cayó inconsciente, agotada por la pérdida de sangre y tal vez por la lucha que había mantenido para conservar su vida.

Capítulo VII

Maeve dejó los cánticos bajo el gran roble en cuanto le fue posible. Habían llorado durante el día y la noche a Caeli, nada comparable al peso de la culpa en su corazón que martilleaba de forma insistente, ¿y si Caeli estaba viva? En el poblado todos estaban apesadumbrados y tristes por mucho que sus mayores les decían que ahora su princesa estaba en comunión con la tierra. Caeli siempre fue amable y dulce con todos, siempre dispuesta a ayudar y resolver disputas, jamás tuvo una mala palabra para nadie. Maeve se cruzó con otras muchachas que iban hacia la ceremonia después de terminar sus tareas diarias, todos querían compartir una anécdota del pasadode Caeli o recordar cuánto había hecho por ellos. Maeve solo recordaba aquella mirada decepcionada de Caeli cuando Lúa las obligó con su arma a huir sin Caeli, esa mirada triste cuajada de dolor. Maeve tampoco había podido seguir resistiendo la mirada de Lúa, sus ojos negros la perseguían por la aldea, como si supiera cuanta culpa arrastraba sobre sus hombros. Como si supiera que necesitaba contárselo a alguien, los remordimientos vuelven el corazón del revés y lo estrangulan hasta causar dolor.

Lo único que la conciencia de Maeve repetía una y otra vez era siempre lo mismo. No debieron perseguir a Caeli por el bosque tan lejos, no tenían que haber estado allí en el momento que los escotos las atacaron. Caeli había salido en su defensa sin pensar en las consecuencias, si se habían salvado todas ellas del ataque, había sido por Caeli. Habían sido crueles con Caeli.

La casa de Drest, el hermano de Caeli y el rey de su tribu, estaba frente a ella. Una y otra vez los pasos de Maeve la habían llevado hasta allí cada día. El camino a esas horas estaba desierto y Maeve suspiró hondo. Después de todo lo sucedido, Drest las interrogó una a una y todas repitieron la historia inventada por Lúa. Ahora que el tiempo pasaba, Maeve se mostraba más y más arrepentida, ¿y si Caeli estaba viva y sola en los bosques del oeste? ¿Qué le habrían hecho esos demonios escotos?

Lúa estaba bajo el roble con los demás, fingiendo que lloraba desconsolada sobre el hombro del antiguo prometido de Caeli, Mortaleg. No es que él se resistiera, siempre le gustó más Lúa, de alma

más oscura y con mayor ambición que Caeli, y ella lo sabía. Era el momento, pensó Maeve, nadie la vería entrar en la cabaña del rey y confesar la verdad de lo que había pasado. Maeve dio un paso hacia delante cuando Drest salió de dentro.

—Maeve, ¿no estás con los demás?

Contempló aquellos ojos limpios tan parecidos a los de Caeli, tan azules como el cielo. En ellos vio el mismo anhelo que siempre mostraba cuando acudía a él. De nuevo Drest malinterpretaba que lo buscara, desde hacía tiempo sabía de los deseos del rey, aquellos que no podía ocultar cuando su mirada recorría a Maeve en la lejanía, jamás la había importunado de ninguna forma, la sola presencia de Drest incomodaba a Maeve en los últimos tiempos. Y desde la supuesta muerte de Caeli, su cercanía le producía una inquietud mayor. Supuso que era el sentimiento de culpabilidad.

—Quería hablar contigo, Drest.

Con decepción vio como él se acercaba más, las sombras negras bajo los ojos de Drest le indicó a Maeve lo mal que lo estaba pasando por la muerte de Caeli. Eso y que las últimas incursiones vikingas habían mermado los rebaños y las cosechas, su pueblo pasaba hambre y él se sentía responsable. Drest alargó la mano hacia su cabello castaño, tan extraño y claro que atraía las miradas de la gente con curiosidad.

—Sabes que siempre estoy a tu disposición, Maeve.

Los ojos verdes de Maeve se llenaron de agua, tanto Drest como Caeli siempre la habían tratado bien.

—No sé cómo contarte esto, Drest, mi rey…

—Drest. Maeve, no me llames así, por favor.

La incomodidad de Maeve crecía a medida que Drest se entretenía con el mechón de su pelo. Quizá comprendiendo que aquello que quería decirle era importante, él soltó su cabello con desgana, vencido por su rostro compungido.

—Desde el primer día quise decírtelo, yo…

—¡Así que estabas aquí, Maeve!

La voz de Lúa rompió la mirada de ambos y Maeve se giró hacia ella asustada. Junto a ella iba Mortaleg, desde la muerte de Caeli eran inseparables, todo el día susurrando, conspirando, mirando torvamente hacia Maeve. ¿Cuándo la habían seguido los dos?

—¡No irías a contarle la noticia a mi hermano antes que nosotros!

Drest frunció el ceño, había tenido la sensación de que Maeve iba a confesar algo, no a anunciarle una tontería de las habituales en Lúa. Incluso había imaginado que al fin la muchacha era receptiva a sus intentos de acercarse a ella. Ahora que era rey, podía elegir a su compañera libremente, convencido de que Maeve sería una buena esposa, no una gran reina, pero, al fin y al cabo, dudaba que él mismo

fuera un rey recordado. Su pueblo día tras día iba desgastándose, no sabía cómo remediar el hambre, las enfermedades, la corrupción que comenzaba a anidar en ellos a causa de la pobreza.

—¿Qué quieres, Lúa? —preguntó Drest cansado de las intrigas de su hermana. De un tiempo a esta parte, Lúa estaba más insoportable de lo normal, más engreída y orgullosa, todo desde que Caeli no estaba. Su hermana se había llevado a su muerte la parte más alegre de su carácter y no podía evitar el desasosiego que a veces lo invadía. Maeve era la única esperanza que tenía, la única persona de la tribu capaz de arrancarle una sonrisa a su rey.

—Mortaleg y yo vamos a unirnos.

Drest contuvo el aliento a la vez que Maeve, aquellos dos no tenían vergüenza, no hacía nada de la muerte de Caeli y Mortaleg ni siquiera había llorado a una hermana para después casarse con la otra.

—No me parece apropiado, e, igual que yo no estoy de acuerdo, el poblado entero os juzgará con dureza. Tendréis que esperar. Al menos hasta el otoño.

Lúa cruzó los brazos en actitud enfadada, estaba harta del dominio de Drest sobre todas las cosas, ella era ahora la princesa de su pueblo. Nadie podía juzgarla.

—Hubieras preferido que fuera yo quien muriera en aquel bosque, ¿verdad, hermano?

Después de sentenciar su marcha con aquellas palabras, hasta Mortaleg quedó en silencio. Maeve miró con lástima a su rey. El tormento de sus ojos decía que lo había pensado no una, sino varias veces antes de que Lúa pronunciara aquellas palabras. Maeve deseó abrazarlo, cobijar su cabeza en aquel pecho robusto que se adivinaba bajo las pieles y la protección de cuero. Drest debió de adivinar su pensamiento y, mientras Mortaleg se iba con un murmullo de disculpa, miró a Maeve. Azorada por lo que su mirada pudiera dejar ver, sintió sus mejillas arder. Se fue de su lado, sin una despedida, casi a la carrera. Nunca podría corresponder a Drest, a su rey, mientras el secreto que mantenía siguiera vivo entre ambos.

Capítulo VIII

Caeli despertó de su sueño, de nuevo se había aparecido entre sus pesadillas su hermana Lúa, con las cuencas de los ojos vacías y el rostro desfigurado. Antes de abrir los ojos, se tocó el rostro para cerciorarse de que había sido solo eso, un sueño. Enseguida sintió el dolor de sus muñecas a causa de las sogas, pero cuando se las tocó no encontró señal de ellas, en su lugar, una venda de tela las cubría. Apenas recordaba nada de su llegada al castillo, solo a la mujer picta de ojos bondadosos. Bajo su cuerpo sentía la suavidad de unas sábanas, agradables al tacto. Abrió los ojos con cuidado, a veces la luz los cegaba sin remisión a causa de su claridad. Sobre ella, una delicada tela cubría la totalidad de la cama, un tupido y cálido dosel como nunca había visto, en su hogar, las cosas, las telas, los muebles, eran mucho más toscos y primitivos. La ventana estaba cerrada con pieles, la única luz provenía de unas velas sobre algún mueble, al mirar en esa dirección, lo vio. Junto a la cama, sentado en una silla de amplios brazos, estaba él. Kenneth, el rey, su captor. El primer instinto de Caeli fue retirarse al extremo más distante de la habitación, se incorporó lentamente, pero él permaneció quieto, atento a su reacción El resplandor de las velas sobre el rostro del rey no dejaba ver su expresión, pero sí el brillo de esos peligrosos ojos fríos.

—Ananad dijo que te habías recuperado bien de tus heridas. No tienes fiebre.

Caeli sintió temblar el cuerpo, como cada vez que él hablaba, una voz ronca y poderosa, no por hablar alto, al contrario, en todo el tiempo que había estado consciente en el camino, no había oído una sola orden dada con gritos. Hablaba pausado, como si midiera cada palabra que saliera de su boca con la tensión de un hombre que se sabía poderoso.

—¿Me entiendes?

Kenneth, a pesar de las pocas palabras que había intercambiado con la muchacha, dudaba de si solo sabía unas cuantas expresiones o era capaz de entender una conversación en escoto, el idioma picto era para él aún un misterio, sabía que tiempo atrás su madre se lo enseñó, pero, como tantas cosas que le relacionaban con ella, lo había olvidado, a excepción de unas breves frases.

—Entiendo tu lengua —afirmó Caeli. Con cautela se incorporó más en la cama. Además del vendaje de sus muñecas, alguien había cubierto su cuerpo con unas telas suaves. Debajo sentía el vendaje de su pierna y del abdomen. Temió que al incorporarse la cabeza volviera a dolerle, no fue así a pesar de que la tenía descubierta. Recordaba vagamente un vendaje en esa zona. Entonces cayó en la cuenta, se miró con rapidez la parte desnuda de sus brazos y piernas, sus pinturas seguían ahí, quien la hubiera curado lo había hecho con todo el respeto del mundo, conociendo la costumbre picta de que no podía quitárselas hasta la siguiente luna, después del solsticio.

Kenneth se inclinó hacia ella y Caeli retrocedió un tanto en la cama apoyada en los brazos. Bajo la luz de las velas su rostro era aún más aterrador a pesar de ser hermoso, demasiado serio, el ceño fruncido, el pelo demasiado largo, su mirada demasiado fría. Su boca se contrajo en una señal de disgusto al ver como Caeli lo observaba con atención. El rey se acercó un poco más hacia ella, despacio para no asustarla.

—¿Qué significan? —preguntó Kenneth, rozó con los dedos su brazo, siguiendo el contorno del torpe dibujo de un águila.

Caeli quería que dejara de tocar su brazo, al paso de la áspera yema del dedo su piel se erizaba. Al no contestarle, llegó hasta los intrincados ramajes del dibujo de un árbol y recorrió los bordes trazando la figura del águila.

—Son por mi condición de cazadora. Todas son imágenes que dicen quién soy.

Había contestado sin pensar, fija en aquellos ojos azules plagados de motas marrones, dispuesta a huir ante cualquier amenaza por parte del rey. Caeli sentía que debía temerlo, apartar su brazo de él, pero entonces demostraría su miedo y eso era lo último que quería, mostrarse débil ante él. Sus hermanos Aed y Drest siempre habían hablado en sus enseñanzas que su condición de mujer para otros pueblos podía ir en su contra, aunque los pictos adoraban a la mujer, su sistema político era el matriarcado, madres de reyes y el respeto era igual para hombres que para ellas, el resto del mundo no lo entendía así. Caeli oía las barbaridades que contaban los comerciantes que venían de lejos, las bajezas cometidas contra las mujeres en otros sitios ya fueran esclavas o mujeres libres, sirvientas o nobles.

—¿Entonces, este qué dice de ti, Caeli? —volvió Kenneth a preguntar viendo que la muchacha comenzaba a hablar. Le gustaba su voz, suave y sin rastro de temor, sin embargo, esos ojos azules que lo habían dejado paralizado en la batalla, casi tanto como su sonrisa al cruzar su espada con él, estaban llenos de miedo.

Caeli apartó la mano de Kenneth con rapidez, de un manotazo, demasiado cerca de su pecho tapado con la tela. Él señalaba ahora su corona alada. No debía saber qué era ni qué significaba, podía pedir

un rescate, sí, o también matarla en aquel instante y acabar con su linaje. Kenneth Mac Alpin era conocido por su crueldad, sus gestas y el oscuro rastro de muerte que dejaba a su paso aun cuando no había sido coronado rey.

Kenneth no pudo evitar, a pesar de la suciedad y el barro seco, rozar con los nudillos el brazo de la muchacha, casi tan morena como la suya, cosa que no era lo habitual en las mujeres escotas que adoraban su piel blanquecina. Sintió como los poros de la piel de Caeli reaccionaban a su tacto. Sintió la excitación en todo su cuerpo, como una corriente, y no pudo evitar seguir subiendo hasta el cuello, recorriendo las curvas de la clavícula y del hombro, obligándose a hacerlo despacio para que ella no retrocediese.

—Son solo símbolos, me capturaste después del solsticio. Es costumbre en mi pueblo, no son nada para mí.

El rey sonrió con ironía, como si no la creyera, pero Caeli no podía permitir que conociera detalles de ella, no debía contarle nada más.

—¿Qué hacías escondida entre los serbales en lugar de estar con tu gente? Huías de ellos, ¿verdad?

Caeli se mordió el labio, ¿cómo podía él saber eso?

—No me escondía.

—Claro que sí, saliste solo para defender a las otras mujeres. Encontramos tus huellas, las seguimos hasta unos matorrales, donde estabas oculta de ellas. ¿Querían hacerte daño? ¿Por qué? Y, sin embargo, después, luchaste por sus vidas y me pregunto por qué.

Los ojos de Caeli se humedecieron al recordar a las dos mujeres muertas, los ojos de Lúa antes de abandonarla y echar a correr. Las preguntas de Kenneth eran tan incisivas como los colmillos de un lobo.

—¿Por qué no me has matado como a las otras? —lo increpó Caeli, atormentada por las muertes y el abandono.

Kenneth apartó la mano de su piel, otra vez la misma pregunta, como si Caeli hubiera preferido morir luchando, sonaba como un reproche a sí misma y no con el debido agradecimiento que debía manifestar hacia él por perdonar su vida.

—Mostraste valentía, nada más. Podías haber continuado escondida, nunca te hubiéramos encontrado y jamás te hubiéramos capturado. No puedo evitar sentirme intrigado, ¿por qué habrías de salvar a quien te cazaba como a un animal?

Caeli se apartó hasta el lado más alejado de la cama, sujetando las telas que mantenían oculto su cuerpo, nunca había sentido vergüenza de su desnudez, su pueblo mostraba su piel con orgullo, sus pinturas eran sus vestiduras y, sin embargo, delante del rey no quería mostrar ni tan siquiera un hombro. Kenneth se acercó a ella, su cuerpo inclinado sobre la cama, sus ojos, a la par que los suyos, cayeron fijos

sobre su boca. Se acercó tanto, con la respiración tan profunda, que Caeli pensó que la besaría, y ella lo golpearía si se atrevía a hacerlo. Pudo sentir el suspiro de Kenneth, su olor a jabón, él aún tenía el pelo mojado y brillante como si acabara de tomar un baño, las pequeñas gotas caían sobre su camisa de basta tela blanca. Caeli sintió la tentación de pasar sus dedos por aquel pelo de color cobre oscuro para deshacer los nudos que se formaban a la altura de los hombros y apartar los cabellos de su rostro.

—Debí morir en aquel bosque —susurró Caeli—, me has privado de mi destino. Los cuervos sobrevolaban sobre nosotros.

—Tú también los viste —susurró Kenneth, más para sí mismo que para ella.

Caeli abrió la boca para preguntar si él sabía que significan un aviso, era cristiano, no podía saberlo. Los cuervos solo traían malos augurios, para él o para ella.

—No me has contestado, ¿por qué no me has matado aún?

El pequeño espacio de aire entre ambos se había tornado insoportable, tenso y cargado de una intimidad que Caeli no comprendía entre su enemigo y ella.

—¡Kenneth!

Ananad, su madre, entró como un vendaval en la habitación, seguida de su inseparable doncella. Los brazos en jarra y su expresión de enfado indicó a Kenneth que Caeli ya tenía una aliada.

Caeli retrocedió cuando Kenneth suspiró cansado por la interrupción, se irguió en toda su estatura y alzó la barbilla, un gesto que debía ser habitual en él, en varias ocasiones en su camino a Dunadd lo había visto hacerlo. Era alto, más que la mayoría, y lo cierto es que su constitución resultaba amenazadora en aquella habitación tan pequeña, con las mujeres a su alrededor como única compañía.

—Ananad, haz que la muchacha se lave, huele a mierda de caballo —fue lo único que Kenneth dijo antes de salir.

Caeli estuvo a punto de romper a llorar, hasta ella era consciente del momento tan cercano que ambos habían tenido, solo había sido para ganarse su confianza y que le contara sus secretos. Sintió un ardor en los ojos ante el desprecio manifiesto de Kenneth, no podía confiarse, podía haber quitado sus sogas, pero no eran en absoluto iguales en esa tierra.

La mujer, Ananad, lo siguió fuera y cerró la puerta tras ella.

—¡Kenneth, no puedes hablar así a la muchacha! Debes tener presente su condición.

Se giró molesto, no había conseguido nada hablando con la picta, pero su madre sí sabía quién era, lo intuía, en el patio había corrido hacia ella en cuanto pudo ver su rostro y sus pinturas.

—¿Quién es ella, Ananad? Lo sabes desde que la viste en el patio, reconociste a la muchacha y su nombre enseguida.

Kenneth sabía que, en ocasiones, era brusco con su madre, pero había perdido hacía tiempo la capacidad de confiar en alguien, ni siquiera podía mostrarse dulce con Ananad. Nadie podía saber de sus debilidades, y, en el fondo, eso era su madre para él.

—Solo he visto en una persona esos mismos ojos, el rey Drest de los pictos. El color plata de sus ojos grisáceos era capaz de igualar al de la luna llena. Como los de Caeli. El rey tenía dos hijos varones, Drest y Aed, y dos niñas, Caeli y Lúa. Coincidí con ellos en la mayoría de las festividades, fue un rey justo hasta su muerte. Caeli es una princesa picta.

—Por eso sabías su nombre, Caeli significa azul del cielo, ¿es por sus ojos?

—Sí —asintió Ananad, incapaz de mentir a su hijo.

—Haz que hable, quiero saber todo sobre su familia, su tribu… Y, madre, es una orden.

Ananad suspiró mientras su hijo se perdía entre las sombras que ahora llenaban sus ojos, desde algún oscuro recoveco del pasillo sus perros lo siguieron en silencio. El día que Kenneth comprendió que las burlas y palizas que recibía de sus hermanos eran a causa de ella y su origen picto, jamás volvió a demostrar cariño ni ternura, nunca volvió a ser su madre. Ante la puerta de madera, dudó, si se encariñaba con la muchacha, sufriría mucho traicionándola. Ananad había preferido no contar a Kenneth que fue la prometida del rey picto antes de conocer a su padre, de volver su mundo del revés y huir con un rey escoto. Ananad sentía que Caeli podría haber sido su propia hija, y ahora que solo le quedaba Kenneth, con sus otros hijos muertos, aquello le parecía muy importante. Se hacía mayor y ahora el destino le ofrecía a Ananad una reconciliación con su pasado a través de aquella muchacha. Con un suspiro, empujó la puerta, no sería la espía de su hijo, de ninguna manera.

Al entrar, vio a Caeli revisando sus heridas con cuidado junto a Moira y su rostro se giró hacia ella, vio la inocencia de la muchacha y el temor que sentía. Ananad sintió un especial cariño por Caeli. No. Jamás se prestaría a los deseos de Kenneth, y si por ello Kenneth se enfadaba, que así fuera. Se acercó a la cama y se sentó junto a ella con una sonrisa.

—Sé que no puedes quitarte las pinturas, Caeli, pero aquí no se rigen las mismas normas que en tu tierra.

—No me lavaré mis pinturas, aunque la suciedad ofenda al rey. Tú eres picta, deberías saberlo.

Ananad sonrió con condescendencia, la muchacha se había percatado de los símbolos de sus manos.

—Lo fui, Caeli, pero también tuve que sobrevivir entre ellos.

Caeli se levantó de la cama con los ojos abiertos de par en par, deseosa de saber cómo una picta se había convertido en madre del rey.

—¿También te capturaron? ¿Te hicieron esclava?

—No, Caeli, yo me casé por amor, y por amor tuve tres hijos, dos están muertos, igual que el anterior rey, mi esposo. Kenneth es lo único que me queda, aunque no lo parezca por su indiferencia es fruto de mi cariño por su padre, a pesar de ser su segunda esposa conocí a su lado el respeto y el cariño. No me mires juzgándome, Caeli, eres joven, harás muchas tonterías por amor.

—Tu hijo ha acabado con mi vida y mi libertad. Mi juventud la pasaré en esclavitud.

—No conoces a mi hijo, como él tampoco a ti. El destino es caprichoso y complicado, los antiguos dioses os han unido por alguna razón. —Moira, su doncella, se acercó a ella al entrar de nuevo en la habitación con un balde de agua y telas limpias—. No dejéis las dos que diga más tonterías, Moira, ordena en las cocinas que preparen el baño. Caeli, báñate, debes hacerlo, te han arrastrado por todo el pantano. Los viejos dioses entenderán que no puedes morir de infecciones y fiebre.

Caeli no pensaba bañarse, oler a esa suciedad incrustada le proporcionaba la seguridad de que Kenneth ni ningún otro escoto se acercara a ella. Por mucho que Ananad y su doncella insistieron, se negó a bajar a las cocinas. Cuando al fin la dejaron sola, se acercó hasta las pieles que tapaban la luz en la habitación. El aire fresco y húmedo entró en la habitación y Caeli respiró con alivio, lo cierto es que olía mal, en realidad, fatal. Miró a su alrededor, habían dejado un odre con cerveza y unos panecillos sobre una mesa de finos labrados. Estaba hambrienta, pero no pensaba arriesgarse a que la comida estuviera envenenada. La chimenea permanecía apagada, seguramente hasta que cayera la noche para ahorrar, en esos pantanos no parecía abundar la leña seca. En la pared, como único adorno, había un estandarte, lo conocía, el mismo dibujo que adornaba la entrada de Dunadd, el escudo de los Mac Alpin, fondo amarillo y un extraño león con las garras en alto de color rojo. Caeli sonrió, muy adecuado para la soberbia de Kenneth Mac Alpin. Caeli se acercó a la única ventana de la habitación, el patio hervía de actividad, un delicioso olor a comida inundaba el aire. Los escotos eran un pueblo rico de abundantes recursos, parecían alegres y contentos, con la tripa llena y grandes ejércitos que defendían el territorio, todo lo contrario a su tierra, desde hacía tiempo las incursiones vikingas habían llenado de pobreza y lamentos su hogar.

La puerta se abrió con fuerza, tanta que la madera rebotó contra la

piedra y Caeli estuvo a punto de correr hacia la protección detrás de la cama. Era él. El fruto de sus pensamientos estaba allí, en el vano de la puerta, sus ojos se clavaron en ella. ¡Ah! ¡Ojalá la puerta le hubiera dado en sus reales narices al rebotar contra la pared!

—¡Caeli! Es una orden, no una súplica o un ruego, te bañarás.

Al oír su nombre, se estremeció. Caeli cruzó los brazos y esperó. ¿Dónde podía huir? Al menos salvaría su orgullo enfrentándose a él. ¡Así que Ananad ya le había ido con el cuento de que no se quitaría sus dibujos!

Kenneth sentía la misma sensación cada vez que estaba frente a ella, su postura, su forma de desafiarlo con la mirada, desde luego que estaba asustada, pero mostraba más coraje que muchos hombres. Kenneth dudó un instante, como si tocar a Caeli fuera una maldición bajo la cual podía caer sin remedio. Se acercó a ella, y Caeli, sin pensar más que en esos ojos llenos de furia, echó a correr por la habitación. Kenneth se situó de tal forma que ella no pudiera llegar a la puerta y huir.

—¿Qué haces, por qué me persigues?

—Nadie, nunca, desafía mis órdenes. Te bañarás, no permitiré que ensucies con tu olor picto toda mi fortaleza.

Caeli apretó los puños, si tuviera sus armas, lo mataría sin dudar. Kenneth arrancó a correr hacia ella y la pilló desprevenida. Toda esa mole de músculos cayó sobre Caeli al suelo. Sintió como todo ese peso hacía crujir sus huesos.

—No soy una de tus soldados, no me limpiaré solo para agradarte. ¿Utilizas a tu madre como espía?

Kenneth aprisionó sus piernas entre las suyas para que dejara de retorcerse, cogió sus muñecas y vio la expresión de dolor de ella. Soltó sus brazos y su agarre cambió. Caeli se preguntó qué le pasaba ahora a ese bruto. Vio como él cogía con inusual delicadeza su antebrazo y lo giró con cuidado, desenrolló los paños manchados de sangre para ver sus heridas.

—No tiene que sorprenderte, las han provocado tus sogas.

—No sabía que causaban tanto daño.

Caeli entornó los ojos, Kenneth no la miraba, solo las heridas de sus muñecas como si en realidad jamás hubiera pensado en hacerla sufrir. Había sido él quien había ordenado que se las pusieran, pero ahora parecía que se arrepentía. Kenneth arrastró con él el cuerpo de Caeli, con cuidado de no rozar sus manos, hasta levantarla sin apenas esfuerzo.

—Ananad dice que, si no lavas tus heridas, de poco servirán sus brebajes y emplastos, puedes contraer las fiebres del pantano.

Caeli se soltó con suavidad del agarre de Kenneth cuando la dejó caer sobre el lecho. El guerrero la desconcertaba, había parecido tan

angustiado al ver las heridas de sus muñecas…, y no había sido orgullo ni soberbia el hecho de que fuera a sus aposentos a que cumpliera sus órdenes, al parecer Ananad había insistido.

—Si no quieres bajar, puedo hacer que…

Caeli podía soportar las humillaciones de Kenneth, sin embargo, el rostro de arrepentimiento que ahora mostraba el rey hacía que su corazón se encogiera de afecto.

—Vete, por favor, no me humilles más, desde que te conozco me has herido, me has atado y no haces más que amenazarme. ¿Qué quieres de mí?

Kenneth respiró hondo, la muchacha tenía razón, Aeden y el resto de sus hombres se preguntaban lo mismo, su madre, todos en la fortaleza, no conseguían entender por qué no la había matado ya. Y él tampoco. Había algo en los ojos de Caeli, ojos del cielo, intensos y brillantes. Tal vez había sido la lealtad que ella había demostrado ante las muchachas que la perseguían, saliendo a defenderlas, tal vez esa sonrisa cuando creía que podía cruzar su espada con él…

Esos ojos, con motas grisáceas, el cielo estaba de ese color cuando se cruzó en su camino en el bosque. Y los cuervos, no podía quitarse de la cabeza los cuervos sobrevolando las copas de los árboles como un oscuro presagio. Kenneth se giró al instante y salió de allí incapaz de estar un momento más frente a ella y soportar su mirada interrogante. Él mismo no sabía qué quería de Caeli, puede que su madre tuviera razón y el destino los hubiera unido en el momento que Kenneth se disponía a atacar a los pictos y tomar sus tierras. Si no se hubiera cruzado con ella, hubiera atacado el campamento picto, hubiera matado a cuantos encontrara allí, sin compasión ni remordimientos. ¿Por qué no lo había hecho? Dejar herida a Caeli en el bosque y después partir e iniciar una guerra. No habían sido los presagios, había sido otra cosa que aún no lograba entender.

Caeli lo observó marchar, y miró su propio cuerpo, debilitado y flojo, en realidad, todos tenían razón, sus heridas se infectarían y necesitaba estar fuerte, encontrar una escapatoria en aquella fortaleza y no podía hacerlo postrada en una cama. Al menos Ananad había conseguido que le quitaran las sogas, no sabía cuál era su condición, si de esclava o prisionera, solo sabía que no podía permanecer encerrada en una habitación a expensas de lo que Kenneth le tuviera preparado. Con la barbilla en alto, atravesó la puerta. En el estrecho corredor, Ananad la esperaba con una sonrisa, ¿cómo sabía ella que cedería en ese momento? A su lado estaba el guerrero que había arrastrado sus sogas. Ahora sabía que era una prisionera con su propio escolta y no podía confiar en nadie, constantemente vigilada.

Capítulo IX

Lúa se refugió tras la cabaña de Mortaleg hasta que lo vio pasar. Saltó antes de que él entrara dentro.

—No te has opuesto a mi hermano. Creí que querías unirte a mí —recriminó con dureza al guerrero—. Casarnos.

—Es el rey, ¿qué quieres que hiciera? ¿Lo mismo que tú, patalear como una niña malcriada?

Lúa golpeó con el puño el pecho de su prometido con violencia.

—No, quería que insistieras, ahora tienes más posibilidades de convertirte tú en rey si estás de mi parte.

—Si no hubieras abandonado a tu hermana, Caeli y yo estaríamos ahora casados, estoy seguro. Entonces sí que tendría posibilidades de convertirme en rey.

—No la nombres, está muerta, borraré su nombre de esta tribu y de la isla. Déjame a mí al estúpido de mi hermano —afirmó mirando hacia la cabaña de Drest—, solo tengo que conseguir que Maeve no le confiese lo que pasó en el solsticio.

—¿Qué vas a hacer, Lúa?

A veces le daba miedo Lúa, su mirada se tornaba negra y pensativa. Mortaleg no dudaba de que era capaz de matar para conseguir lo que deseaba, por un momento, se preguntó si no era lo que siempre había buscado, matar a Caeli de un modo u otro y después deshacerse de Drest. ¿Sería él el siguiente si no se plegaba a sus planes?

—No seas niño, Mortaleg, lo que sea necesario. Si Maeve abre la boca, estaremos perdidos.

Mortaleg se preguntó por qué estaría él perdido, no había hecho nada, quizá atender las necesidades y oscuras perversiones de Lúa en el lecho desde hacía años. ¿Por qué no habría visto su oscuro corazón? La culpa siempre fue de Caeli, ni siquiera se había dejado robar un beso cuando los comprometieron. Lúa tenía razón, estaban mejor sin Caeli, ahora gozaba de Lúa cuando quería, obsesionado con sus oscuras artes amatorias.

Maeve había corrido hasta la linde del bosque, huyendo de Lúa y Mortaleg, de Drest y todo aquello que su corazón sentía por él. Notó como alguien agarraba su brazo. Asustada tomó la empuñadura de la daga para defenderse.

—Maeve, ¿te ocurre algo?

Era Drest, había ido tras ella el muy inconsciente. Enseguida soltó el arma, la guardó en la vaina que colgaba de su cinturón y suspiró más tranquila, al ver que no era Lúa. Miró a su alrededor, ella podía verlos juntos hablar, y luego iría a matarla.

—Drest, por favor, aléjate de mí.

—Fuiste tú quien vino en mi busca, Maeve. No logro entenderte, sabes que estoy interesado en ti desde hace años, y huyes de mí todo el tiempo. ¿Acaso te desagrado tanto?

—Eres mi rey, Drest.

—No te he preguntado eso, Maeve.

Maeve se retorció las manos angustiada, claro que sentía algo por él, desde niña lo había visto como un ser inalcanzable al que amaba con todo su corazón. No era inmune a su rostro, a sus ojos, a su forma honesta de conducirse. ¡Era tan justo y noble! Por eso nunca podría ser su esposa, Maeve se había portado de forma horrible con Caeli, acosándola con las otras, y ahora… ahora mintiendo por miedo a Lúa. No, no podría casarse con Drest sin confesar sus secretos.

—Déjame, Drest, no me obligues a aceptarte porque seas el rey.

Aquellas palabras hirieron a Drest en lo más profundo del alma, ¿de verdad se había equivocado tanto con Maeve? ¿Había malinterpretado sus miradas y sus actos? Se separó al instante de ella, soltó su brazo como si quemase.

—Jamás abusaría de mi poder para obligar a ninguna muchacha a casarse conmigo. Disculpa, Maeve, si te he incomodado.

Maeve lo vio partir, herido y furioso, como un animal al que acabaran de echar de la manada. No se arrepentía, su amor por Drest debía morir si no quería ser ella la muerta a manos de Lúa.

Lúa era capaz de todo, incluso de matar a un rey.

Capítulo X

Caeli suspiró de placer cuando el agua tibia rodeó su cuerpo, sus huesos lo agradecieron, sus heridas también. La sensación de estar purificándose era maravillosa, restregó su piel con el paño que Ananad le había proporcionado junto a un jabón en forma de piedra. Quiso que se alejara de su pensamiento la idea de que el rey había ganado y estaba allí cumpliendo sus órdenes. Caeli se dejó vencer por la laxitud de los músculos tras limpiar las heridas de la pierna y de su costado. Con cuidado, se limpió el cabello para no tocar el bulto que asomaba en su sien, ese golpe con la espada con el que Kenneth la había vencido. Caeli chascó la lengua contra el paladar, maldito escoto engreído que usaba las tácticas de un zorro rastrero.

La cocina estaba desierta, Moira, la doncella de Ananad, había echado a todo el mundo de allí y se respiraba un silencio sepulcral. Miró las ricas ollas de bronce y apartó la vista, le recordaban al pelo cobrizo de Kenneth. Grandes recipientes de cerámica, espesos y pesados. Carnes en salazón colgaban del techo, al igual que hierbas aromáticas en manojos cuidadosamente atados. Un horno con las llamas vivas tostaba grandes panes redondos que despedían un olor intenso. Quizá podría probar tan deliciosos manjares antes de ser devuelta a la torre.

Todo indicaba la buena fortuna de los escotos. Caeli suspiró, los pictos vivían con más humildad, eran un todo con la naturaleza, los hornos estaban casi todos al aire libre, no tenían grandes fortalezas ni palacios, la comunión con lo que la tierra ofrecía a su alrededor era cuanto necesitaban. ¡Pero qué bien sentaría poder comer pan caliente todo el año y no cuando el tiempo fuera clemente!

Caeli se aclaró el cabello y vio el agua teñida de marrón y azul, el tinte que sobre su piel habían pintado para celebrar que ya era adulta. Rozó el brazo, el sitio exacto donde el rey había tocado la corona dibujada que ya no estaba. Hacía mucho tiempo que no se sentía tan desnuda y desvalida, su piel tan libre de marcas. Al instante, sintió que en aquel absurdo baño había perdido algo importante, una parte de sus creencias, de su familia…

No había llorado ni cuando las sogas le produjeron heridas en carne viva, y, ahora, con un poco de agua, quería sollozar, con fuerza, a

gritos, como cuando un ser amado se va. Caeli lo intentó, abrió la boca, apretó los ojos para que las lágrimas brotaran libres, necesitaba arrancar el dolor de dentro de ella, la traición de Lúa, el sentirse humillada, la mirada del rey, todo. Ni una sola lágrima salió de sus ojos, volvió a intentarlo con rabia y nada. ¿Por qué no podía llorar? ¿Aún no estaba bastante desesperada, entre enemigos y lejos de su hogar? Drest ¿pensaría que estaba muerta?

Su espíritu se rebeló. Solo tenía que pensar en una cosa y dejarse de tonterías, centrarse en escapar de los escotos, regresar a casa. Contuvo la respiración llenando sus pulmones. Se sumergió bajo el agua, como si estuviera en la laguna cerca de su hogar, la enorme tina se lo permitía si se acuclillaba entera. Recordó el rostro de sus dos hermanos, Aed y Drest, sus sonrisas, y a Lúa, cuando era pequeña y no había maldad en ella, o tal vez Caeli no podía verla. Ahora Caeli estaría casada con Mortaleg, como su hermano había ordenado, dos días después del solsticio y Caeli hubiera comido su banquete de unión con todo su pueblo. No lo amaba, a Mortaleg, pero ahora eso no parecía importar, aunque agradecía no tener que haberse unido a él. Caeli, bajo el agua, se quedaba sin aire, sus pulmones vacíos y su mente llena de imágenes, recordó a sus padres con cariño, sus rostros nublados por el tiempo pasado desde su muerte. Debía encontrar la manera de regresar a su hogar.

Caeli apoyó los pies en el suelo, dispuesta a salir, cuando, de un tirón de sus hombros, alguien la arrancó del agua y de sus recuerdos.

—¡Maldita seas, picta del demonio! Debí dejar que mi hombre te matara antes que traerte a mi reino.

Caeli no comprendía, solo veía ante sí a Kenneth, los ojos verdes destelleando con las pupilas dilatas. El cabello le caía sobre la frente y el rostro, tan empapado como ella. La tenía desnuda, en vilo sobre el agua, a la altura de su rostro, y la agitaba como si fuera tan liviana como una pluma. Entonces lo entendió, metió sus brazos entre los suyos y, de un movimiento ejercitado mil veces, se soltó de él, tan rápido y tan certero que cayó golpeándose con los pies en el suelo de la tina.

—¡Pero qué clase de tonto pensaría que voy a ahogarme en una tina! —le gritó soltando toda la furia que había contenido hasta ahora —. Estoy harta de que me digas que huelo peor que los animales, de que me arrastres atada, no te pedí que me trajeras, ni que me salves de nada.

Caeli se detuvo al ver la expresión de Kenneth. ¿Se estaba formando en ese rostro temible una sonrisa? ¿Eran esas arrugas junto a la comisura de sus labios el inicio de una carcajada? El rostro adusto del rey se transformó, de su garganta salió un sonido horrible, como si no estuviera acostumbrado a reír, ¿se estaba riendo? Su rostro era

hermoso, anguloso y dotado de una armonía perfecta para un guerrero como él, y su risa, algo cómica, que desde luego no encajaba con su físico. ¿Se reía de sí mismo?

Kenneth no había dejado de vigilarla, Caeli lo atraía como la luz de una vela a una luciérnaga, él sentía el mismo calor al mirarla que a un fuego en la chimenea. No había premeditado espiarla en su baño, pasaba siempre por las cocinas para ir a entrenar, un acceso directo desde la torre que solo él usaba, así se ahorraba las largas peticiones de sus súbditos que lo asaltaban en los corredores, el salón, en todas partes, con quejas y súplicas… Iba a abrir la gran puerta, cuando oyó el suspiro femenino y se detuvo. Atisbó por la rendija como si fuera un muchacho imberbe y vio a Caeli entrar desnuda en la tina. Seguramente, en la otra entrada sin puerta, estaría haciendo guardia Ananad o su doncella. Siguió con la mirada sus manos mientras frotaba su piel, guardó el aliento cuando con suavidad y pequeños toques limpió sus muñecas heridas. Nunca pensó en el daño que podían hacer dos simples sogas. Kenneth creyó haber gemido cuando, movimiento tras movimiento, Caeli enjabonaba su cuerpo, sus pechos amenazaban con alcanzar la superficie del agua. Se encontró excitado cuando vio asomar sus pezones alzados y prietos flotando. Poco a poco, la pintura azul se fue difuminando en el agua para mostrar esa piel que debía de ser suave, que, ligeramente tostada por el sol, tenía marcas de antiguas heridas. El contorno de su cuello se mostró ante él. Kenneth sintió hervir la sangre, correr caliente por su cuerpo hasta concentrarse en la entrepierna de manera involuntaria. Si hubiera estado seguro de que nadie aparecería en ese momento, se hubiera aliviado allí mismo, tal era el poder de aquellos ojos de plata y esa piel tersa, rojiza por la forma en que ella se frotaba.

Entonces vio como Caeli contraía el rostro, al parecer, un dolor enorme traspasaba su alma, se sumergió y Kenneth esperó impaciente a que saliera. No lo hizo, pasaban los segundos y Caeli parecía haberse quedado bajo el agua en lo que a él se le hizo eterno. No pensó. Abrió la puerta de un manotazo y se inclinó en la tina, ¿se estaba quitando la vida? Entonces la levantó en vilo y ella le llamó tonto, y en ese instantecomprendió su propio y estúpido pensamiento. Se rio. De su proceder como si fuera un muchacho tras muchos años, no era su cabeza quien había pensado, sino su verga.

Caeli lo miraba atónita, demasiado sorprendida como para darse cuenta de que estaba desnuda frente a él. Kenneth dejó de sonreír, miró primero sus ojos, después sus pechos desnudos. Como un animal en celo, cogió su cuello y la besó con brusquedad a pesar de que Caeli le recriminaba sus ásperos modales y su forma de tratarla. Era su mirada, azul intenso, un brillo al mirarlo que antes no estaba ahí, tal que ella también deseaba besarlo, tal vez solo se engañaba, pero

¿cuándo Kenneth no había tomado lo que quería?, nunca. Era el rey y, con tal sentimiento soberbio, besó sus labios, suaves y esponjosos, tal y como pensó en el momento que vio a Caeli en el bosque. La lengua tocó la de la picta y el deseo que antes había sido fuerte se tornó inmenso, su corazón se aceleró y Kenneth sintió la sangre fluir por su cuerpo con tal fuerza y densidad que cuando Caeli se apartó ambos jadeaban. Nunca había deseado tanto a una mujer. Todo atisbo de risa y pasión murió al darse cuenta de esa realidad.

—Vístete, picta, no me hagas sacarte yo mismo de esa tina.

Caeli vio a Kenneth mirar sus pechos y luego fruncir el ceño al ver su cuerpo desnudo y el agua de la tina, con desagrado. Otra vez hacía que se sintiera humillada, ¿entonces por qué el rey la había besado? Lo miró con idéntico desprecio y sin pudor alguno, como si estuviera en su propio hogar segura de no sufrir daño alguno, Caeli salió de la tina y buscó las telas que había dejado Ananad para que se vistiera. Sentía la mirada de Kenneth tras ella, oyó un suspiro profundo, más quejido que otra cosa, y que no supo si era de asco ante su cuerpo. Sintió la pesadez del vestido, y cómo descendía por su piel, ajustó la cuerda de la cintura y las del pecho, se giró para enfrentar al rey y hacerle saber lo estúpido que era, él ya no estaba allí, Caeli solo acertó a ver su espalda al desaparecer hacia el exterior, hacia el patio.

Fue con paso lento hasta donde estaban las ollas de cobre y le ofrecieron su propio reflejo, Caeli frunció el ceño, ¿qué le estaba pasando? Apenas se reconocía en aquel reflejo distorsionado, sin sus pinturas, ni su ropa de cuero, parecía… parecía una de ellos.

—¿Sucede algo, Caeli?

Ananad entró en la cocina y sorprendió a Caeli tocando la tela del vestido.

—No —contestó al intentar no dar muestras de lo que hacía un momento había pasado con Kenneth—. Te estoy muy agradecida por el baño y curar mis heridas, pero me siento extraña con estas ropas, y sin las pinturas…

—¿Desnuda? Te entiendo. Hace mucho que vine a vivir con los escotos, pero aún echo de menos la protección de mis pinturas.

—Decían quién eras —afirmó Caeli al ver la tristeza en los ojos de la reina—. Creo que me está pasando algo similar, pero tú lo hiciste por voluntad propia, a mí me han traído prisionera y no entiendo qué quiere hacer conmigo Kenneth. No sería una buena sirviente, y si pretende que sea su esclava, no lo conseguirá.

—No tengo ni idea de cuáles son las intenciones de mi hijo, quizá, si se lo preguntaras, Kenneth podría sacarte de dudas, de momento, no eres tratada como una esclava, no sé si te has percatado de ello. No te han vuelto a poner las sogas ni estás encerrada en tus aposentos, te has dado un baño y tienes ropa limpia.

—Todo eso, Ananad, no quiere decir nada, se puede ser esclavo de muchas maneras. —Caeli calló acerca del beso, quizá porque el final había sido brusco y sin sentimiento y se avergonzaba de haber correspondido al rey.

Ananad decidió no contestar a Caeli, de nada servía discutir con la muchacha cuando no tenía idea de por qué Kenneth la había traído con él, odiaba a los pictos con toda su alma a pesar de que algún día estaba segura de que reclamaría el trono como hijo de una princesa picta. Una duda se coló en el pensamiento de Ananad, quizá, al fin y al cabo, Kenneth no quería una guerra y encontrara la manera de hacerse con el poder de las tribus.

Capítulo XI

Caeli lo había evitado, el cielo y los astros lo sabían, desde el bochornoso encuentro en la cocina no había cruzado palabra con Kenneth. Tenía la impresión de que volvía a esconderse todo el tiempo como si fuera otra vez perseguida por Lúa. Estaba demasiado cansada de la sumisión, de estar encerrada en esos aposentos en la torre, de los largos días y noches sin propósito alguno, desde su encierro entre las cuatro paredes no podía planear su huida. Con una sonrisa, se acercó a la puerta de madera, ella misma la dejaba abierta durante el día, si la cerrase, pensaría que estaba encerrada y no le gustaba nada la idea, además le permitía hablar con quien estuviera en ese momento de guardia.

—Aeden, ¿podría dar un paseo? —preguntó Caeli aliviada porque fuera él quien guardara su puerta. Le gustaba el carácter afable del guerrero, nada que ver con el de su rey. El resto de los soldados que hacían guardia la ignoraban o se sonrojaban como críos, Caeli había llegado a pensar que le tenían miedo, Aeden, no.

—Lo cierto es que me extrañaba que no lo hubieras pedido.

Caeli abrió los ojos con sorpresa.

—¿Quieres decir que puedo salir de estos aposentos cuando quiera y nadie me lo había dicho?

—Pues sí. Kenneth dio la orden de que podías andar por el castillo libremente, mientras no salgas de las murallas, y acompañada por mí.

Estuvo a punto de dar un puñetazo a Aeden, llevaba dos días encerrada allí sin tener que hacerlo. Frunció el ceño arrugando la piel entre los ojos. Lo cierto es que Kenneth no le había echado la llave a su puerta ni dicho que no pudiera salir…, simplemente, había dado por hecho que era prisionera, bueno, en realidad, seguía siéndolo, ya que Aeden se levantó dispuesto a seguirla en cuanto hizo ademán de salir al corredor.

—¿Puedo pasear por el jardín?

—Sí.

—¿Por las almenas?

Aeden rio tras ella.

—Si vas a preguntarme por cada parte del castillo, va a ser un paseo muuuuuy largo.

Caeli le dio un codazo amistoso, estaba contenta con esta nueva situación, era algo así como medio prisionera, ¿no? Por un momento, Aeden la miró de forma rara, como ella había mirado a Kenneth cuando sonrió en las cocinas. Tal vez ella tampoco había podido sonreír mucho en la última semana. Se agarró al brazo de Aeden en cuanto alcanzaron el salón, allí estaba parte del clan de la corte y eso intimidó a Caeli. Al instante, todos la miraron con curiosidad, algunos con odio, como uno de los guerreros que había estado en su captura. Vio como el hombretón escupía en el suelo al verla pasar. Aeden tiró de su brazo para sacarla de allí sin que pudiera apreciar los hermosos y coloridos tapices de las paredes ni la disposición exacta de la otra puerta del salón. O quizá antes de que ese guerrero tuviera la oportunidad de insultarla. Tenía que ubicarse en el castillo, conocer las entradas y planear cómo escapar de allí. Tal vez si proponía al rey que pidiera un rescate a su hermano Drest, todo sería más fácil, pero lo cierto es que su pueblo estaba demasiado empobrecido por las guerras con los vikingos y las últimas cosechas perdidas. No habría oro para pagar su libertad, así que tendría que apañárselas sola.

—Me gustaría ver el patio, Aeden, y los jardines. Ananad me dijo que cultiva hierbas y flores cerca de la muralla. Podría, ¿no? —Caeli pensó que bien valdría una mirada inocente y algo de suavidad para que Aeden accediera a enseñarle el exterior de la fortaleza.

—No hay problema, vamos entonces —asintió él con una sonrisa.

Caeli pensó que si seguía sonriendo así y mostrando una expresión tan pacífica, tal vez su rostro se quedara rígido, le dolía la boca de mantener esa expresión.

Kenneth entrenaba en el patio con sus hombres, desde hacía unos días sus propios guerreros lo rehuían y nadie quería cruzar su espada con él. Azuzó a dos de los más jóvenes y el gesto de terror que pusieron en sus rostros lo hizo esbozar una mueca de diversión. No podía darles una gran zurra, pero al menos lo agotarían lo bastante para no volver a pensar. ¿En qué? En ella. En esa picta que habitaba su castillo, unos aposentos frente a los suyos que hacían que oyera sus primeras palabras de la mañana y las últimas al despedirse de su guardia en la puerta. Envidiaba aquellas largas conversaciones que mantenía con Ananad, con la doncella Moira, incluso con Aeden. Kenneth atacó con la espada una y otra vez a los dos muchachos que se defendían como podían, y eso que no estaba poniendo todo su ímpetu en el entrenamiento. Con el filo romo golpeó la hoja de uno de ellos y vio como el muchacho perdía la espada en el suelo. A punto de regañarlo, vio que miraba a algo, la causa de su distracción. No solo él se había distraído, sino que, al levantar la mirada, Kenneth vio a todos sus hombres parados, como estatuas de piedra observando algo.

Kenneth se giró y él se convirtió también en una estatua, pero no de

piedra, de puro fuego. Aeden paseaba con Caeli apoyada en su brazo, en dirección a los jardines. ¿Esa era la misma mujer picta que había capturado? El pelo negro caía en cascada, ondulado de forma salvaje hasta la cintura, brillante y espeso. El vestido que Ananad le había procurado se ajustaba a sus caderas con gracia, y ¡por todos los cielos! Su pecho, la tela delineando sus senos, aquellos que él había tenido a su merced… Kenneth respiró hondo. Ninguna muchacha lo había alterado tanto en mucho tiempo. Miró a su alrededor, a sus hombres tampoco, la miraban como si fuera la más deliciosa de las frutas. Entonces vio a Caeli sonreír, no de forma sarcástica como lo hacía con él, sino de forma genuina ante algo que Aeden decía.

«¡Se acabó!», se dijo Kenneth, guardó la espada en el cinturón y apresuró el paso para ir tras ellos. Alcanzó a ambos cuando ya estaban en el jardín y Caeli se agachaba para oler una flor sostenida por el brazo de Aeden.

—¡Qué hacéis aquí! —bramó. Al momento, se arrepintió por como lo miró la muchacha.

—Aeden ha sido tan amable de explicarme que no estoy retenida en mis aposentos. Deseaba conocer mi prisión al completo si aún te niegas a dejarme ir, «mi rey».

¡Claro que no! Si hubiera visto antes cómo le sentaba aquel vestido, su pelo suelto y cepillado, nunca la hubiera dejado poner un pie fuera de la torre. ¿Retenerla? Caeli no era consciente de que jamás saldría de Dunadd. Kenneth, a pesar de la furia que sentía al ver como ella sonreía a Aeden, intentó mantener la compostura, debía de parecer un loco, con la camisa manchada por el entrenamiento y el gesto de una fiera.

—No lo estás, Caeli, no estás prisionera en la torre —logró articular como un muchachillo. La sonrisa de su amigo se dejó escuchar con claridad—. Aeden, ve a entrenar con los hombres.

Aeden elevó una ceja a modo de pregunta al pasar junto a él, quizá hasta una carcajada que hizo que Kenneth lo siguiera con la mirada tras despedirse de Caeli. Sin embargo, no dijo una sola palabra y se dirigió al patio con los demás.

—No debo de ser muy buena compañía, Aeden se ha ido trotando más feliz que un niño —insinuó Caeli un poco enfadada. No porque se fuera Aeden, sino porque ahora se había quedado a solas con Kenneth, algo que había estado evitando desde hacía días.

—Es un soldado, le gusta luchar —aseguró Kenneth.

Kenneth se plantó frente a ella y le señaló a Caeli el camino que serpenteaba rodeando los jardines. Ella decidió tomarlo como una invitación y caminó junto a él.

A cada instante, Caeli parecía reconocer una flor o sus tallos y se inclinaba a oler su aroma o inspeccionar el tallo. Ananad tenía en su

mayoría plantas medicinales u olorosas.

—¿Conoces sus propiedades? —preguntó Kenneth con la ceja arqueada al ver que Caeli se inclinaba sobre una dormidera.

—No te preocupes, Kenneth, no voy a envenenarte, Ananad no me lo perdonaría.

Caeli se giró al oír el estruendo, una risa, ¡cielo santo! Kenneth tenía que aprender a reír, cómo podía ser tan guapo y emitir ese sonido tan estridente. Sin duda, tenía que ser falta de práctica, en ningún momento, observándolo desde la ventana de sus habitaciones, en la distancia, lo había visto reír a carcajadas.

—Tengo un hombre que prueba la comida antes que yo, nunca lo conseguirías.

Caeli se detuvo y lo miró horrorizada, tenía que ser una broma, pero Kenneth ya no reía. Consideró prudente no seguir preguntando por qué alguien querría envenenar a su rey, o puede que Kenneth fuera desconfiado por naturaleza. Si esa era su vida, lo cierto es que era muy deprimente, no le extrañaba que siempre tuviera esa mirada amenazante.

—¿Y quién querría matarte? —antes de que Caeli se diera cuenta lo estaba preguntando, salido directamente de su boca sin pensar.

Kenneth dejó de mirarla para recibir a un gran perro, uno de esos canes que circulaban libremente por el castillo. Lo vio respirar aliviado, era evidente que a Kenneth no le gustaban las preguntas. Este perro era el más grande de todos, con el pelaje marrón oscuro y brillante. Caeli se temía que era en realidad un lobo. En lugar de postrarse para recibir la caricia del rey, tuvo la osadía de ir a oler su vestido. Caeli se agachó y le frotó el pelaje del cuello.

—Muchos quieren verme muerto, no todos aceptaron que la corona acabara en mi cabeza —contestó Kenneth observándola desde su imponente altura.

Caeli levantó la mirada para encontrar los ojos del rey, a veces creía percibir cierto dolor en el tono de voz de Kenneth.

—Ananad, ella es la causa, porque es picta, ¿verdad? Oí a los hombres hablar en el corredor, dicen que has matado… que…

Kenneth se agachó junto a ella y acarició el lomo del animal, Caeli, al principio, pensó que no contestaría a tal acusación, pero las cosas que había oído de él decían que había matado a sus primos para hacerse con la corona, lo cierto es que su fama fuera de las murallas de Dunadd hablaba de un ser feroz, del demonio escoto, como se le conocía en toda la isla. Kenneth rozó accidentalmente con sus dedos los de ella, mientras ambos acariciaban al animal, dichoso por tanta atención.

—Dicen muchas cosas, pero solo una es cierta, hice todo cuanto fue posible para conseguir mi corona y mi alma está condenada por ello.

Había hablado de forma sosegada, casi con resignación. Caeli observó sus ojos azules, el brillo de su mirada glacial. Debería temer al rey, huir de él y no cruzar una sola palabra más con Kenneth. Distraída por tales pensamientos, su mano volvió a rozar la de él, Kenneth no la apartó, sino que se mantuvo quieto, la mano del uno sobre el otro.

—¿Cómo se llama? —preguntó Caeli apartando la mirada de los ojos de Kenneth, no soportaba la forma en que se metía dentro de ella hasta dejarla atontada como si solo fuera una muchachilla boba. Señaló al can que se agitaba, a punto de lamerles el rostro.

—Perro.

Caeli rio con ganas.

—Lo sé, tonto, su nombre, el del perro.

Kenneth dejó de acariciar al animal y la miró extrañado.

—Te lo he dicho «Perro», igual que todos mis perros.

—¿No les pones nombre? —Caeli se obligó a dejar de sonreír ante la seriedad con que la miraba Kenneth.

—¿Para qué? Se mueren al cabo del tiempo.

Caeli pensó si le estaba tomando el pelo, pero no podía ser, Kenneth no se había reído de esa forma estridente. ¡Cielos, lo decía en serio! No podías dejar de encariñarte con algo porque fuera a morir algún día.

—Todo acaba alguna vez, nuestros animales, familia, amigos, nosotros… No por ello dejamos de apreciarlos… y les dejamos sin nombre…

Kenneth pareció pensar un instante en aquello que Caeli intentaba hacerle comprender. Ese hombre parecía no querer a nada, Caeli había visto que jamás demostraba afecto por nadie, ni siquiera por Ananad, que lo temía. Quizá Aeden era el único que parecía importar a Kenneth.

—Así es más fácil olvidarlos, cuando no puedes decir su nombre en voz alta.

El rey se incorporó y apartó al perro que, compungido, se fue a olisquear entre los matorrales. Caeli lo siguió, sin saber si Kenneth deseaba que lo siguiera, ¿y por qué iba tras él? El rey era un misterio para ella, parecía tan solo y perdido…, y momentos después tan altivo y seguro de sí mismo…

—Mi padre decía que nadie puede morir mientras alguien recuerde tu sonrisa o tu forma de hablar, no tiene nada que ver con el nombre. Cuando mi madre murió, solía decirme que debía recordar los buenos momentos a su lado, no importaba que su rostro se difuminara en mi memoria, recordaría lo que yo sentía junto a ella.

Kenneth se detuvo al instante, como si alguien hubiera insertado una daga en su corazón.

—Yo solo recuerdo de mis hermanos su forma de pegarme cuando no era capaz de levantar una espada. Puede que tengas razón, solo hay recuerdos de rabia, humillación y rechazo.

Caeli se estremeció, más que las palabras, fue como Kenneth las pronunció, había un resentimiento tan grande que no tenía cabida contestación alguna. ¿De verdad el rey tenía sus propios demonios? Sin darse cuenta, habían vuelto junto a la entrada principal que daba al salón. Caeli apenas se había fijado en las defensas, en las puertas exteriores ni en cuántos guardias vigilaban las almenas, solo en el rey.

—Caeli, mañana iré en tu busca para que puedas salir de la torre. Aeden no te acompañará más —ordenó Kenneth, dejándola perpleja ante las puertas del salón.

Al instante, a una sola orden suya, Aeden se presentó ante ella para devolverla al interior del castillo.

Ananad retrocedió a la vez que Moira, apoyadas ambas en el antepecho del enorme ventanal.

—¿Has visto el rostro de mi hijo? —preguntó Ananad a su doncella con ansiedad.

—No, mi señora. Pero parecía que no estaba enfadado, es más, me ha parecido que sonreía a la muchacha picta.

—¿Y ya está, Moira?

—Sí, señora, aunque no tuviera el mismo velo que vos en los ojos, estaban demasiado lejos y yo demasiado mayor.

Ananad suspiró mientras sus dedos tamborileaban sobre la dura piedra, tal vez, solo tal vez, Caeli pudiera llegar al corazón de Kenneth.

Capítulo XII

Caeli se encontró esperando inquieta ante la puerta, fuera, el soldado de guardia permanecía de espaldas a ella. Aeden había sido relevado de sus tareas, justo cuando Ananad y ella habían terminado de comer en la torre. Aunque le estuviera permitido salir de sus aposentos, las comidas siempre eran junto a Ananad en las habitaciones que esta tenía también en la torre. A Caeli no le gustaba sentir la mirada de algunos guerreros, en especial de ese llamado Aungus, lo veía en sus ojos, la odiaba y despreciaba a partes iguales. Parecía que sus únicas oportunidades de salir en los últimos días eran junto a Kenneth, cada día el rey acudía después de comer para acompañarla fuera. A veces no acudía, oía revuelo en el exterior por la visita de alguien o bien algún problema en la aldea que hacía que Kenneth no pudiera acudir, y entonces Caeli se sentía defraudada. Al principio, no supo por qué se sentía así, hasta que comprendió la verdadera razón. Echaba de menos a Kenneth, descubrir su oscura alma, conversar con él para preguntarle cosas acerca de su pueblo o solo permanecer en silencio porque él tenía el ceño fruncido o ella estaba frustrada porque no podía encontrar la manera de salir de Dunadd.

Tiró de la trenza que, con tanto cuidado, Ananad le había peinado, se deshizo al instante y se miró una vez más en el reflejo de la jarra. ¿De verdad se había puesto un vestido tan azul? Se había esmerado con su peinado y su apariencia. Si Drest la viera con aquellas ropas, quizá muriera de la impresión, ¿y por qué intentaba ponerse guapa e imitar a esas escotas ridículas? Jamás se había preocupado tanto de qué llevaba o de su peinado, ni de ese pelo rebelde ni de las manos encallecidas por la espada… ¿Estaría perdiendo la cabeza?

—Me gustaba la trenza, pero es evidente que estás más hermosa con el pelo suelto.

Caeli se giró avergonzada, Kenneth la observaba desde el vano de la puerta, apoyado sobre la oscura madera. Se sofocó con tan solo mirar cómo se tensaba la camisa a la altura de los brazos y aquel pantalón de cuero marcaba cada parte de su fisonomía. Cada día Caeli se dormía en el blando lecho con la imagen de aquellos ojos azules con motas castañas, con esa arruga que se formaba en la mejilla del rey

cuando atisbaba su sonrisa, o esa otra de cuando se enfadaba y la vena del cuello parecía palpitarle.

—Tu madre quiere hacer de mí una muchacha más de Dunadd —reaccionó Caeli antes de que Kenneth se diera cuenta de cómo lo miraba.

Kenneth se acercó a ella con la ceja arqueada. Sí, se había olvidado de ese gesto del rey que suavizaba su expresión.

—No lo conseguirá, Caeli —susurró más para sí mismo que para que ella lo oyera.

Intentó decidir si aquello era un insulto o un halago. Sin pedir permiso, como era habitual en él, puso la mano de Caeli sobre su brazo y la hizo salir de los aposentos. Bajaron en silencio hasta el exterior. Al paso de Kenneth con ella, ya nadie la miraba con odio, solo había buenas caras y sonrisas de las mujeres. Poco a poco, se habían acostumbrado a su presencia y, cuando no estaba junto al rey, comenzaban a hablar con ella de manera normal.

Salieron al exterior y pasaron junto a los hombres que entrenaban en el patio, el ejército de Kenneth era tan grande que debían turnarse en la mañana y en la tarde para ocupar el patio, jamás lo hacían en el exterior. Las tardes eran el turno de los guerreros más jóvenes, muchos de ellos no tendrían más de diez años. Caeli se preguntaba si no sería para que nadie viera la fiereza de los soldados de Kenneth desde tan pequeños. Aeden y otros hombres se encargaban de los niños, la mayor parte del tiempo compitiendo entre ellos para ganar la aprobación de sus maestros. Sus espadas de madera producían un ruido hueco al chocar unas con otras.

Una vez más, Caeli frunció el ceño al ver a las niñas sentadas contra las piedras de la muralla, observando a los muchachos más pequeños con envidia.

—¿Por qué las niñas no se entrenan? Siempre están ahí cuando acaban sus tareas, esperando a los muchachos para ir a jugar.

—Son niñas, ¿qué quieres que hagan?

Caeli elevó los ojos al cielo de forma inconsciente pidiendo paciencia para lidiar con la estrecha mente del rey y su pueblo. Kenneth podía ser primitivo.

—Podrían entrenar con los niños.

Kenneth se rio con ese sonido que Caeli había aprendido a apreciar, cuando el rey sonreía, su rostro se iluminaba a pesar del sonido que salía de su boca, y entonces parecía… Caeli se obligó a respirar hondo. Estaba mal de la cabeza, ahora estaba segura de que si seguía en aquel castillo acabaría loca. Por él. Bufó para alejar esas tonterías de su cabeza, Kenneth era el enemigo, podía tener un rostro hermoso cuando se relajaba, ser caballeroso y tratarla con respeto, pero no dejaba de ser su captor, el temible escoto.

—Ellas tienen otras tareas.

—Y cuando partes a la guerra con tus hombres, ¿quién defiende Dunadd? Las pictas sabemos luchar como los hombres, nos enseñan desde niñas. Además, deberían contar con otros conocimientos, saber leer las estrellas, los números…

—Caeli, no.

Caeli lo detuvo cogiendo su mano, animada por la idea que le rondaba la cabeza.

—Déjame enseñarlas, soy buena con el arco, si aprenden a dominar el tiro, pueden ser de ayuda…

—No dudo que seas buena con un arma, te he visto en una lucha, ¿recuerdas? Por eso jamás te dejaría una daga, espada, arco…

—Ya, ya, te he entendido, pero nunca las usaría contra nadie de tu pueblo.

A Kenneth le hacía gracia cómo Caeli le hablaba, como si fuera su igual, no con el temor de las otras mujeres ante su enorme apariencia o la precaución de sus hombres. Paseaban cerca de la muralla, junto al establo, Kenneth había descubierto que Caeli adoraba los caballos, por supuesto, nunca la dejaría montar, sería como abrir las puertas de par en par para que escapase, y él no tenía tiempo para acompañarla a cabalgar. A veces dirigía sus pasos hacia allí y entraban a ver los caballos. Caeli pasaba demasiado tiempo sin hacer nada, tal vez no fuera tan mala idea que dejara que las niñas aprendieran el tiro con arco…

Caeli siguió con la mirada a ese guerrero, Aungus, el mismo que cada vez que la veía escupía al suelo con desprecio, a veces lo encontraba observando sus movimientos con inquina en los ojos. Iba detrás de una muchacha, al principio, la chiquilla caminaba deprisa y, al ver que la seguía, apresuró el paso. Caeli entornó los ojos, ambos habían salido de los establos y la muchacha parecía alterada. Aungus, al ver que su presa echaba a correr alterada y no podía alcanzarla, empujó el carro de heno que estaban descargando frente a los establos, con tan mala suerte que se precipitó hacia adelante. La muchacha fue arrollada a un lado y la carrera desbocada del carro continuó hasta la muralla contra las niñas que observaban a los guerreros. En su paso, algo debía haber golpeado el establo y la techumbre cayó a su vez sobre ellas al igual que el carro.

Se escuchó el grito de las pequeñas, sepultadas por las ruedas del carro, el techado y los fardos. Kenneth no perdió un instante y corrió hacia allí, Aeden ya estaba junto a algunos hombres intentando apartarlo. Caeli se unió a ellos, en comparación con los hombres, su fuerza era nimia. Un pequeño hueco había quedado bajo el armazón del carro.

—¡Necesitamos levantarlo entre todos, empujad a la vez! —ordenó

Kenneth.

Caeli se acercó a Kenneth, posó la mano en su hombro para que la mirase, el rostro del rey estaba tenso por la fuerza que desplegaba al igual que el de los hombres a su lado.

—¡Dejadme pasar por el hueco! Creo que puedo sacar a las niñas por ahí. Si lo movéis más, todo el peso puede caer sobre ellas.

Kenneth detuvo a Caeli al ver como se agachaba para entrar decidida y la echó hacia atrás. Los gritos de las pequeñas y sus sollozos eran como un cuchillo cortante que hizo que todos los habitantes del castillo los rodearan.

—Caeli, el carro puede vencerse y caer sobre ti.

—Y sobre las niñas, sois todos demasiado grandes, soy la única que entro por debajo —contestó Caeli al instante, con la mirada suplicante.

Sin esperar a que el rey le concediera permiso, se arrodilló y entró por el estrecho hueco que había quedado en el carro volcado. Kenneth vio cómo desaparecía debajo de aquella pesada carga de madera y fardos de paja mientras un escalofrío le recorría la columna. ¡Maldita picta del demonio! Los hombres a su lado lo miraron cuando, en un esfuerzo sobrehumano de sus brazos, levantó un poco más el carro.

Al instante, una niña de sonrojadas mejillas salió por el hueco reptando, después otra y otra. La fuerza de los hombres comenzaba a decaer, bastó una mirada de Kenneth para que sus hombres se irguieran manteniendo en vilo la estructura de madera. Otra niña más. Kenneth empezó a maldecir, ¿cuántas crías podía haber ahí dentro? ¿Por qué Caeli no salía ya? No podían quedar más crías ahí dentro.

—¡Caeli! —bramó Kenneth consiguiendo que hasta las pequeñas que ya estaban fuera dejaran de sollozar—. ¡Juro que, si no sales en este mismo instante, yo mismo entraré a sacarte de ahí!

Entonces salió ella, con el rostro manchado de barro y el pelo hecho una maraña, con una niña colgada de su espalda, ambas arrastrándose como lo haría un zorro al salir de su madriguera. En cuanto Caeli liberó sus pies, los hombres dejaron caer el carro. Un amasijo de madera y hierro cayó contra el suelo provocando un estrépito.

Caeli se giró asustada, consciente por primera vez de qué hubiera pasado si hubiera permanecido dos segundos más ahí dentro. Kenneth la miró, y Caeli supo por su expresión de alivio que, bajo ninguna circunstancia, el rey hubiera permitido que los hombres soltaran el carro sobre ella.

La niña que Caeli había sacado se agarraba el brazo dolorido y su madre la recogió del suelo entre lágrimas. Kenneth vio como Caeli se daba la vuelta, toda ella era un amasijo de paja, barro y restos de dudosa procedencia. Permanecía con los ojos cerrados, su respiración era agitada. El rey se agachó junto a ella, dispuesto a agitar su

pequeño cuerpo, entonces ella abrió sus ojos, más plata que nunca ante la negrura del resto de su rostro, y sonrió. Kenneth negó con la cabeza, si la mitad de sus guerreros fueran tan aguerridos como la picta, ganarían el mundo entero, Caeli no había dudado un instante en meterse ahí dentro y sacar a las niñas.

—Gracias, señora —dijo la primera de las madres.

—Gracias —se acercó a decirle otra a Caeli, y así sucesivamente, mostrando su afecto por la mujer que había arriesgado su vida por las pequeñas.

Kenneth se mostró orgulloso de ella, cuando Aeden fue el primero de los guerreros en acercarse a Caeli, lo miró con furia, «cuidado con la demostración de afecto», intentó decirle con un gesto. Azorados, tanto Aeden como sus hombres comenzaron a darle palmadas en el brazo a Caeli, que los miraba entre contenta y sorprendida. Como si fuera uno de sus cachorros, Caeli miró a Kenneth con una enorme satisfacción en el rostro, tal vez diciéndole con su gesto que siempre supo que podía conseguir sacar a las pequeñas. Caeli cruzó sus manos desolladas por el roce con el suelo y fingió ser una dulce dama suplicante, como si estuviera a la espera de su recompensa, y esta vez fue cuando Kenneth supo que había sido derrotado por su picta. Puso los ojos en blanco y miró al cielo.

—Puedes enseñar a las niñas, pero si una sola flecha hiere a mis hombres, te mandaré a las mazmorras.

—No hay mazmorras en el castillo —susurró Caeli con voz traviesa.

—Las haré construir, Caeli, solo para ti.

Vio como Kenneth comenzaba a dar órdenes para que despejaran los restos del carro y el techado del establo. Caeli miró alrededor, buscando a la muchacha que se había apartado en el último momento, y a Aungus, el culpable de lo que había ocurrido. Al final, encontró al guerrero entre los hombres que ayudaban, como si él no hubiera sido el culpable. Caeli lo vigilaría.

Capítulo XIII

De nuevo, la pequeña Kat acertó en el blanco y Caeli, junto al resto de las niñas, aplaudieron su tiro, era de las más chiquitinas y al tirar sacaba la punta de la lengua. Al principio, solo las madres de las pequeñas que había salvado de morir aplastadas mandaron a sus hijas a entrenar, quizá como modo para agradecer que las hubiera salvado. Caeli suponía que con la oposición de sus padres, pero había descubierto que, aunque las mujeres escotas no fueran a la guerra, tenían la misma fuerza que las guerreras de su pueblo a la hora de tomar decisiones y hacer valer su opinión.

Durante varios días, había observado que los niños que entrenaban en el patio prestaban más atención a sus clases que a la lucha de espadas de Aeden. Menos mal que el carácter del guerrero era mucho más apacible que el de su rey, si Kenneth llegaba a darse cuenta de lo mucho que distraían a los pequeños, acabaría por prohibir a Caeli enseñar a sus disciplinadas guerreras.

Como si lo hubiera invocado, Kenneth apareció a su lado, a veces Caeli se ponía muy pero que muy nerviosa cuando él se acercaba, bueno, a veces, no, casi siempre. El rey tenía el pelo mojado, las gotas aún caían de su pelo cobrizo, casi negro por culpa del baño. Llevaba solo una camisa y Caeli pensó si alguna vez enfermaba, estaba cansado o se sentía débil, parecía indestructible, como aquel ceño fruncido que siempre portaba en su expresión. Su aparición hizo que la pequeña Kira errara el tiro, mandando la flecha hasta más allá de los sacos en los que Caeli había pintado con carbón un gracioso monigote con la nariz roja.

—¡Lo siento, Caeli!

Kenneth observó el puchero de la niña, apenas tendría ocho años, pero sus brazos ya estaban fuertes por el trabajo en el campo junto a su madre y hermanos. Observó a Caeli esbozar una tenue sonrisa y agacharse junto a la niña, se apartó el vestido hacia atrás, como siempre hacía, molesta por llevar faldas. Era evidente que aún no se había acostumbrado a llevar los vestidos, aunque sencillos, enormemente molestos para una mujer que siempre había llevado pantalones.

—Kira, no pasa nada, solo tienes que practicar más, la próxima

vez…

Caeli se calló, pensaba echar la culpa al rey, que intimidaba a sus pupilas con su presencia. En ese instante, Kenneth se acercó a la niña y tomó su mano, ayudando a que se levantara.

—Es porque no tensas el arco —le dijo el rey a la niña—. Mira, tienes que abrir las piernas, afianzarte en el suelo, sino perderás fuerza al moverte.

Kenneth acompañó su explicación colocando a Kira frente al objetivo, con un suave toque en sus talones hizo que se colocara en posición.

—Coge fuerte la cuerda, como cuando arrancas el brezo de raíz. Así. Echa el brazo atrás, llévate la cuerda atrás, hasta que sientas toda la tensión.

Caeli se mordió el labio. ¿Cómo alguien tan huraño y distante, frío y enorme, podía tener tanta consideración con una niña? Creía que se había acercado a ellas para esbozar esa sonrisa socarrona o criticar lo que Caeli enseñaba a las pequeñas, y, en lugar de eso, trataba a la pequeña con respeto y paciencia. Lo cierto es que Kira temblaba un poco asustada, ¡vaya, era el mismísimo rey quien estaba dándole lecciones!

—¿Así, mi rey?

Kenneth rio por la forma tan correcta en que la pequeña lo llamaba, y, con una sonrisa, siguió dando instrucciones para que guiñara el ojo y pusiera su vista en el sitio adecuado.

Kira tiró, y la flecha, aunque estuvo lejos de dar en el blanco, al menos dio en el saco. El resto aplaudieron emocionadas.

—Gracias, Kenneth —susurró Caeli, aún asombrada por el interés de Kenneth en ellas.

Él, sin embargo, miró con el ceño fruncido a los muchachos que observaban las clases.

—Quizá podrías enseñar también a los chicos, deberían entrenar el tiro más a menudo.

Caeli contuvo el aliento, no solo Kenneth la apoyaba en que enseñara a las niñas, sino que pretendía que también lo hiciera con sus guerreros. Esos ojos azules fríos se llenaron de un brillo diferente que hicieron temblar a Caeli.

—Bueno, tal vez debería ser yo quien lo hiciera —bromeó Aeden cogiendo el arco de Caeli de entre sus manos, el único que era del tamaño de un adulto—. Mirad, muchachos, esto es manejar el arco.

—Kira, corre, ve y lleva el saco hasta la muralla, así se lo pondremos más difícil a Aeden —pidió Caeli a la niña, ante las quejas de Aeden. El resto de las pequeñas y los guerreros más jóvenes comenzaron a rodearlos con curiosidad. Algunas mujeres se unieron a ellos.

Kenneth se mantenía a un lado sin decir nada, lo observó un instante mientras Aeden tiraba. Acertó tan cerca que rozaba el círculo rojo. Caeli sonrió, hizo una reverencia a Aeden y tomó el arco. Pareció que apenas se preparaba cuando la flecha salió de la tensa cuerda. Aquello que Kenneth se temía, ocurrió, dio en el blanco de forma exacta, sin ni siquiera apuntar.

—Ha sido suerte —replicó Aeden un tanto herido en su orgullo—. Es el arco, déjame intentarlo de nuevo con otro.

Repitió el tiro, que se clavó junto a su anterior flecha, con el ceño fruncido se lo ofreció a Caeli para que repitiera su mejor tiro. Cogió el arco y, mientras tensaba la cuerda, Kenneth se colocó a su lado, tan cerca que lo miró de reojo intrigada, ¿qué pretendía el rey con su rostro tan pegado al suyo?

—Caeli, ¿puedes hacerlo cuando te distraen, en plena lucha? ¿Te mantendrías concentrada en tu objetivo? ¿Serías capaz de acertar?

Caeli ni siquiera le respondió, ¡claro que podía! ¿Quería que se lo demostrara? Podía ganar a Aeden con los ojos cerrados, había visto a los arqueros practicar y era mejor que todos ellos. Asintió evitando distraerse por la presencia del rey, tensó la cuerda y sintió… ¡cielos! ¿Kenneth acababa de soplar en su cuello? Un estremecimiento recorrió su columna, removiendo algo en su interior. La flecha cayó por detrás de un montón de telas y fardos, tan lejos del objetivo como era posible. Se giró furiosa a mirar al rey, entonces él rio con fuerza, esa risa tan falta de práctica que hizo que Caeli frunciera el ceño cuando en realidad deseaba capturar aquel hermoso rostro con sus manos.

—¡Has hecho trampa! —exclamó un poco enfadada con el rey y con Aeden que se tapaba el rostro de forma sospechosa. ¡Se estaba riendo! Cuando Caeli se giró, hasta las niñas sonreían al ver a su rey reír a carcajadas, no sabía si por la situación o esos ruidos raros que hacía. Quiso abrazarse a Kenneth que despertaba toda su ternura en esos momentos, daba igual el sonido de su risa, o lo tonto que fuera a veces, le hacía sentir a Caeli miles de sentimientos como el de apretar su rostro con cariño. Aliviada vio que todos estaban más acostumbrados a la risa del rey que ella y nadie lo miraba con malicia para reírse de él. Los miró a todos con una dulzura en el corazón que hacía tiempo no sentía, por primera vez se sentía aceptada, sin temores, en un nuevo hogar. Caeli movió la cabeza, sonriendo ante esa sensación de pertenencia a un lugar.

—Es hora de que volváis a casa, niñas —afirmó Caeli cuando divisó entre los que observaban a varias de las madres de la aldea.

Kenneth se quedó junto a ella, observando como todos se alejaban.

—He pensado que quizá nos podías acompañar en la cena —susurró Kenneth en su oído.

Caeli fue consciente de que debía haber abierto los ojos hasta el

extremo de casi salirse de su rostro. Era la primera vez que Kenneth la invitaba a acompañarlos en el gran salón. Eso no estaba permitido a las esclavas ni a los prisioneros…, ¿no?

—Recogeré las flechas y enseguida voy, he de cambiarme el vestido. No tardaré, «mi rey» —prometió apresurada Caeli. No podía evitarlo, estaba ilusionada.

Kenneth se giró sin decir más, con las manos a la espalda, caminando con deliberada lentitud. Caeli buscó la flecha que Kira había mandado junto a la muralla. Movió los fardos de grano un poco, pesaban demasiado, así que se asomó sin ver nada. Movió unos barriles pensando que esos escotos tenían aquel rincón del patio como si fuera un lugar donde dejar todo lo que encontraban. Los fardos tapaban todo. Dispuesta a abandonar la búsqueda, se apoyó en la muralla y sintió el tacto de la madera en lugar de la fría piedra gris, se apoyó con fuerza. Caeli empujó un tanto los barriles, con miedo a que todos cayeran de manera estrepitosa, pero la curiosidad pudo con ella.

—¡Vaya! —Caeli empujó la puerta que había descubierto, segura de que estaría cerrada. Era más pequeña de lo normal, con el vano superior en forma de arco, debía de ser una antigua entrada a los jardines. Con sorpresa, se abrió, mostrando ante ella el exterior de la muralla, más allá de las defensas del castillo, de su cautiverio.

Caeli mantuvo abierta la puerta a pesar del viento. Allí estaba su escapatoria, al anochecer, tras una puerta que pocos debían conocer, más allá el pueblo con caballos a su disposición. Solo tenía que bajar unas escaleras de piedra, deshechas por el viento, y echar a correr. Se dio la vuelta para mirar hacia el castillo, consciente, por primera vez, de la verdad, no quería irse, deseaba cenar esa noche con Kenneth. Entrenar al día siguiente con las pequeñas y enseñar a Kira a tirar con el arco. Anhelaba contarle a Ananad que había descubierto que el rey reía, aunque fuera de una manera horrible, y preguntarle por qué a veces Kenneth parecía tan triste. Retar a Aeden otra vez con el arco. Se había enamorado de aquella fortaleza, de corredores angostos y fríos, de la piedra que cobijaba a sus habitantes, de la protección que le brindaba Ananad, de la presencia silenciosa de Kenneth, de sus gentes al principio hoscas y luego amables. Caeli suspiró ante la evidencia, las puertas de las murallas habían pasado días abiertas, Aeden había descuidado su vigilancia, al igual que el resto de la guardia del rey. Podía haber escapado cien veces y no lo había hecho, y, esa noche, Kenneth la había invitado a cenar en el salón. Caeli agachó el rostro, torturada entre la culpa por no querer escapar y la lealtad a su pueblo. No. Así, no, como una furtiva antes del anochecer, robando un caballo, no. Se inclinó para cerrar la puerta cuando una enorme manaza la agarró de la trenza y la hizo caer hacia el patio. Caeli, horrorizada, se giró para mirar quién se atrevía a tanto.

Entonces lo vio. Aungus, el taimado guerrero que había provocado el accidente y la odiaba.

—Princesita, ni el rey podrá protegerte de esto. Has intentado escapar.

Capítulo VIX

—En las cocinas. Quiero a Caeli en un sitio en el que pueda estar todo el día vigilada.

Kenneth se lo dijo a su madre sin atisbo de sentimientos, con frialdad, intentaba hablar con ella lo menos posible, sin embargo, desde que Caeli se había cruzado en su vida (o él había cometido la estupidez de llevarla a su fortaleza) todos los días estaba obligado a mantener largas conversaciones con Ananad.

Su madre no recibió demasiado bien la noticia, el mohín de rechazo era evidente y él no iba a tratar a una picta como a una princesa de la realeza, sería divertido ver como se desenvolvía entre los suyos, trabajando del día a la noche, encerrada, sudando por la humedad del pantano ante los fogones. Kenneth negó con la cabeza para olvidar la imagen que apareció en su mente, una gota de sudor deslizándose por el escote del vestido, perdiéndose entre los senos plenos… Se obligó a reemplazar tan magnífica imagen por la de Caeli escapando del castillo a hurtadillas y ser pillada por Aungus, uno de sus mejores guerreros. Aungus la había llevado cargada sobre el hombro y la había arrojado a sus pies con acusaciones. Estaba tan enfadado con Caeli que cuando fue llevada ante él ni siquiera fue capaz de articular más palabra que ordenar que volvieran a encerrarla, había confiado en ella y lo había decepcionado de forma tan profunda que evitaba su presencia de forma absoluta.

—No creo que Caeli esté acostumbrada a ese tipo de trabajo, Kenneth, devuélvela con su pueblo —suplicó Ananad con voz lastimera—. Este no es su sitio, su familia la estará buscando.

La mirada de Keneth se perdió en la distancia, desde la torre más alta veía las colinas, los prados más allá del pantano, las altas montañas. Un día, su sueño se haría realidad, Escocia, Alba unida en un mismo pueblo, ¿deseaba que esa unión estuviera basada en la esclavitud? Con Caeli no había funcionado la confianza. ¿Siervos y dueños? Su padre, y el padre de este, siempre sometieron a los otros pueblos, ¿y si hubiera otra manera? Su pueblo no lo respetaría como rey, los otros habitantes de Escocia se reirían de él, solo servía la espada, el castigo, la conquista… como con Caeli. Había dejado que enseñara a las niñas el arte del arco y solo había sido una excusa para intentar escapar. Aungus la había cogido cuando se deslizaba por la puerta lateral armada con un arco y un saco de comida. Por supuesto,

Caeli lo había negado todo, a gritos desde la torre, con ese rostro hermoso y ojos de inocencia, alegando que Aungus mentía.

—Ananad, me da igual a lo que esté acostumbrada la picta, trabajará para ganar su pan, igual que todos. Si la dejara volver, tendría a nuestras puertas a todo el ejército picto, por alguna razón deben de creer que ha muerto, si no el rey Drest ya habría venido, y necesito que los pictos se queden en el este reteniendo a los vikingos.

Ambos se giraron cuando oyeron un ruido en el pasillo, unos pasos corriendo escaleras abajo, ya no había nadie más con ellos y Kenneth sospechaba quién había estado escuchando.

Caeli se mordió los labios, ¡sucio patán! ¿Quería verla humillada? No había pretendido oír la conversación del rey y su madre, solo había acudido a su llamada. Siguió bajando las escaleras más deprisa de lo aconsejable. Aeden, su sombra dentro de la fortaleza, la seguía, él también lo había oído y un destello de pena se había prendido en sus ojos. Caeli se giró para mirarlo, de nuevo era una prisionera.

—No vuelvas a mirarme así, Aeden.

—¿Cómo te miro?

Caeli retrocedió subiendo los escalones que los separaban.

—Como a una sucia picta.

—No lo pareces, que eres una picta, al menos ahora no. De todas formas, no tengo nada en contra de tu pueblo, todos nacimos en esta isla.

Asombrada por las palabras del amigo de Kenneth arqueó la ceja.

—Podrías ayudarme entonces, necesito escapar, mi hermano estará buscándome, pensaran que he muerto.

—No haré tal cosa, no te odio, Caeli, pero jamás traicionaré a Kenneth. Tal vez si hablas con él y le dices que no quieres trabajar en las cocinas encuentre otra cosa para ti. No creo en la acusación de Aungus, has tenido mil oportunidades de escapar y no lo has hecho, ¿por qué habrías elegido el momento en que Kenneth más confiaba en ti y no antes?

¿Por qué todos insistían en que hablara con el bruto del rey? No se podía hablar con él, ¿suplicar? ¡Jamás! ¡Kenneth quería que trabajase en las cocinas! No tenía ni idea de quién era ella.

—No esperaré a que tu rey venga a decirme en persona que me manda a las cocinas, con esa expresión soberbia con que se dirige a todos, ¿quiere que me gane el pan? Entonces verá.

Se dio la vuelta y siguió bajando, al llegar abajo, giró a la derecha, y luego a la izquierda, y luego se quedó parada de golpe.

—¿Dónde están las cocinas? Me he perdido otra vez —admitió ante Aeden.

La sonrisa del guerrero casi hizo que ella también sonriera, su propia determinación parecía ahora absurda, ni siquiera sabía

moverse todavía por el castillo.

—Te llevaré, pero, Caeli, mucha de mi gente odia a los pictos, no esperes que te reciban o tengan un trato de favor contigo a pesar de salvar a las niñas —aconsejó a Caeli. Una muestra de un afecto que comenzaba a crecer entre ellos después de tantas horas juntos.

Caeli empezaba a sentir simpatía por Aeden, era leal a su rey, siempre que podía la intentaba proteger, aunque su misión fuera ser su sombra para que no escapase.

—Lo tendré en cuenta, Aeden.

El cambio en la voz de Caeli sorprendió al guerrero, suave y considerado. ¡Ojalá no le diera más problemas! Estaba empezando a encariñarse con ella.

—Kenneth no es tan malo como parece, Caeli. Yo nací entre estos muros y creo que durante años fui el único amigo que Kenneth tuvo, los dos de sangre mezclada y excluidos por los otros niños y sus familiares, mi padre era inglés. Cuando mi madre murió, mi progenitor me llevó con él al sur, las palizas eran constantes y sus maltratos tan duros que a veces me arrastraba durante días por los golpes. Kenneth, en cuanto se enteró, fue en mi busca, me sacó de esa casa y me trajo de nuevo con él. He luchado a su lado, daría la vida por él, no porque sea mi rey, sino porque es leal con los suyos, y justo. Habla con él y convéncele de que no querías escapar.

—Siento mucho lo que te pasó, Aeden, pero conmigo no es así, ni con mi pueblo. Si me liberara, quizá podría demostrar ese gran corazón que tiene.

—No lo hará, Caeli, y yo no te ayudaré a escapar de Dunadd —suspiró Aeden consciente de sus intenciones. Sabía que era difícil ver al verdadero Kenneth bajo la apariencia de un rey autoritario, y dejó que Caeli rumiara el atisbo de humanidad que le había mostrado de Kenneth. Por alguna razón, el rey consideraba que estaba salvando a Caeli de volver con su pueblo, algo que no se había tomado la molestia de compartir con él.

—Ese guerrero, Aungus, mintió, no quería escapar, y no soy tan estúpida para hacerlo con las armas en la mano.

Aeden esbozó una tímida sonrisa, Caeli se rindió, nadie más iba a creerla. Ni siquiera había intentado decirle a Kenneth que había sido Aungus el culpable del accidente del carro, pensando en ese momento que solo había cometido un error, pero no fue así, desde entonces, Aungus estaba allí donde ella iba, vigilando…

Aeden la empujó al llegar a las puertas de las cocinas para que entrara de una vez. Caeli se mordió el labio, preocupada. Como predijo Aeden, la cocinera y las dos muchachas que a esas horas estaban en las cocinas preparando el almuerzo la miraron con desconfianza. Dos hombres entraron en ese momento con el resultado

de la caza, liebres y aves pequeñas. Detrás llegaron otros dos muchachos, con unos hermosos salmones colgando en sus anzuelos.

Después de que Aeden explicara a Maisie, la cocinera, que su rey deseaba que la chica aprendiera en la cocina se sentó en una esquina. Con toda la tranquilidad del mundo, sacó su cuchillo de la vaina y cogió un tocón de la madera reservada para el horno. Sin prestar atención a nadie más, Aeden empezó a raspar la madera para tallarla. No dejaba de darle vueltas a la confesión de Caeli, él tampoco creía que hubiera intentado escapar, era inteligente, nunca la hubieran pillado si hubiera deseado hacerlo. Llevaba unos días entusiasmada con enseñar a las niñas, disfrutaba mucho con ellas y sonreía sin parar, desde luego no era la actitud de alguien que planeara su huida. Y luego estaba Aungus, que estaba más irascible de lo normal y todos lo huían. Aeden se prometió estar más atento al guerrero y observar su comportamiento, ese odio hacia Caeli no era normal. Algo había pasado para que Caeli lo acusara con tanta convicción ante él.

—Bueno, princesa, ¿sabes algo de cocina? ¿De guisos? ¿Hacer pan? —preguntó Maisie indignada por el trabajo que le tomaría enseñar a esa muchacha.

—No sé nada de cocinar, pero sé cortar pescado y despellejar los animales —respondió Caeli con voz suave, no le interesaba enemistarse con la señora de aquellos dominios.

Una de las chicas empezó a aplaudir hasta que la cocinera la miró mal.

—Solo los hombres saben hacer eso, pero, en cuanto dejan las piezas, salen corriendo y Katy tiene que hacerlo, la sustituirás, veremos si sabes hacerlo.

Aeden parecía no haber escuchado, sin embargo, cuando la cocinera ordenó a Caeli pelar la caza, esbozó una sonrisa a medias, a Caeli le iría bien, estaba seguro. En secreto, la mayoría de la fortaleza la adoraba desde que había salvado a las niñas de morir aplastadas. Aeden siguió tallando la madera, le esperaban muchas horas en las cocinas. Con pena, escuchó a sus compañeros entrenar en el patio, a partir de ahora, él tendría que hacerlo por la noche, si es que Caeli dormía y Kenneth dejaba de bramar órdenes por toda la fortaleza.

Capítulo XV

Maeve aferró la empuñadura de su arco con fuerza, preparó su flecha. No se veía nada entre la espesura, pero estaba segura de que Lúa no las había llevado de cacería sin una razón. Desde que había intentado hablar con Drest, Lúa la seguía a todas partes, veía como su mirada de ojos oscuros se fijaba en ella, incluso el día anterior la estaba esperando a la salida de su casa con esa media sonrisa. Maeve intentaba estar siempre con sus hermanas, entre las otras muchachas del poblado, junto a alguien de confianza. Lúa se había convertido en una pesadilla.

Maeve esperaba que en aquella cacería no se convirtiera en la presa. Estaba atenta a cualquier sonido de una rama, al crujido de las hojas, seguía con la mirada a las otras, hacía rato que Lúa había desaparecido.

En silencio, siguieron a un venado, un arroyo surcaba la cañada anaranjada, las hojas estaban verdes a pesar de ser verano, se oía el canto de los pájaros y el lejano murmullo del viento sacudiendo las copas de los árboles. Maeve observaba todo a su alrededor, sabía dónde estaba cada una de sus compañeras de caza. Pero Lúa no aparecía.

Las otras habían seguido el curso del río, el venado subía lentamente el curso del arroyo, ajeno a ellas. Maeve se detuvo y, con el cuenco de su mano, cogió un poco del agua cristalina para llevársela a la boca. En el agua vio el reflejo del cielo azul, Caeli. De alguna forma, sabía que estaba viva, en algún lugar, tal vez solo fuera la esperanza de que hubiera sobrevivido y así no sentirse tan culpable. El chasquido de una rama al ser pisada a su espalda hizo que se irguiera.

Maeve, aterrada, se giró, se había distraído, dejando la flecha prendada en la cuerda, pero, antes de que reaccionara, Lúa podía atacar desde atrás.

Suspiró, deshaciéndose de todo el miedo que su cuerpo había contenido en apenas unos segundos. Drest la miraba confundido al verse amenazado por la flecha. Maeve llevaba acumulada tanta tensión en unas semanas que tiró el arco y se abalanzó sobre su rey sin pensar en las consecuencias.

Sollozó en su pecho ante la sorpresa de Drest.
—¡Pero, muchacha! ¡Maeve! ¡Qué te ocurre!
—Drest, Caeli está viva, lo sé. Tenemos que ir a por ella.
—¿Qué dices? Tranquila, cuéntame todo.

Capítulo XVI

Caeli sintió caer gotas de sudor por la espalda y del nacimiento del cabello, el horno de las cocinas nunca se apagaba, en aquel ambiente húmedo, con el mar tan cerca y el pantano, el aire se volvía asfixiante. Intentó apartarse el pelo del rostro, sujeto por una trenza ya casi deshecha. Miró a Maisie, no era mucho mayor que ella, vio como metía los cereales ya preparados en la masa para hacer el pan. La boca del horno era tan grande que podían las dos asomar sus cabezas sin molestarse. El fuego recibió las bandejas y se tornó más intenso hasta que se asentó.

—Ya está, ahora a esperar. Has hecho tu primer pan. —Maisie acarició su mejilla para quitar los restos de masa que se habían quedado pegados en el rostro de Caeli.

—Es más fácil disparar el arco que hacer pan —contestó a la cocinera que enseguida sonrió al ver su vestido tan manchado como su rostro.

—Yo, sin embargo, no tendría la menor idea de coger ese arco tuyo, tendrás que enseñarme, Caeli.

Caeli había cogido cariño a la cocinera, Maisie era muy mandona, pero dentro de esa mujer estaba el corazón más grande del mundo. Paciencia tenía, desde luego, porque Caeli era un horror en la cocina.

Obedeció a Maisie y recogió los restos de masa sobre la amplia mesa de madera donde la cocinera se había tomado un tiempo en enseñarle. Empezó a limpiar con energía entre las grietas. Día tras día, Caeli bajaba al amanecer a las cocinas y pasaba el día allí, a veces la enviaban al pozo a por agua o a lavar ropa, incluso un día con Katy fueron a los establos a dar de comer a los caballos. Las cocinas de Dunadd eran enormes, una sala de techos altos, con paredes de piedra, un horno enorme hacía las comidas principales mientras uno más pequeño se dedicaba a dulces. Sartenes de cobre colgaban de las paredes, y sobre sus cabezas, aves o pescado salado para conservar. Caeli caía agotada por las noches en su cama, la misma que Ananad había dispuesto para ella el primer día. En la distancia, Kenneth la observaba, Caeli sabía que esperaba el momento en que fuera ante él a quejarse por el trabajo duro o exigir que la apartara de las cocinas, no fue así, los primeros días habían sido difíciles, no iba a negarlo, pero

después el trabajo constante y duro de alimentar a aquel pueblo proporcionaba a Caeli paz. Allí, en las cocinas de Dunadd, no tenía que aparentar ser nadie más que ella, sin artificios ni dobleces, Maisie mandaba y ella obedecía, a veces se encontraba riendo con Katy ante cualquier tontería que se les ocurría, de su misma edad, y la mayoría de las veces cuando oían a Aeden quejarse por tener que vigilarlas. Algunos guerreros aparecían al amanecer por allí, llevaban la caza, de la aldea venían los pescadores, y las mujeres, las pocas cosechas que lograban cultivar. Cebollas, col rizada y zanahorias, sobre todo. A veces aparecía uno de los hombres del rey con un venado y Maisie lo celebraba por todo lo alto, con su rostro de niña y sus formas generosas enlazaba una danza con Katy. Ambas eran de pelo cobrizo y ojos claros, Caeli se había dado cuenta de que todos parecían pertenecer a la misma familia, sus rasgos tan diferentes a los pictos. Caeli observaba con timidez a las dos, con una sonrisa, poco a poco se habían ganado su cariño.

—¿No vas a acabar nunca esa talla? Aeden, día tras día te sientas ahí, en silencio, y trabajas con ese tocón de madera.

Aeden levantó la mirada hacia Katy, en cuanto sus ojos se cruzaron, él sonrió. Caeli elevó los ojos al cielo, era imposible que Aeden tallara ninguna figura, siempre lo pillaba con la mirada levantada siguiendo con los ojos a Katy por toda la cocina.

—No tengo prisa. Mañana vuelven el rey y mis compañeros, pero no creo que me releven de esta tarea hasta que tenga un estómago redondo y no pueda valer en la guerra.

Katy sonrió tontamente, abobada, como siempre que Aeden bromeaba. Caeli le apartó el rostro con una sonrisa a modo de broma antes de que su compañera comenzara a deshacerse en elogios con él.

—Maisie, necesito agua, se ha acabado, ¿podrías ir, Katy?

La cocinera sonrió cuando Aeden se levantó al instante para acompañar a Katy y ayudarla con los cubos.

—Pido al cielo cada día que esos dos se confiesen lo mucho que se gustan.

—¡Maisie! ¿Te habías dado cuenta?

—¡No, qué va! ¿Has visto las manos de ese chico? Cuando el rey lo deje volver al entrenamiento, no tendrá dedos con que aferrar la espada. Pasa el rato mirando a Katy.

Ambas sonrieron, hasta que un vozarrón nubló el rostro de Maisie. Caeli había notado que Maisie recibía a todo el mundo con cariño en las cocinas, a Ananad con un tremendo respeto, y Kenneth, simplemente nunca pasaba por allí. A todos excepto a ese enorme guerrero escoto, Aungus. A Caeli tampoco le agradaba, cada vez que estaba en su presencia, ya fuera en las cocinas, en los corredores de la fortaleza o en el patio volvía a escupir a sus pies. Caeli no olvidaba la

traición del guerrero, ni su manera de perseguir a aquella muchacha antes de empujar aquel carro. El soldado entró en las cocinas, su figura oscureció la claridad. El vano de la puerta se hizo pequeño para él. Su aspecto feroz ya no atemorizaba a Caeli, pero Maisie sí temblaba ante su sola presencia. Caeli, al momento, se arrepintió de haber mandado a Katy y a Aeden al pozo, no le gustaba nada la forma de mirar del guerrero a Maisie. Más de una vez, la cocinera había declinado las atenciones de Aungus y Caeli comenzaba a comprender que el guerrero intentaba obtener placer de las mujeres mediante el miedo, por eso se produjo el accidente del carro, para que nadie lo viera saliendo del granero, después de acosar a una muchacha de la aldea.

—Sal de mis cocinas, Aungus. —Maisie ni siquiera lo miró. Caeli advirtió que con el rabillo del ojo vigilaba sus movimientos mientras avanzaba por la cocina hasta llegar a su amiga.

—Maisie, Maisie. Nunca has sido tan arrogante como ahora —rió Aungus.

Se detuvo junto a la cocinera y la encerró entre sus brazos por la espalda, Maisie se resistió sin dejar de pedirle que se fuera. Caeli agarró uno de los cuchillos de despellejar la carne. Maisie la vio y negó con la cabeza. Gruesas lágrimas descendieron por sus mejillas al sentir como el soldado metía la mano entre sus faldas y aferraba sus pechos con la otra, con brusquedad. Tal vez no fuera la primera vez que lo hiciera.

—Se lo diré a Ananad, vete antes de que empiece a gritar.

—¿Gritar? ¿Por qué? Sé que te gusta, Maisie.

Caeli no podía quedarse impasible, el guerrero actuaba como si ella no estuviera allí y, cuando una vez más Maisie intentó liberarse, él la empujó con violencia contra una de las mesas, su amiga se encontraba indefensa, inclinada sobre la mesa en una posición vulnerable.

No lo pensó, corrió hasta Aungus y colocó el cuchillo en el cuello.

—¡Déjala! Te juro que te atravesaré la garganta, suelta a Maisie.

Aungus doblaba su tamaño y con el codo golpeó el rostro de Caeli. Trastabilló hacia atrás y se golpeó con la piedra del horno.

—¡Maldita picta! ¿Cómo te atreves a tocarme?

El guerrero se llevó la mano al cuello y miró incrédulo las gotas de sangre que Caeli le había hecho al apretar la hoja contra su barba. Se inclinó sobre ella, aturdida en el suelo. Maisie intentó apartarlo, la fuerza de Aungus era sobrehumana, aferró a Caeli de ambos brazos con tal fuerza que soltó el cuchillo.

—Ahora recibirás tu castigo, ni Kenneth ni Aeden han hecho lo que todos esperábamos, necesitas comprender que eres una esclava. Creí que después de que te llevara ante él, te castigaría como mereces.

—Te lo inventaste, no iba a escapar de Dunadd. Esta vez haré que

cuentes la verdad.

—Nadie te creerá, zorra picta.

Caeli se retorció cuando Aungus le llevó los brazos a la espalda y la inmovilizó, salió con ella a rastras al patio ante la mirada de asombro de todos. Maisie gritaba e intentaba detenerlo. Caeli miró alrededor en busca de Aeden, ¿dónde estaba?

Aungus la llevó hasta la entrada del establo, de un empujón hizo que su rostro se estrellara contra un poste de madera al que ataban a los caballos. Caeli empezó a retorcerse cuando notó la soga en sus manos, otra vez no, una cuerda para atarla y someterla, Aungus rodeó su cintura con otra cuerda a la altura de la cintura.

—Ahora pagarás por la muerte de mis hombres, no he olvidado el bosque, cómo los mataste, demonio de picta. ¿Crees que no veo bajo las mangas del vestido esas marcas azules que te pintas? A mí no me engañas, solo esperas a que todos durmamos para cruzar con tu cuchillo nuestras gargantas.

Caeli no suplicó, cerró los ojos con fuerza, podía resistir el dolor, o eso creía cuando sintió en la espalda el golpe de una vara. Intenso y doloroso. Desgarró su carne, rompió el vestido, contuvo el grito mordiendo los labios. Los gritos de Maisie, la gente que comenzó a arremolinarse a su alrededor, sorprendida, Caeli oía cómo pedían a Aungus que la soltara.

Con el segundo golpe, creyó oír a Ananad que ordenaba a Aungus que se detuviera, pero el guerrero no paró, un golpe más cruzó su espalda y supo que no aguantaría mucho más sin desmayarse. «Perro», el animal había recibido un golpe por parte de Aungus al tratar de defenderla. Todo se oscurecía, iba a caer inconsciente mientras ese animal de Aungus la mataba a golpes.

—¡Alto!

La potente voz de Kenneth resonó en el patio, el rey había gritado la orden y todos se quedaron en silencio. Caeli escuchó sus pasos, un golpe sordo que creyó que era de nuevo la vara en dirección a su cuerpo, se encogió en previsión de la nueva ola de dolor que llegaría, en cambio, sintió como las cuerdas se aflojaban en su cintura y las muñecas.

—¡Caeli! —gimió la voz de Kenneth, enterrada en su cuello—. ¿Dónde se supone que estabas, Aeden? Tus órdenes eran protegerla de esto.

Caeli cayó en brazos del rey en cuanto las cuerdas se soltaron, sus piernas no podían sostenerla, era como si aquella vara siguiera golpeando su espalda.

—Caeli, ¿estás bien? Dime algo, por favor.

Los ojos azules de Kenneth la miraron, ¿arrepentidos quizá? Caeli sonrió en mitad del dolor, los ojos del rey eran hermosos y limpios y

supo que estaba delirando.

—Kenneth, has venido —fue lo único que pudo decir, aliviada de estar junto al rey.

Kenneth la cogió en brazos, con cuidado de no tocar las heridas provocadas por la vara. Miró alrededor, a los gestos compungidos de su pueblo, las mujeres lloraban y los guerreros bajaban la mirada avergonzados. Solo Aungus había sido el instigador y el ejecutor. Al parecer, la historia que Caeli había repetido a Aeden era cierta, Aungus lo había engañado vilmente.

—Aeden, encierra a Aungus en las mazmorras, no saldrá de allí. —Con fiereza se giró hacia todos los que observaban con horror cómo se llevaban arrastrando a Aungus tras el puñetazo que Kenneth le había propinado—. Oídme, Dunadd. Nunca. Nadie. Volverá a tocar a la picta. Es mía.

Como una sentencia, todos callaron y se mantuvieron quietos, todos excepto Maisie, Katy y la reina que lo siguieron mientras el rey llevaba en brazos a Caeli.

—¡Marchaos! ¡Todas! Yo cuidaré de ella.

—Kenneth, hijo, déjanos curarla.

—Nadie más volverá a tocarla, ¿sabes, Ananad, qué hubiera pasado si no aparezco en ese momento? ¡Estaría muerta! Ha sido apaleada como un animal.

La ira en los ojos de su hijo hizo que Ananad no lo siguiera, nunca había visto un solo sentimiento cruzar la expresión de su hijo con tal pasión. Ananad no podía quitarse de la cabeza que los golpes a Caeli habían sido en el mismo poste del patio donde sus hermanos castigaban a Kenneth.

Capítulo XVII

Kenneth llevó a Caeli a sus aposentos privados, cerró la puerta de una patada. ¡Cielo santo! ¿Qué había provocado mandándola a las cocinas? Una y otra vez, Aeden le había advertido sobre Aungus, y él, cegado por la ira, por el sentimiento que había provocado el intento de huida de Caeli, no había hecho caso. Si tan solo se hubiera retrasado unos instantes… No quería seguir pensando en ello. Ahora no, cuando la respiración de Caeli era tan fuerte y estaba sometida a la inconsciencia. Dejó a la chica con suavidad en el lecho, su propia cama, Caeli no saldría de allí hasta estar recuperada. En la puerta sonaban los golpes de las mujeres, de su madre… Abrió de golpe asustando a todas.

—¡Dejar de gemir en mi puerta, mujeres! Sé lo que hay que hacer, traed agua y paños limpios —bramó el rey.

En solo unos minutos, la amiga de Caeli, Katy, trajo todo cuanto había pedido y ungüento para las heridas. Kenneth no le dio ni las gracias y volvió a cerrar de un portazo.

Observó a la muchacha sobre el lecho, las rasgaduras de su vestido, ¿de todas las cosas que podían pasar, tenía que ser en aquel maldito poste de madera? Kenneth había rememorado todas y cada una de las veces que fue atado allí, un latigazo era el castigo por no concentrarse en el entrenamiento, dos, si se dejaba herir… Negó con la cabeza. Jamás había pensado tirar el maldito poste, para recordar de dónde venía, quién lo castigó y qué había aprendido. Después de esto, lo cortaría con la primera hacha que encontrase.

Oyó fuera aullar a «Perro», quizá a Caeli le gustaría que estuviera con ella. Kenneth abrió la puerta y, ante la sorpresa de las mujeres que hacían guardia en el corredor, dejó que pasara a sus aposentos. Se sentía estúpido, pero ¿qué más podía hacer para que Caeli se sintiera bien al despertar? El animal se acurrucó junto a la cama, dejando de aullar al instante, quizá debería dejar que Caeli le pusiera nombre.

Caeli no despertaba transcurridos los minutos, así que Kenneth le quitó el vestido como pudo, los jirones de ropa se habían pegado a la espalda y tenían una apariencia rojiza, diminutas gotas de sangre teñían la piel de Caeli. Mojó un paño en el agua y lo pasó por la piel con la que cada día, desde su partida, había soñado, con toda la

delicadeza que pudo limpió la sangre sin que la muchacha despertara. Lavó sus heridas con la pericia de una curandera y esperó.

La respiración de la picta era pesada, a causa del dolor. Las manos de ella estaban heladas, cogió ambas entre las suyas, parecían tan pequeñas y frágiles, llena la palma de durezas por el uso de la espada, los dedos un tanto torcidos de pasar horas practicando con el arco. Las giró y, cuando vio las marcas de quemaduras y las cicatrices de pequeños cortes, apretó los dientes. Él había sido quien la había enviado a las cocinas y ella no se había quejado, había trabajado duro, sus manos lo gritaban. Él había sido el culpable de las marcas en sus muñecas por las sogas. Subió las mangas del vestido de Caeli, y, con sorpresa, vio que ella llevaba pintadas intrincadas líneas azules. Nada había podido doblegar a su sirviente picta, ni el trabajo duro ni sus hombres. Kenneth acarició sus brazos con suavidad.

—¡Ah, Caeli! ¿Qué voy a hacer contigo?

No obtuvo respuesta, solo el sonido de su respiración. Kenneth hubiera matado a Aungus en cuanto vio quien estaba recibiendo el castigo. Durante días, había soñado con volver a Dunadd y encontrar a Caeli sumisa, doblada por el duro trabajo, y, en cambio, ella parecía tan orgullosa y digna como cuando la dejó. Observó las tres heridas que la vara había provocado en su tersa piel, ya limpias, casi no sangraban. Apenas era mediodía, había cabalgado toda la noche junto a sus hombres a un ritmo frenético como si intuyera que algo malo pasaba en el castillo. Kenneth se quitó la espada del cinto y la daga, se tumbó junto a ella, el rostro cerca del suyo. Su pequeño cuerpo desprendía un calor que atraía al rey. Caeli tenía un bonito rostro, los pómulos marcados y unos labios tentadores. Acarició los límites de su boca con el índice y apartó su cabello negro, color de la turba, tan brillante y ondulado que cuando lo atrapó con sus dedos se hizo un tirabuzón entre ellos. Con la mano en la mejilla de su picta, sintiendo el ya suave balanceo de su respiración, se quedó dormido.

Kenneth despertó agitado, cegado por el sol que entraba por los ventanales. Al instante, sintió algo pesado en la garganta, enseguida se incorporó atrapando la mano que sostenía la daga. Ojos azules y plata. Caeli lo amenazaba con su propio cuchillo.

—¿Qué hago en una cama contigo? ¿Quién me ha curado las heridas? —preguntó Caeli. Su propia voz le sonaba ajada.

—No he dejado entrar en estos aposentos a nadie desde ayer, así que me temo que he sido yo.

Estuvo tentado de perderse en aquellos ojos azules, inigualables, cuajados de pequeñas motas plateadas que brillaban con la primera luz de la mañana. Caeli. Ananad afirmaba que significaba «caída del cielo azul», sin nubes, no estaba de acuerdo, todo en su picta era nublado y arrebatador, incluso fuego, esas llamas azules que a veces

aparecían en el fuego. Parecía un idiota. Un rey muy idiota, tan idiota que en su temor por ver herida a su prisionera se había encerrado con ella en sus aposentos, como si pudiera apartarla del mundo y protegerla de todo.

—¿Por qué, Kenneth Mac Alpin?

—Soy un rey, no necesito darte explicaciones —tras pronunciar esas palabras se arrepintió, la expresión de Caeli se mostró fría—. Quizá, solo quizá, no debí enviarte a las cocinas, exponerte al odio de mi gente por los pictos. A partir de ahora…

Caeli dejó de ejercer presión sobre su cuello, Kenneth vio como desechaba el cuchillo sobre la almohada.

—¡No, por favor! No me apartes de las cocinas.

Enseguida ella se dio cuenta de que había sido demasiado efusiva, que estaba demasiado cerca de Kenneth, apoyado su pecho contra él. Suspiró como si Kenneth la hubiera vencido en alguna lucha que no podría ganar nunca. Caeli se obligó a separar sus dedos de la piel desnuda del rey.

—Kenneth, me gusta trabajar en las cocinas, tu soldado no me castigaba por ser picta, sino por defender a Maisie de él. Te lo dije, no intenté escapar, fue Aungus quien te mintió, a todos… Por favor, Kenneth, he cogido mucho cariño a Katy, y …

—Hace unas horas aporreaban mi puerta indignadas, pidiendo, junto a Ananad, que te liberara. Te tienen cariño… y… te tratan bien. No has suplicado, Caeli, ni un instante, cuando te he encerrado, te he hecho doblar la espalda por el trabajo duro… y ahora sí por estar junto a las otras mujeres.

Caeli se movió con cuidado, intentando que el dolor no se mostrara en su rostro, se apartó de él, temerosa de rozar las telas con la espalda. Los rastros de los golpes ardían sobre la piel. Kenneth se incorporó en su gloriosa desnudez y la atrapó antes de que huyera del lecho. ¿Es que ese hombre no tenía vergüenza alguna?

—Sí —afirmó con la barbilla levantada y los ojos fijos en la luz que comenzaba a entrar por la ventana—. Me tratan bien, te lo he dicho, puedo hablar con ellas, creo… creo que se ha creado un vínculo con ellas dos, Ananad es una amiga, pero me trata como si yo fuera aún la princesa…, pero Katy y Maisie no temen hablar conmigo de cosas, y…

Caeli calló, sin saber cómo explicar a Kenneth que nunca había tenido amigas de verdad, que no la ridiculizaran, podía hablar de cualquier cosa con Katy, bromear, reír…

Kenneth no quiso indagar más, algo iba mal en la vida de Caeli entre los suyos. Cuando se cruzó con ella en el bosque, huía de sus semejantes, y no era porque no supiera defenderse, al contrario, las protegía de su destreza con el cuchillo, esas mujeres le hacían daño, pero Caeli jamás levantaría su mano contra ellas. Una digna líder, una

princesa de verdad, leal y honorable. Y ella nunca sabría lo mucho que la comprendía, él también fue un niño perseguido y humillado.

—Pueden seguir siendo tus amigas si eres la doncella de Ananad. No volverás a las cocinas, Caeli. Allí no puedo tenerte cerca.

Caeli frunció el ceño, ¿por qué parecía que ella le pedía algo a ese rey engreído? Pareció que Kenneth adivinaba qué pensaba, con la presión justa sobre su hombro hizo que se tumbara boca abajo, protegida su piel por las mantas y evitando su total desnudez. Con una suavidad inusual en un guerrero con esas enormes manos llenas de cicatrices, apartó las telas que cubrían su torso. Caeli lo dejó hacer, sabiéndose a salvo, ahuecó el cuerpo mientras el rey mojaba un paño en una palangana y humedecía sus heridas. ¿Qué había pasado con el soberbio señor de la fortaleza? Ya no dolía tanto y, sin embargo, sentir los dedos de él recorriendo su espalda le producían escalofríos. Caeli se giró y encontró la mirada azul del rey.

—¿Me dejarás algún día marchar a mi hogar?

Caeli fue tan sincera en su pregunta como el temblor de su voz al preguntar, tanto que Kenneth se conmovió mientras miraba sus labios, cuando estaba nerviosa los mordía hasta que se volvían blancos. ¿Algún día Caeli le dejaría morderlos con esa suavidad a él?

—Te hacían daño, no te valoraban, te sentías perseguida y te abandonaron ante un grupo de guerreros, no, Caeli. No regresarás, ni ahora ni nunca, ¿para qué? ¿Para que acaben matándote? Aquí tienes amigas, para Ananad eres como una hija, mi gente te respeta, trataron de detener esta locura, te aprecian, si no jamás se hubieran atrevido a levantarme la voz y reclamar que les dejara curarte, nunca nadie había aporreado mi puerta, exigiéndome abrir. Me han acusado de querer herirte o retenerte aquí, nunca pensé que tendría que imponer mis órdenes por ti.

Caeli se incorporó dolida, no por las heridas, sino por algo más profundo que acababa de romperse dentro de ella. Kenneth tenía razón, una aplastante verdad que hería su alma hasta lo más profundo.

—¿Y ese soldado, Aungus, qué será de él?

Sonó a excusa, Caeli lo sabía, ¿podía justificar su negativa a ser feliz en Dunadd en un solo hombre malvado?

—Ha sido castigado y desterrado, no volverás a verlo. Y no solo por ti, estoy cansado de su actitud con las mujeres del poblado y su carácter beligerante.

Caeli lo miró sorprendida cuando Kenneth suspiró profundamente.

—Fue un hombre fiel en la batalla, ha sido horrible darle la espalda a Aungus, pero más horrible era lo que pretendía hacer a Maisie. Nunca lo permitiré en ninguno de mis hombres. Me mintió al decir que pretendías escapar.

Comprendió que, en aquel momento, el rey no era el rey, sino solo un hombre, el más respetable y bueno de cuantos Caeli había conocido y que le dolía la partida de Aungus, aun así, había hecho lo correcto, alejarlo de él. Caeli se apartó cuanto pudo en la cama y se giró para que él no viera su rostro.

—Creo que me quedaré por aquí un poco más. Estuve frente a aquella puerta, Kenneth, abierta del todo, vi los caballos, el poblado... No te negaré que estuve a punto de irme, pero algo me retiene aquí, en Dunadd.

¡Maldición, la creía! Kenneth sabía que decía la verdad.

Caeli no vio la sonrisa de Kenneth, solo sintió que sus labios se habían entornado hacia arriba, y se preguntó si algo de lo que hacía el rey pasaba desapercibido para ella, estuviera o no ante su mirada.

Llamaron a la puerta y Kenneth echó las sábanas sobre sus hombros. Cuando la vio cubierta por completo, dio paso a Aeden.

—Siento molestarte, Kenneth, tenemos noticias de los vikingos, han arribado al norte, en tierras de… los pictos.

Notó los movimientos de Caeli a su espalda, Aeden permanecía impasible, mirando al suelo, una señal de respeto que Kenneth agradeció. Caeli se había vestido, aunque no había podido abrochar los lazos de su vestido debido a sus heridas, caminó hacia ellos, aún junto a la puerta. «Perro» la seguía atento, correteando a su alrededor. Kenneth no dijo nada, aunque notaba el desasosiego de ella y su debilidad al andar, pero había comprobado que tratar a Caeli con delicadeza solo provocaba en ella su vena retadora. Indicó con un suspiro a Aeden la pequeña cámara que había en su habitación, era una segunda estancia donde hablaba en privado con sus hombres más cercanos.

Caeli nunca había puesto un pie allí. Había una enorme mesa de color oscuro, varias sillas altas y una jarra siempre llena de hidromiel. Aeden se apoyó en las manos, ignorando la presencia silenciosa de Caeli, y señaló en un tosco mapa desplegado sobre el tablero.

Caeli lo había escuchado, los vikingos, su pueblo llevaba años librando escaramuzas con ellos en la costa. Llegaban, arrasaban los poblados hasta encontrar resistencia por parte de los pictos y volvían al mar. Últimamente, no era así, cada vez penetraban más en el territorio, mermaban sus ejércitos y regresaban en poco tiempo. Su hermano Drest estaba preocupado, los vikingos no tardarían mucho en convocar a más de sus guerreros y aprovechar la debilidad de los pictos para invadirlos, y eso implicaba muertes, violaciones y «el pie del vikingo», como llamaban a esa cualidad de los nórdicos de destruir los campos y matar al ganado, a su paso no quedaba nada excepto destrucción. Se atrevió a entrar junto a Kenneth y Aeden y quedarse escuchando en la puerta.

—Ven Caeli, al fin y al cabo, es tu pueblo, supongo que querrás saber qué será de ellos —invitó el rey.

Caeli miró a ambos hombres, no era común ni siquiera en su pueblo que se invitara a una mujer a discutir sobre un mapa. Bueno, ni siquiera había visto nunca un mapa de la isla entera. Se situó en el único hueco libre, entre esas dos montañas de hombres.

Aeden habló con libertad.

—Han entrado más en tierra firme de lo habitual, ahora se dirigirán hacia el sur, hasta donde los pictos sean capaces de contenerlos.

—Hasta que llegue el día en que no puedan hacerlo y se hagan con el este de la isla —respondió Kenneth preocupado.

La mirada de Kenneth se detuvo en Caeli por un instante, ella observaba atenta el mapa, quizá era la primera vez que veía uno. Se acercó y se colocó inclinada sobre el mapa. Recorrió con el dedo la supuesta frontera que formaban las montañas, entre pictos y donde estaba ella ahora, en tierras de los escotos. Después miró el lugar en el que se suponía que los vikingos habían desembarcado. Pocas marcas señalaban poblados fuertes, un mapa que apenas conocía los hogares pictos, frente a las poblaciones escotas.

—Esperaremos a ver cómo se defiende esta vez tu hermano Drest.

Kenneth se dirigió a ella inspirando con resignación.

—No estáis preocupados por mi pueblo, sino porque, cuando acaben con los pictos, vendrán a por vosotros.

Los dos hombres se miraron entre sí ante la certeza de Caeli, como si la respuesta estuviera en el aire y ambos no se atrevieran a demostrar su debilidad o preocupación ante una simple mujer.

—Por eso quiero unir a nuestros pueblos —contestó Kenneth sin dejar de mirar a Caeli.

—Eso nunca sucederá, Drest jamás firmará una tregua entre nuestra gente.

—Eso es cierto, Caeli, tu hermano nunca firmará una tregua, por eso los invadiré antes que los vikingos.

Capítulo XVIII

Cuando Kenneth se marchó junto a Aeden, Caeli aún seguía recordando sus palabras: «Tu hermano nunca firmará una tregua, por eso los invadiré antes que los vikingos». Había visto lo que Kenneth quería, que era tan fácil arrasar con la isla como quitar a un niño el postre. Quizá fuera solo la soberbia de Kenneth, sus ansias de conquistar todo y a todos, aprovechar la primera excusa para atacar. Llamaron a la puerta antes de que se abriera lentamente, el rostro de Maisie se asomó.

—¿Estás sola, Caeli?

—Pasa, Maisie, por favor.

La cocinera avanzó entonces a la carrera y abrazó a Caeli, cuando gimió de dolor se dio cuenta de que había rozado sus heridas.

—Lo siento, Caeli, fue culpa mía, en cuanto vi a Aungus debí gritar, correr, sabía que algún día avanzaría más en sus propósitos.

Caeli cogió las manos de su amiga, más baja que ella, se inclinó para estar a la altura de sus ojos, abundantes lágrimas regaban sus mejillas.

—Solo fue culpa de él, nunca tuya. Es momento de olvidar, ahora cuéntame, dime qué sucede en la fortaleza, Kenneth no me deja salir aún. ¿Y Katy?

Maisie la llevó hasta la ventana y, sentadas en el antepecho, sintiendo la fresca brisa y la luz de la mañana, le contó los últimos acontecimientos en el castillo de Dunadd.

Capítulo XIX

Maeve miró expectante los ojos de su rey, el hermano de Caeli no podía creerlo. Si no hubiera estado tan asustada por las amenazas de Lúa, tal vez no hubiera confesado la verdad. Que Caeli podía estar viva, en algún lugar, haber sido capturada por los escotos.

—¿Por qué me mintió Lúa? ¿Lo sabes, Maeve?

La ternura del rey con ella, en lugar de enfadarse, gritar o amenazarla, era sorprendente. Acogió el rostro de Maeve entre las palmas de sus manos para infundirle tranquilidad y que hablara.

—La acosábamos, Drest, era una diversión, la perseguíamos por el bosque como si fuera una caza. A veces, la rodeábamos y la intimidábamos, y ella, Drest, nunca se enfrentaba a ninguna, o bien seguía su camino o escapaba. Jamás levantó su daga contra ninguna de nosotras.

Drest estaba confundido, nunca había imaginado que Caeli fuera objeto de las burlas de las demás, siempre fue una niña obediente y después una muchacha algo seria, pero de sonrisa siempre dispuesta.

—Mandaré exploradores a Dunadd, si la han capturado, estará allí, es donde llevan a los esclavos.

Drest apartó sus manos de Maeve, ¿qué le habrían hecho a su hermana si es que no estaba muerta ya? ¿Y Lúa? Siempre supo el mal que anidaba en su interior, debía tener cuidado, Lúa y Mortaleg estaban confabulados y su ansia de poder no tardaría en llevarlos a cometer algún grave crimen. Maeve. Si alguien se enteraba de que la muchacha había confesado, Lúa la mataría.

—Debéis tener cuidado, mi rey, estáis en peligro, Lúa es capaz de cualquier cosa…

—De momento, Maeve, quieras o no, te has puesto en peligro, yo te protegeré en mi casa. Nadie se atrevería a tocarte bajo mi protección. De momento, haremos como si no me hubieras contado nada, Lúa no puede enterarse de que sé la verdad. Y no te preocupes, Maeve, encontraré a Caeli.

Maeve volvió a llorar en el pecho de Drest, no sabía si de alegría o de decepción, le hubiera gustado un cortejo, una proposición, sentirse alegre y olvidar las intrigas por el sillón del trono. Durante años, había amado a Drest en silencio y Lúa les había arrebatado la felicidad de

pasear de la mano, escaparse a todos los rincones furtivamente para besarse, confesarse su amor mutuo.

Drest bajó el rostro, limpió sus lágrimas de las mejillas y besó sus labios con suavidad. Pasara lo que pasara, por lo menos Maeve y él estarían juntos. Y su hermana Caeli estaba viva en algún lugar, lo sentía en la piel y los huesos.

—¡Drest! ¡Mi rey!

Sus hombres se acercaban por la ribera del río, asustando cualquier pretensión de caza en los alrededores. Se detuvieron ante él con el rostro desencajado.

—¡Señor! ¡Los vikingos han desembarcado y se acercan por el norte! ¡Es la guerra!

Capítulo XX

—¡No, no puedes moverte, no puedes levantarte, no puedes hacer nada! ¡Ve dentro!

Caeli se mordió el labio, intentando no echarse a reír, cuando Kenneth se alteraba no gritaba, expresaba lo que deseaba con severidad, menos con ella, entonces parecía que se desquiciaba solo con mirarla. Por alguna extraña razón, ni ella había vuelto a sus aposentos ni Kenneth la había echado, al contrario, él entraba por las noches en la habitación y, tras echar una almohada hecha con un fardo de sábanas y su manta en el suelo, dormía allí. Caeli se había acostumbrado a la respiración pesada de Kenneth, a su forma de abrir la puerta de los aposentos hasta que rebotara con la pared porque, simplemente, le gustaba sorprenderla con la guardia baja. A la forma en que sus hombres acudían a su sala de reuniones y él la invitaba a escuchar, a dar su opinión. Caeli comprendió que gobernar un pueblo no era fácil ni divertido, y exigía de Kenneth mucho más de lo que podía soportar.

—Me encuentro mejor. —Los ojos de Kenneth la miraban con furia mal disimulada.

—¡No puedo salir a entrenar porque escapas de mis aposentos, no puedo estar en mi propia cama sin que aparezcan esas endiabladas mujeres que me echan, y hablan, y hablan! ¡Y ese perro que te sigue a todas partes aullando!

Entonces, casi sin aliento, miró a Aeden que aún estaba en posición de ataque, y a los dos muchachos a los que enseñaban a luchar atónitos aún enarbolaban sus espadas en las manos. El patio de la fortaleza se había quedado en silencio, cientos de hombres se giraron hacia él al oírlo gritar.

—Bajad las espadas —les recomendó mirando a Caeli, tan cerca del grupo y del filo del acero.

Entonces, una carcajada se escapó de los labios de Aeden y los muchachos tuvieron que mirar al suelo para no seguirlo en sus risas. ¿En eso se había convertido, en un guerrero que descuidaba sus entrenamientos y obligaciones? Clavó con fuerza la espada en la arena de su patio, en mitad de su fortaleza, en el centro de su reino.

—Mi rey, no os molestaré más, hablaré con las muchachas. Iré yo a visitarlas.

Kenneth cruzó su mirada con Caeli, ¿era posible que hubiera

comprendido sus pensamientos con solo mirar a sus ojos?

Caeli enseguida se dio la vuelta y regresó al interior del castillo. No era estúpida, día tras día había convivido con Kenneth, había visto cómo fruncía el ceño cuando lo preocupaba en exceso, cuando hablaba con sus hombres, cómo tomaba decisiones que solo buscaban ser el mejor rey para su pueblo. No quería que sufriera, a través de esa dura coraza, Caeli se veía a sí misma, demasiado a la vista de todos, expuesto a las críticas y a cualquier forma de comportarse. Muchos, entre susurros, le decían que faltaba a su decencia como rey, tener a una picta en sus aposentos, todos los creían amantes, pero Kenneth no la echaba de allí. Y ella tampoco quería irse. No quería apartarse de Kenneth, en algún momento se había convertido de enemigo en amigo, y formaba parte de su día a día. Y de sus noches, aunque durmiera en el suelo lejos de ella, oír su respiración la reconfortaba y alejaba las pesadillas en que Lúa volvía a por ella.

Poco a poco, de labios de Ananad, de los susurros de los hombres, Caeli había desgranado la historia de cómo Kenneth se había convertido en rey, el más pequeño de los príncipes, mestizo, de poco valor al ser el más débil y el menor.

Kenneth era consciente de que sus hombres no se reían por maldad, hasta él podía ver la tensión que acumulaba los últimos días, y no era por los vikingos, ni por la falta de cereales, ni las disputas entre su gente. Era ella, era Caeli. Lo estaba matando, poco a poco, como cuando aprietas un nudo hasta dejarlo tenso sin posibilidad de volver a soltarlo. No podía seguir teniéndola cerca, en su cama, en su habitación, en su cabeza constantemente.

—Kenneth, si quieres un consejo, hazla tuya.

Aeden pasó por su lado, susurrando esas palabras en el oído, cargadas de significado. ¿Tan evidente era? La mitad de sus hombres creían que Caeli ya era su amante, ¿cómo no serlo si dormía en sus aposentos? Y la otra mitad no pensaban. Excepto Aeden, que lo conocía muy bien.

—No puedo mancillar a Caeli, es una princesa.

Aeden negó con la cabeza y se detuvo. Se giró con una sonrisa en los labios.

—Pues, amigo, haz de ella una reina.

Kenneth se golpeó la pierna con el canto de la espada, ¡sería tan fácil obligar a Caeli! ¿O no? ¿Estaba él preparado para el matrimonio?

Las puertas se abrieron dando paso a un hombre a caballo, venía al galope, lo reconoció enseguida, uno de sus soldados que guardaba las montañas, cerca de territorio picto.

Apenas desmontó, hincó la rodilla en el suelo frente a Kenneth, jadeante, esperó a recuperar el aliento.

—Rey Kenneth, son los vikingos, están muy cerca, los pictos no

pueden contenerlos y avanzan hacia el interior como un rodillo que destroza todo a su paso.

—¡Maldita sea! Sabía que no podrían vencer a sus ejércitos. ¡Preparad las armas y los caballos! Tenemos que partir hacia el este.

Caeli oyó las voces airadas desde el salón, Ananad estaba con ella, sentadas frente al hermoso tapiz que la reina bordaba junto a su doncella. En ese momento, Caeli se quejaba de que Kenneth no la dejara volver a sus tareas, a practicar con el arco. Ante el alboroto, ambas salieron al patio, momentos antes todos entrenaban, ahora los hombres corrían de un lado a otro, los caballos eran sacados por ellos mismos de los establos para revisar sus herraduras, las armas apiladas en el patio. Los soldados se pertrechaban de hachas, dagas, espadas, todo cuanto les sirviera para la guerra.

Cerca de la gran puerta de madera de acceso al patio, un muchacho ayudaba a Kenneth a revisar su *cotum* de cuero, su armadura de guerra.

—¡Kenneth! —lo llamó Caeli, pero el jaleo imperante en el patio no dejaba que el rey la escuchara. Corrió hasta él, a pesar de que él le había prohibido hacerlo en más de una ocasión. Caeli sorteó los caballos y los hombres—. Kenneth, ¿qué ocurre?

Él levantó la mirada, concentrado como estaba, su mirada de furia se centró en Caeli.

—Tu hermano Drest no acepta una tregua ni nuestra ayuda, y ahora los vikingos han tomado media isla y avanzan hacia aquí. Es un estúpido niño que no sabe ser rey. Voy en su busca para hacerlo razonar.

Caeli frunció el ceño. Podía haber aceptado que ahora su vida estaba con los escotos de forma temporal, pero era su pueblo y su hermano de quien Kenneth hablaba.

—¡Déjame ir contigo! Quizá yo pueda convencerlo.

—Ni hablar.

Otra vez, una orden, sin alterarse ni dar opción a réplica. Kenneth decía no, y ella debía obedecer.

—Iré de cualquier manera, a no ser que me ates a tu cama.

—No sería una mala idea —farfulló Kenneth para después desaparecer entre sus hombres, la imagen de Caeli atada al poste de madera con él encima era tentadora. ¡Por el cielo! Era un rey y debía centrarse—. Mañana partimos, reunid a hombres de las aldeas y a cuantos puedan blandir un hacha —ordenó a sus hombres.

Caeli esperó a Kenneth al caer la tarde, durante todo el día lo había visto de un lado a otro, impartir órdenes, contar los hombres, preparar sus propias armas… Para cuando entró en los aposentos, Caeli lo esperaba de pie frente a la puerta, rojas las manos de frotarlas con nerviosismo. Era cuando aquellos vestidos de lana le hacían desear sus

antiguas ropas, ligeras y frescas, si estuviera en su verdadero hogar, ella también estaría preparándose para la guerra, afilando su daga, tensando su arco. Las mujeres de los escotos no iban a la guerra, hacían una labor no menos importante, como mantener las fortalezas, proteger a los niños…

—¿Qué haces aún levantada?

El tono de Kenneth era brusco, demasiado concentrado como para tener delicadeza.

—Te esperaba. Kenneth, déjame ir contigo. Yo podría convencer a Drest, apenas hace un año que es rey, él no… no es como tú. Tú naciste para conducir a tu pueblo, y mi hermano no… no tiene el arrojo que tú muestras.

Kenneth tiró al suelo su espada y la daga, un estrépito rompió el silencio de los aposentos. Estaba cansado, agotado de esa lucha que mantenía consigo mismo para alejarse de Caeli, de la incertidumbre de qué hacer con ella, ¿pedir un rescate? ¿Amenazar a Drest sirviéndose de ella? De algo estaba seguro, no podía, no quería vivir sin ella.

Caeli se preguntó por qué Kenneth estaba ahí parado, mirándola sin decir nada. El rey tenía el cabello mojado, seguro que había visitado las frías aguas del lago como cada noche. Las gotas descendían por su cuello, a veces, Caeli se quedaba observando cómo el latido de una vena traicionera se notaba bajo su piel. Seguía furioso por la invasión, había aprendido a conocer sus cambios de humor, bruscos y explosivos, la forma en que se contenía. Con un suspiro lo vio girarse hacia la pared, quitarse la camisa, sus músculos atraparon la luz de las velas, el haz de luna que atravesaba la ventana. Todo su cuerpo lucía cicatrices, marcas de la espada y cientos de armas más que Caeli no quería saber. Los dioses debían de haber esculpido sus músculos bajo la luz de la luna y el calor del primer sol.

—No, Caeli —respondió Kenneth, al fin, a su ruego de ir con él.

Kenneth dejó el *cotum* y la camisa sobre un baúl de madera, en el que ahora los vestidos de Caeli habían quitado el sitio a la ropa del rey.

Caeli vio como Kenneth, pensativo, iba a la recámara, allí estaban sus mapas, sus reliquias, sus armas más preciadas. Lo siguió. Allí solo alumbraba la estancia la luna. Vio como el rey apretaba los puños sobre la mesa, el cabello despeinado sobre el rostro inclinado. Era como si una brisa hubiera despertado la noche y acarició a Caeli en el rostro. Ver a Kenneth tan preocupado, apoyado sobre la imagen de la isla, dibujada toscamente, verlo pensar en la guerra, la muerte, sus opciones… hizo que Caeli lo mirase con ternura, deseaba consolarlo, abrazar su cuerpo y perderse en el sabor de sus labios. Hay veces que toda una vida basta para saber que amas a alguien, y otras, en que un instante robado a la guerra, una mirada de complicidad, un suspiro

desde el corazón, todos esos anhelos que hicieron que comprendiera su extraña relación con el rey. Lo admiraba, lo respetaba…, lo amaba, quizá desde hacía semanas.

Deseaba que Kenneth no tuviera aquella mirada torturada que solo mostraba ante ella, aunque fuera el guerrero más poderoso de la isla, el más temido, el rey más respetado por todos solo era un hombre ante Caeli. Solo ella tenía el privilegio de saber el gran corazón y la justicia que él albergaba dentro. Su ternura al mostrar a las niñas cómo tirar con el arco, su justicia al alejar a Aungus de las mujeres, su respeto hacia los hombres que estaban a su mando, la lealtad con Aeden, el cariño escondido que profesaba a su madre en secreto. Todas las cosas que formaban a Kenneth no solo como rey, sino como hombre, único y tan bondadoso con su pueblo como temible con sus enemigos.

Caeli se acercó con cuidado, advirtiéndole de que estaba tras él. Como tantas veces había deseado, puso sus manos en los hombros desnudos del rey. Con cuidado, esperando que él se apartara (aún a veces Caeli rememoraba el desprecio que sintió el rey por ella al conocerla), acarició sus músculos, regodeándose en que Kenneth se mantuviera quieto. Recorrió con sus dedos los nervios marcados de su brazo, fruto del entrenamiento con la espada. Caeli deslizó las manos hacia su vientre, aún inclinado, se marcaban cada una de las bandas fibrosas que, incluso con la camisa puesta, se adivinaban.

Kenneth no se había movido y Caeli temió que no le gustara que lo tocase de aquella forma. Entonces, atrevida, sonrió para sí misma, ya bastaba de tonterías entre ambos, de mirar de reojo su cuerpo y disimular. Apretó con la palma de su mano aquel bulto que había visto cuando Kenneth se vestía y ella fingía dormir. Como Caeli esperaba, estaba como cuando el rey despertaba, henchido y grande, rozando el vientre bajo sus pantalones. Sintió el suspiro de Kenneth, cómo se estremecía ante la caricia, Caeli se sintió poderosa y apretó una vez más, conmovida por la fuerza con que su verga se irguió. Apartó su caricia, y buscó la cintura de los pantalones.

Kenneth se volvió, no podía más, llevaba esperando que Caeli acudiera a él demasiado tiempo. Lo había deseado de tal forma que, cuando ella había acariciado sus hombros al comenzar, pensó que era un sueño. La cogió de las manos, si Caeli metía la mano y repetía su caricia por debajo de los pantalones, estallaría en esa palma traicionera.

Cogió de la nuca a Caeli, apartó ese pelo negro ondulado de su rostro para verla bien. Bajo la luz de la luna, sus ojos azules y plateados brillaban como los de una diosa. Con la mano, tan grande y tosca frente a la tersa piel tostada de su picta, surcó el cuello, hasta llegar al borde del vestido. Besó, lamió cada recoveco de ella, su oreja,

su cuello, el pulso de esa vena que delataba su excitación. Sus dedos surcaron la tela del escote. Dudó.

Caeli lo miró aterrada, no podía parar ahora, Kenneth se había detenido, temiendo atravesar la barrera que los separaba. No había sido educada en una rígida moral, compartir el lecho con un hombre solo debía ser fruto de un sentimiento sin importar moralismo alguno, como tenían los escotos. Ella misma desprendió la mano de los brazos de Kenneth y desabrochó los lazos del vestido. Las telas cayeron con facilidad hasta la cintura. Sus pechos quedaron libres, expuestos a él, por el frío de la noche.

Kenneth contuvo el aliento, los maduros y redondos pechos de Caeli se desataron de su prisión. Tenía los pezones erguidos, apretados y tentadores botones, las aureolas color arena, como su piel, más oscuras. La cordura no tenía lugar en aquella recámara. Con el pulgar surcó aquella protuberancia hasta someterla a su presión, mesó los pechos, cubriendo con las manos su abultada redondez, dura y perfecta. Caeli gimió y Kenneth deseó comerse ese gemido y esos pechos que saboreó con la lengua, que amasó con las manos llenas mientras besaba los labios de su picta. ¡Estaba tan entregada a él! Las manos de Caeli no tardaron en recorrer su torso, su vientre, amenazar con entrar de nuevo en sus pantalones, todo con la avidez de la inocencia. Kenneth entonces liberó una de sus manos de aquellos pechos hinchados por sus besos y levantó las faldas de su vestido. Surcó los tersos muslos, deseando pellizcar aquellas piernas firmes entre los dedos, poseer esa tersura para él. Aferró las nalgas de Caeli, la mantuvo con su fuerza contra él. Notó como a ella la volvía loca la tensión de sus músculos, sosteniendo su peso, agarrada a sus brazos. La elevó para sentar a Caeli sobre la mesa, y se deshizo del vestido absurdo que separaba su piel, ahuecando su trasero y tirando de las faldas. El sexo de Caeli quedó expuesto a él, como una fruta madura que sorber hasta extraer el mejor de los jugos.

Kenneth tocó su sexo, una caricia posesiva que abarcó por completo la uve de las piernas. No podía dejar de mirar a Caeli, cómo su espalda se arqueó para ofrecer todo mientras con la mano exploraba su erección, apretando la base de su verga. Quiso probar a Caeli, lamer cada confín de su cuerpo, no podía esperar, tal vez después pudiera saborear su interior. Acarició la línea de su femineidad, encontró con su dedo la entrada a su humedad, Caeli se retorció sobre él, con cada caricia en su interior. Estaba tan mojada que Kenneth temió perder la cordura. Sin abandonar su interior ni sus caricias la llevó hasta la cama entre sus brazos.

Caeli rio de pura dicha cuando aquel cuerpo poderoso, el del hombre del que se había enamorado, se mostraba ante ella. Lo acució a que se acercara, rodeando su cuello, y Kenneth, sin dejar de profanar

su interior con el placer de sus dedos, rozó su sexo con su miembro. Se deslizó frotándose contra ella. Entró con dificultad en el interior de Caeli.

Caeli no comprendía cómo aquello enorme podía entrar… Gimió y gimió, apretando los músculos en torno a aquella poderosa columna. Tras una embestida de Kenneth y un leve dolor, lo sintió dentro, tanto como si fuera a atravesarla. Llena, colmada por un cosquilleo placentero, dejó de sentir el dolor.

—Caeli, mi picta, enseguida dejará de dolerte. Te daré placer, te lo juro, te daré todo un mundo si lo deseas.

Se relajó ante la ternura del rey, Caeli empezó a disfrutar de la fricción del miembro de Kenneth dentro de ella, de los dedos acariciando un punto de placer sin igual. Lo apretó con las manos, queriendo que no acabase, que fuese más deprisa, que hiciera algo que anhelaba su cuerpo.

Kenneth comprendió que Caeli estaba preparada, ¡por el cielo que no iba a aguantar ni un segundo más! Embistió su cuerpo, con más fuerza de la que hubiera deseado, pero esas caderas arqueadas, los gemidos de Caeli, sus ojos plata ardiendo de calor para él. Sintió la rigidez del placer en ella, la forma en que su cuerpo se abandonaba laxo, el momento en que sus ojos se elevaban al cielo, la corriente que recorría su cuerpo y Kenneth se derramó en su interior con una última embestida. Una risa los envolvió, como cuando esperas el sol después de días de lluvia y al fin acaricia tu rostro. Habían conocido el cielo y el infierno en unos pocos segundos. Pasión sin medida y ansias de más, mucho más.

Caeli miró al rey, aún jadeante, aguantando su peso para no aplastarla. Seguía dentro de ella, más relajado, pero aún palpitante. Los músculos, aun queriendo atraparlo dentro mientras sentía toda su semilla en el interior de su cuerpo.

—Mi rey, no volváis a privarme de vuestra presencia nunca más por muy enfadado que estéis conmigo o mis amigas.

Kenneth rio y se apartó con cuidado de ella. Caeli puso los ojos en blanco al oír el sonido de sus carcajadas, ahora adoraba esa risa torpe, la cosa más tierna del mundo.

—Por ahora, princesa, mi ansia de tenerte cerca las próximas horas es lo único que prevalece. —Kenneth se acercó a su cuello, para rozar con los labios el lóbulo de su oreja.

—Iré contigo, Kenneth, es mi pueblo, mi gente y mi hermano. No quiero dejarte solo.

Kenneth enfocó su mirada a la techumbre de madera, parecía sopesar su decisión, lo cierto es que nunca había negado nunca nada justo a Caeli.

—Atente a las consecuencias entonces, por experiencia propia, los

familiares y la guerra no suelen llevarse bien. Si en algún momento necesitas alejarte o volver, dímelo. —Entonces Kenneth la miró con infinita sinceridad—. Te harán daño, Caeli, cuando comprendan que algo nos une, más de lo que ya te han hecho hasta ahora.

—¿Qué nos une, Kenneth?

Se mantuvo en silencio, incluso para él era un misterio aquello que lo unía a una picta, siempre había evitado a su madre por ello, por el sufrimiento de su sangre mezclada y su extraña niñez. Y, ahora, compartía su lecho y sus preocupaciones con una de ellos. Marcharía a la guerra contra su pueblo si era necesario… y, por encima de todo, lo que más preocupaba a Kenneth era el daño que pudieran hacerle a Caeli. Nadie entendería que eran amantes, no lo entendía ni él. Ni porque ahora se vestía como una escota ni porque su boca se curvaba últimamente en un gesto de felicidad.

—Caeli, podrías hacer de mi tu esclavo y tu sirviente si quisieras, ¿aún no te has dado cuenta? No hagas que diga más de lo que mi alma puede admitir por ahora.

Aquellas palabras desarmaron a Caeli, vio sinceridad en aquellos ojos azules cargados de una felicidad inaudita en ellos. Se había enamorado de él, poco a poco, como el agua de las montañas se deshace hasta transformarse en un arroyo. Amaba a Kenneth, sin duda, pero la pregunta era, ¿amaría también a Kenneth como rey? ¿Por encima incluso de su hermano y su pueblo?

Capítulo XXI

Lúa miró al horizonte; no se veía por ningún lado a los ejércitos vikingos. Se había subido a la colina, donde estaba la tienda de su hermano Drest y sus perritos falderos. A sus pies, su pueblo se preparaba para levantar el campamento, desde la costa, los vikingos habían destruido su hogar, mermado el número de hombres y mujeres aptos para la lucha, y ahora un grupo de ancianos se situaba en la retaguardia como único recurso. Admiraba la escasa honorabilidad de los hombres y mujeres del norte, no tenían piedad, avanzaban matando, destruyendo, reduciendo a sus enemigos, sin pudor ni remordimientos, no como Drest. Su estúpido hermano. Y allí estaba Maeve, la delicada mariposilla, otra vez, su cuerpo se adornaba como el suyo con pinturas de guerras, pero era débil y asustadiza, no se separaba nunca de Drest y escuchaba en silencio para después susurrar en su oído. Desde que hacía días habían iniciado la lucha, los ojos de su hermano la evitaban, estaba segura de que esa perra de Maeve le había contado lo sucedido en el bosque, pero Drest los necesitaba, a ella y a Mortaleg, que tenían el favor de los hombres más fuertes de sus tropas.

Había caído su hogar, Starthearn, y el orgullo de los suyos con las casas ardiendo y los saqueos. No habían acudido en su ayuda ni los de Atholl ni Moray, ni Fife ni Fortriu, las otras tribus los habían olvidado o, peor, ignorado. ¿Acaso no sabían que después los vikingos irían a por ellos? Y su hermano. Drest era débil, incapaz de convocar a los otros pueblos pictos, lo mejor es que muriese en el campo de batalla. Lúa sintió las primeras gotas caer sobre su rostro, los rayos se veían en la lejanía. Si tenía la oportunidad, ella misma se ocuparía del rey, su hermano debía morir, y ella podía insinuar que Mortaleg podía ser el nuevo rey, manejado a su antojo. Sería reina de todos los pictos, como siempre debió ser.

Lúa oyó el sonido de las espadas cruzándose antes que ninguno de los guardias de la colina, entornó los ojos en dirección a aquel sonido, semejante al chocar de escudos de los vikingos. ¿Desde detrás de sus filas? Agudizó la mirada mientras su hermano y su séquito de perros salían a ver qué ocurría. Esa estúpida de Maeve iba tras Drest, como siempre.

La lluvia era débil, Lúa se limpió el rostro con el antebrazo para ver mejor. En la colina, tras ellos, apareció un ejército enorme, con cascos que refulgían bajo la luz de los rayos. El estruendo de las armas se acentuó. El león rojo en sus estandartes, visible bajo la luz del sol y los días de lluvia. Los escotos, el reino de Dalriata. Lúa vio al frente de ellos la figura de su rey, Kenneth Mac Alpin, erguida sobre el caballo, tras él, las espadas cortas se entrechocaban con violencia, llamando a la guerra a sus enemigos. Y junto a él, otro guerrero, y otro más, de imponente altura y musculatura, armados con espadas, hachas... Lúa se adelantó perpleja, temiendo que los dioses hubieran enviado la lluvia para nublar su visión. Allí, montada en un caballo, con sus pómulos marcados por las líneas azules de los pictos, estaba ella.

Caeli. Su hermana muerta y perdida.

Debía actuar enseguida, si Drest no la había castigado todavía, era porque no tenía pruebas, por mucho que Maeve le hubiera ido con el cuento, y ahora su querida hermana aparecía con sus peores enemigos, cabalgando al lado del temible rey de Dalriata, Kenneth Mac Alpin.

—¿Es esa tu hermana?

Mortaleg interrumpió sus pensamientos y una sonrisa comenzó a tomar forma en la boca de Lúa. No todo era malo. Su penosa hermana en el otro bando, su hermano Drest era débil de mente…

—No se puede ser más estúpida que Caeli, ahora Drest la despellejará viva. Ya no importa qué hice o dejé de hacer, la princesa ha cambiado de bando.

Los guerreros y guerreras pictas vieron igual que ella a su hermana y comenzaron a gritar el nombre de Caeli, rompiendo el sonido de la lluvia. Las voces se elevaron, después un sordo rumor comenzó a atravesar las líneas de guerreros pictos, Caeli, su princesa, estaba viva, y estaba con el rey Kenneth, ¿venían a guerrear contra ellos ahora que los vikingos los acosaban? ¿O Caeli, su princesa, venía a salvarlos?

—No puede ser.

Lúa estaba lo bastante cerca como para oír la voz incrédula de su hermano Drest.

—Tu querida Caeli, mientras nosotros la creíamos muerta, estaba planeando nuestra caída junto al rey de Dalriata.

Su hermano no parecía reaccionar, Maeve se acercaba a él para susurrar en su oído. Lúa tenía que ser rápida, sembrar la semilla de la duda, dividir a sus hermanos, Caeli y Drest no podían hablar.

—¡Calla, Lúa! —gritó Drest.

—No callaré, Caeli nos ha traicionado, marcha con nuestros enemigos. ¿Qué hace una picta entre ellos? ¡Es su zorra! Mira cómo viste, como ellos, con sus mismas ropas, sus pieles sobre los hombros, ¡cabalga junto a su rey! ¿Cómo ha conseguido ese privilegio? Todo ha

sido un ardid, simular su muerte para huir con él. ¿Has oído cómo la venera tu pueblo, Drest? Los pondrá en contra tuya.

De nuevo, los murmullos se hicieron más altos, las voces airadas de los seguidores de Lúa y Mortaleg sobre los cautos de los hombres de Drest.

—¡No! Lúa intenta envenenarnos a todos, tiene que haber una explicación para que Caeli cabalgue con ellos.

Maeve intentaba hacerse escuchar por todos, recurrió a Drest, tomando su brazo antes de que montara su caballo.

—Apártate, mujer.

El duro tono en la voz de Drest hizo que Maeve se hiciera un lado al instante. Desesperada, miró a Lúa, su media sonrisa victoriosa se quedaría grabada a fuego en sus pensamientos. Lúa había tramado, urdido y vencido, ya Caeli estaba condenada a los ojos de Drest.

Capítulo XXII

—¿Por qué te pintas el rostro?

Kenneth, la noche anterior, antes de reunirse con los pictos, la había apartado del resto del campamento, hacia la frondosidad del bosque. Caeli, desde que habían abandonado Dunadd, estaba sumida en un silencio poco natural en ella.

—Sin mis pinturas, no me siento protegida en la lucha. Sé que tus hombres me miran desconcertados, que murmuran sobre nosotros… Siento haberte complicado tanto la vida, Kenneth.

Caeli se recostó contra el duro pecho del rey y se acurrucó para escuchar los latidos de su corazón. Kenneth se colocó con la espalda apoyada contra el grueso tronco. Estaban solos, desde allí se oían las conversaciones de los guerreros y las risas de alguna mujer que osaba acompañarlos a la guerra. Las nubes habían cubierto el cielo a lo largo de todo el día amenazando descargar una fuerte tormenta. El ambiente era demasiado frío para estar en verano y la humedad de la costa traía el olor del mar. Entre los árboles veían las hogueras que ardían por todo el campamento y Caeli aún se maravillaba de la cantidad de guerreros que Kenneth había conseguido reunir.

—Se acostumbrarán, jamás osarían insultarte, Caeli. Creo que, en el fondo, ya eres para mis soldados una de nosotros. —Recorrió con los dedos los signos azules de los brazos de ella—. Un buen guerrero no necesita nada para mostrar su valentía.

—No es para demostrar nada, si muero mañana, mi alma se unirá a la tierra, al cielo, a los árboles del bosque, formaré parte de las estrellas, del sol y de la luna… Los dioses me reconocerán por mis pinturas.

—Hablas como Ananad —protestó Kenneth, removiéndose inquieto.

—Tu madre me dijo que te había enseñado las creencias de nuestro pueblo, ¿por qué reniegas de ellas?

Kenneth bufó a modo de queja.

—No vas a morir mañana, Caeli, te lo prohíbo.

Rio ante la soberbia que a veces demostraba Kenneth, no era por fanfarronería, realmente, Kenneth pensaba que, prohibiéndoselo, jamás le ocurriría nada malo.

—Me da mucho más miedo enfrentarme a mi familia, Drest quizá no comprenda por qué acudo de tu lado. Y Lúa, no quiero mirar a los ojos a mi hermana, no sé si odiarla o perdonar, es mi única hermana.

—Si me dejaras, arrastraría del pelo a esa bruja, te ha tenido sometida mediante el miedo y la humillación durante años.

Caeli se echó hacia delante para poder girarse a mirarlo y Kenneth observó sus ojos, aún se extrañaba de su color plata.

—Yo tuve tanta culpa como ella, dejé que se apoderara de mi alma, nunca permitiré que eso vuelva a suceder. Me capturaste, es cierto, pero hasta que no llegué a Dunadd no supe que podía llevar otra existencia. Siempre tan comedida, tan callada…

Kenneth no pudo resistir su mohín de tristeza, parecía tan pequeña cuando abrió su corazón para él que la abrazó con fuerza, dejó que la cabeza de Caeli reposara en su pecho y le acarició el cabello. Entrelazó sus dedos con las guedejas onduladas y disfrutó de recorrer su larga melena.

Ambos se irguieron al escuchar las pisadas de un animal, Caeli sonrió al descubrir al mastín de Kenneth, el único lo suficiente valiente para seguir a todas partes a su dueño.

—Mira quién nos ha seguido.

Caeli golpeó su pierna y el perro se acercó con la lengua fuera.

—Has convertido a mi animal en un perro de mujer.

—Tienes que ponerle nombre, Kenneth, no está bien que le digamos: «¡Eh, perro!».

—Siempre han sido «perro».

Caeli sonrió ante las ocurrencias de Kenneth, era tosco y brusco, demasiado arrogante y soberbio, pero a veces lo abrazaría al ver aquella mirada torturada cuando alguien le pedía que sintiera algo, ya fuera por otra persona o cualquier cosa.

—Le buscaré un nombre —afirmó Caeli convencida.

—Le cogerás cariño, y luego si le ocurre algo…

Kenneth no terminó la frase, y apretó con fuerza a Caeli dando por finalizada la conversación. Se giró hacia él y besó sus labios mientras «perro» se acurrucaba a sus pies. ¿Cuántas cosas se había perdido Kenneth por miedo a perderlas después?

Capítulo XXIII

Caeli vio a «perro» trotando colina abajo, inmune a los dos ejércitos que esperaban, cada uno en una colina, frente a frente. Kenneth miraba hacia el ejército picto con expresión rígida, se había convertido en el implacable rey de los escotos. A menudo, su ejército golpeaba las espadas para alterar la paz de sus enemigos, y el sacerdote que siempre los acompañaba proclamando su cristiandad oraba en alto, haciendo la señal de la cruz a diestro y siniestro. A Caeli no le importaban esas muestras de cristianismo, pero ella prefería mostrar sus creencias en silencio.

Contuvo el aliento cuando vio a su hermano avanzar con Aed a su lado, al otro Lúa, venían a parlamentar sus tres hermanos. Caeli suspiró aliviada, tal vez Drest hubiera recapacitado, ninguna de las otras siete tribus estaba con él, estaban solos frente a los vikingos. Kenneth era su única oportunidad para que no los exterminaran. Kenneth los veía acercarse, inmóvil sobre su caballo, y Caeli empezó a ponerse nerviosa, ¿qué impedía que Kenneth hubiera cambiado de idea y abandonara a los pictos? ¿Que en ese instante ordenara a sus ejércitos exterminar a los pictos? Entonces el rey miró al cielo, un claro se abría entre la llovizna y las nubes, observó el bosque. Las copas de los altos pinos se mecían con suavidad y el olor a tierra húmeda llegó hasta ellos. Parecía que Kenneth había sentido algo, porque hizo una señal a Aeden y golpeó los flancos de su caballo.

Caeli no podía creerlo, había oído cientos de veces de la boca de Ananad que Kenneth no creía en nada, no era cristiano, no tenía fe en nada, y, sin embargo, estaba segura de que había buscado una señal de los dioses pictos, de la tierra, de sus antepasados celtas. Del viento y la lluvia, del roble y los astros. Como el día que la encontró en el bosque y ambos fueros testigos de los cuervos volando sobre ellos. Ananad, la madre de Kenneth, estaba confundida, su hijo era ferviente creyente de los viejos dioses que adoraban los pictos, aunque no fuera consciente de ello.

Con rapidez se unió al rey y lo siguió a su encuentro con su propia familia picta. Solo una vez, Kenneth se giró hacia ella, su ceño fruncido indicaba que no le gustaba que Caeli lo hubiera seguido, pero era demasiado tarde para echarse atrás. Entre las dos colinas se

reunieron, en el valle que se había llenado de riachuelos por la insistente lluvia y mientras todos permanecían atrás con respeto, ambos reyes se encontraron en el medio.

A Caeli, el aliento le faltó en los pulmones al volver a ver a Drest, tenía mal aspecto, mostraba profundas ojeras violáceas bajo los ojos. Lo habían herido en alguna lucha y una cicatriz profunda cruzaba su mejilla.

—¡Drest! —gritó Caeli, ignorando a Lúa y Aed y su disgusto al verla. Lo notó en la forma de reclinarse en el caballo y apartar su mirada de asco hacia ella, ambos la odiaban, pero Drest no podía, era su hermano mayor, a quien adoraba desde niña, tomado el lugar de su padre muerto en su educación.

Su hermano, después de enfrentarse con la mirada a Kenneth, se detuvo en ella, una mirada fría bastó para que Caeli comprendiera su desprecio por verla junto a sus enemigos. Sus ojos y los suyos, tan iguales a los de su padre, la herencia de su estirpe, se enfrentaron un instante.

Kenneth se interpuso entre la mirada de Caeli y su hermano con arrogancia.

—¿Estás ya dispuesto a firmar la tregua, Drest?

—Jamás, nunca un picto luchará junto a los escotos.

Caeli adelantó su caballo para ponerse frente a su hermano.

—Drest, por favor, nuestro pueblo no sobrevivirá.

—Kenneth Mac Alpin, devuélveme a mi hermana Caeli y firmaré la tregua.

Kenneth rio, como nunca antes Caeli lo había visto hacer, con ironía mezclada con una furia tan intensa que hasta su caballo se encabritó nervioso. «Perro», que trotaba alrededor de las patas de los caballos, mostró los dientes a sus enemigos.

—Nunca —confirmó Kenneth. Una sola palabra seca y definitiva.

Caeli sabía que por alguna razón el rey no la dejaría marchar fácilmente, ni tan siquiera a cambio de una alianza.

Kenneth se acercó a su hermano, hasta que ambas monturas se tocaron, su pierna cerca de la de Drest.

—Rey Drest, he caminado entre los cadáveres de primos, hermanos y parientes sedientos de mi sangre que ansiaban mi trono, ¿crees que estás en posición de pedirme algo a mí? Soy Kenneth Mac Alpin. Soy yo quien impone las condiciones, Caeli no volverá nunca con vosotros, ahora es mía.

—Entonces que así sea, no hay tregua —sentenció Drest apretando los dientes.

—Sois un niño con la espada de un hombre, buscáis solo una excusa en Caeli para no pactar. Sin tregua, rey Drest, estáis solos, los vikingos os diezmarán igualmente y, cuando eso ocurra, seré yo quien

conquiste a los pictos. —Kenneth dio la espalda a su oponente, sin mirar a Caeli pasó por su lado, en el último instante, cogió las riendas de su caballo para que lo siguiera.

Caeli se giró para mirar a su hermano, Drest ya volvía con sus hombres, seguido de Lúa y Aed.

—No vuelvas nunca, Caeli, si lo haces, te mataré con mis propias manos.

Lúa gritó su amenaza, que atravesó la fina cortina de lluvia hasta llegar a los oídos de Caeli, Por primera vez, sintió deseos de hacer volver a su montura y enfrentarse a ella, sin embargo, Kenneth tiró de las riendas con fuerza, atrayéndola hacia él. Llegaron a la zona boscosa, donde el ejército de los escotos se reunía, unos contentos porque no se fuera a luchar por unos enemigos que odiaban, y otros decepcionados por no poder enfrentarse a los vikingos.

—¡Caeli!

De entre los arbustos, salió a su paso Maeve. No la misma muchacha de brillantes cabellos claros y mirada sincera, sino una sombra de lo que fue, con el rostro cetrino y el miedo pintando su semblante Caeli envidió sus brazos decorados de ramas azules y su sencilla vestimenta. Se deshizo del agarre de las riendas que Kenneth mantenía y se acercó a la muchacha. Caeli desmontó bajo la mirada atenta del rey al ver que la joven picta no estaba armada.

—¡Maeve!

En cuanto desmontó, Maeve la abrazó con fuerza.

—Me alegro tanto de que estés bien, Caeli, he vivido torturada por la culpa desde que te abandonamos en el bosque. Intenté contárselo a Drest, pero solo escucha a Lúa, envenena todo cuanto la rodea.

—Tranquila, Maeve, eso forma parte del pasado. Dime, ¿cómo está Drest? Lo noto extraño.

Maeve cogió su brazo, mirando alrededor, como si sospechara que alguien las espiaba.

—¡Ay, Caeli! No sabes lo que está haciendo Lúa, tortura a nuestro pueblo, hay ejecuciones cuando la gente abandona los poblados, les hace entregar al ejército todo lo que cosechan sin importar si con ello mueren de hambre, están sometidos a su tiranía y Drest no hace nada, no puede, está vigilado constantemente por su guardia. —Maeve se mantuvo en silencio un momento sin separarse de Caeli—. ¿Sabes lo que creo?, que, hasta ahora, te temía, eras lo único que retenía a Lúa, te tenía miedo, Caeli, y por eso te perseguía sin fin. Ahora lo he comprendido todo. Solo esperaba su momento, contigo lejos es ella quien gobierna, quien tiene a nuestro pueblo atemorizado.

Caeli la miró sorprendida, jamás había sabido que Maeve la apreciara tanto. Se acercó a ella, como si estuviera loca, agarró su brazo y se acercó a su oído.

—No vuelvas nunca, Caeli, hazlo por Drest, en cuanto pueda, lo matará, a mí, a todo el que se oponga a ella. Lúa te odia a muerte.

—No puedo dejaros en sus manos, si mata a Drest…

—No, Caeli, no puedes hacer nada, los guerreros, cada vez más, están de su parte. Tu prometido, Mortaleg, van a casarse, Lúa y él.

Caeli dio un respingo, jamás había amado a Mortaleg, le daba igual, pero todas aquellas intrigas de Lúa solo conducían a una salida. Estaba preparando su ascenso al trono de los pictos y eso no era bueno para su pueblo.

—Suéltala y vete, muchacha. No quiero que se me acuse de raptar a mujeres pictas.

El rey las interrumpió con el ceño fruncido y Caeli se volvió hacia Maeve, solo tenía un instante antes de que Maeve desapareciera en la espesura del bosque asustada por Kenneth.

—Por favor, Maeve, protege a Drest de Lúa, hazlo por mí. Algún día regresaré.

—Ten cuidado, Caeli, y … siento mucho todo lo que te hicimos.

Caeli agarró sus manos, haciendo saber a Maeve que aquello quedaba olvidado, al menos respecto a Maeve, siempre había estado enamorada de Drest, sabía que ella lo protegería de Lúa. Vio como desaparecía entre los arbustos con cautela, mirando a su alrededor aterrada. Deseó seguirla, recuperar el respeto de su hermano Drest, acabar con el poder de Lúa sobre él y su pueblo.

—Vamos, Caeli, no queda nada que hacer aquí.

Caeli miró el rostro del hombre que amaba, a veces, el rígido e inflexible rey, y otras, el hombre que colmaba sus sueños de caricias y ternura. Mucho antes de partir hacia su tierra, sabía que no podría abandonarlo, no una vez que su corazón se había entregado a él. Kenneth era luces y sombras, bien y mal, ternura y soberbia, y todo ello lo completaba como el hombre al que Caeli amaba tanto como para no regresar con su pueblo. De alguna manera, el rey le había otorgado a Caeli un nuevo hogar, pero no podía olvidar el sufrimiento que Lúa impartía a los pictos.

Capítulo XXIV

Caeli escuchaba las palabras de Maisie y de Katy, en realidad no seguía la conversación. Una vez más, se asomó a la puerta de las cocinas para mirar hacia el patio. Kenneth, en los últimos días, parecía absorto en sus pensamientos, esperaba, tanto como ella, noticias de los pictos. Habían vuelto con los ejércitos el día anterior, Kenneth había dejado atrás a varios hombres que se encargarían de traer noticias sobre el resultado de la batalla que se libraba millas al este.

Cuando el mensajero atravesó las puertas abiertas de Dunadd, Caeli lo supo, por la expresión ceñuda de su rostro. Se acercó a él antes de que lo hiciera el rey. Kenneth dejó que ella hablara con el mensajero a pesar de que estaba tan impaciente como Caeli por el resultado de la batalla.

—Los vikingos han vencido, han saqueado todo el este y después se han ido. Las tropas de vuestro hermano han quedado diezmadas. Nunca antes la derrota ha sido tan arrolladora.

Caeli asintió con la cabeza mientras su corazón se negaba a aceptar que los pictos, una vez más, habían sido derrotados por los vikingos.

—¿Y mi hermano? ¿El rey Drest…?

—Está vivo.

Aquellas sencillas palabras hicieron que los hombros de Caeli se relajaran, no sabía si temía más que no hubiera sobrevivido a los vikingos o a Lúa.

—Pero vuestro hermano menor, Aed, ha caído en la lucha.

Kenneth estaba tras ella, esperando paciente a que recibiera noticias de su pueblo, y cuando supo que Aed ya no estaba en este mundo, un escalofrío de dolor recorrió su cuerpo.

—Caeli, debo hablar contigo.

—No deberías haberlos abandonado, tú lo sabías, Kenneth, no tenían oportunidad ninguna.

—Ellos eligieron, Caeli, no querían nuestra ayuda. Yo jamás hubiera negociado con tu hermana, fue solo un ardid, no te sientas culpable, Drest jamás hubiera aceptado luchar junto a nosotros, aunque te hubiera entregado a tu pueblo.

—¿Y ahora qué, Kenneth? Irás a por ellos, ¿verdad? A terminar lo que los vikingos empezaron. No debí irme, abandonarlos a su suerte,

debía haber combatido junto a ellos.

Caeli se marchó enfadada, más con ella misma que con él. Kenneth siguió sus pasos hasta el salón. Caeli se detuvo con desagrado frente al trono de él. En eso consistía todo, el poder.

Kenneth quería hablar con ella en privado, no en el patio de Dunadd, atestado de guerreros, llevaba tiempo mascando la idea, a veces, se le atragantaba, otras, se sentía pletórico, y en la mayoría de las veces lo invadía el miedo a que ella lo traicionara. No lo había hecho delante de su hermano y su gente, quizá debería confiar. Debía recordar que Caeli había podido escapar y no lo había hecho.

De una zancada, alcanzó a Caeli y, ante la mirada estupefacta de Ananad, la cogió del brazo, la condujo, a pesar de sus quejas, hacia sus aposentos.

Cerró la puerta y tuvo que sonreír, Caeli golpeaba con el pie el suelo de piedra, los brazos en jarra. Adoraba la forma en que su ceño se fruncía y la barbilla en alto lo retaba. Agarraba la empuñadura de su daga, colgada del cinturón de su vestido, como si fuera uno de sus guerreros, lo hacía sonreír. Era una guerrera ante todo, y Kenneth se temía que solo lo que sentía por él había calmado su ánimo en los últimos tiempos.

—¿Qué quieres, «mi rey»? No es muy digno partir a la lucha cuando sabes de antemano que ganarás, jamás quisiste ayudar a mi pueblo. Ni siquiera te lo planteaste, ¿verdad? Fuiste en su busca para demostrar a Drest lo insignificante que es ante el gran rey Kenneth Mac Alpin. Ahora lo barrerás de sus tierras y…

Kenneth acortó el espacio que lo separaba de su picta. No podía vivir sin esa mirada plateada, esos ojos del color de la luna llena. Cogió su rostro entre sus manos, demasiado ásperas para aquella suave piel, demasiado grandes para ser tiernas. Besó sus labios con suavidad, esperando su rechazo o su rendición. Era soberbio, testarudo, un estratega que no dudaba en usar a todos a su antojo para conseguir lo que ansiaba y, sin embargo, cuando estaba junto a Caeli, se rendía a su sinceridad, su lealtad por su gente, a pesar de que no la merecían, a sus ojos que mostraban su alma sin artificios. ¿Lo amaría Caeli? Él nunca había pensado en el amor, en sentimientos ni tonterías semejantes, no obstante, en los últimos días, se encontraba a veces intentando sorprender a Caeli mirándolo, persiguiendo su sonrisa, ansiaba que ella lo amara, de forma incondicional, para poder confiar en ella.

Caeli sabía desde hacía tiempo que no podía resistirse a los labios de Kenneth, sus besos eran adictivos, su forma de tocarla, de hacer que se sintiera viva. Disipaba sus enfados con caricias, pasión y lujuria. ¿En qué momento dejó de ser su enemigo?

Kenneth se ahogaba, no por el jodido beso, sino porque sentía que

fallaba a Caeli, cuando supo que no podría parar de besarla sin hacerla suya, en ese mismo instante, se separó como si ella quemara.

—Princesa, tu gente, tu hermano, mató a mi padre en batalla. Amo más a mi reino, a Dalriata, más que a nada, y tú, Caeli, por mucho que te hayan dañado, amas más a tu reino que a ti misma. No puedes impedir que mi ejército marche y destruya a tu pueblo.

—Me dejaste claro delante de Drest que no tengo capacidad para decidir nada.

Kenneth se mesó los cabellos desesperado, ¿qué sabía él de declararse? Solo sabía cómo levantar la espada y ser rey. Cientos de veces había ensayado las palabras que deberían salir de su boca y ahora no recordaba ese discurso noño que había memorizado.

—¡Cásate conmigo, Caeli! Tendré el derecho de reinar sobre todos, escotos y pictos, te doy mi palabra de que no someteré a tu pueblo ni lo esclavizaré, tienes en tu poder el destino de todos los pictos.

Caeli frunció el ceño. ¿De verdad Kenneth quería convertirla en su esposa? ¿Era eso una declaración? No, por supuesto, hablaba de coronas y reinos.

—No te creo, Kenneth Mac Alpin, ¿por qué? Tomas cuanto quieres, ¿no deseas vencer a Drest? Lúa no tardará en apagar las voces que gritaban mi nombre en la batalla. ¿Crees que casándote conmigo los pictos se unirán a ti?

—No —afirmó cerrando los puños—. Unirme a ti será solo el primer paso. He mandado un mensaje a todos los reyes de las tribus pictas, nos reuniremos en Scone en dos días, tu hermano tendrá que unirse a nosotros.

Caeli lo miró con desconfianza, mucha más cuando miró la corona de bronce que aún llevaba sobre la cabeza.

—Siendo picto de pleno derecho, puedes convocar a las tribus y coronarte sobre todos ellos, ¿desde cuándo lo tienes pensado, Kenneth?

—Desde que en el bosque vi tu águila pintada en el brazo.

La verdad se abrió paso en la mente de Caeli, todo, desde que Kenneth la capturó en el bosque, había seguido un plan trazado. Desde luego, no le extrañaba que se hubiera convertido en rey el hijo más pequeño, un mestizo al que jamás le estuvo destinado ser rey. Ahora las advertencias de Ananad, a pesar de que Kenneth era su hijo, estaban más claras. Kenneth era inteligente, muy inteligente. Astuto como un lobo.

—¿Todo ha sido una mentira? ¿Seducirme, besarme, llevarme contigo a la batalla, hacer que compartiera tus decisiones? No puedo creerlo, «mi rey».

Kenneth sujetó su brazo, la furia de Caeli iba en aumento, no había querido decir eso, nada de lo que había ocurrido después había sido

parte de su plan. Casarse no implicaba… ¡eso que fuera que sentía junto a ella!

—Caeli, no…, jamás hubiera llegado a tanto… No se necesita que te posea para…

Caeli cerró los ojos, decepcionada, por una vez en su vida se había sentido apreciada de verdad y lo único que Kenneth deseaba era el poder que su matrimonio le traería. Si no aceptaba, Kenneth no podía convocar a las tribus, no se podía alcanzar una tregua entre todos, era la supervivencia de su pueblo frente a sus enemigos.

—Me casaré contigo, pero no vuelvas, nunca, a mentirme. Jamás volveré a confiar en ti, y nunca más yaceré contigo.

—Caeli, escucha, piensa como una reina, no como una mujer. ¿Serás mi reina, Caeli?

No podía seguir mirándolo, ni dejar que volviera a tocarla, entonces olvidaría aquella ofensa, como tantas otras suyas de él. Aceptaría por su pueblo, o al menos eso debía creer, sepultar sus sentimientos en el corazón, ya que Kenneth nunca correspondería su amor.

—Vete, Kenneth, sal de aquí. No puedo, jamás podré entenderte, para ti todo vale si con ello consigues aquello que deseas. Acepto, «mi rey». ¿Te basta con eso? —Caeli hizo énfasis en aquel título con que tanto odiaba Kenneth que lo llamara.

Se separó de ella, comprendiendo al fin que enfrentarse solo haría que Caeli lo repudiara aún más. Sí, había obrado con intención, y, en algún momento, Kenneth se había olvidado de sus propósitos, pero no podía posponer más el fin de sus enemigos.

—No es cierto, Caeli, hay algo que jamás arriesgaría aunque estuviera en juego mi trono —dijo el rey antes de salir.

Capítulo XXV

Ananad se detuvo junto al viejo árbol, allí estaba la «huella del rey» marcada en la piedra, donde Kenneth había sido coronado, al igual que su padre y, antes que él, su abuelo. La piedra de Scone, a un lado, la que Caeli sospechaba que Kenneth había robado para completar su propia coronación. El viejo roble acariciaba con sus ramas las rocas que protegían las reliquias, una vez, alguien imprimió con un cincel aquella marca del suelo que ahora Caeli contemplaba con atención. Las leyendas decían que llevaba ahí desde que los primeros hombres caminaron por la isla. Caeli, allí, encaramada a una roca plana, llena de musgo, rozaba con los pies desnudos las hojas caídas del árbol, Ananad la entendía, jamás pensó que llegaría a ser reina. Caeli alisó una vez más la falda azul del vestido, las mangas largas tapaban incluso sus manos con su forma acampanada, una fina línea dorada bordeaba el escote redondo y su cintura se aprisionaba en un cinturón de la misma tela dorada y azul. Aun no se había acostumbrado a tales vestidos, y quizá nunca podría hacerlo.

—No pareces una novia demasiado alegre.

Caeli levantó la mirada hacia Ananad sorprendida, no había oído llegar a la madre de Kenneth, apenas tenía conciencia del tiempo que llevaba allí de pie, frunciendo el ceño.

—Ni tú una madre contenta.

Su propio tono duro enfureció a Caeli. Había sido injusta con Ananad, la madre de Kenneth siempre la había tratado bien, induciendo a cuantos rodeaban su estancia en Dunadd a seguir su ejemplo. Nunca una mirada de desprecio, ni siquiera una burla, y todo gracias a esa mujer de cabellos grises y mirada cada vez más vidriosa. Ananad reía poco, al menos de forma abierta, su doncella, Moira, afirmaba que desde que murió su esposo no conseguía ser feliz. Caeli, que jamás conoció a su madre, no podía evitar sentir por ella un cariño incondicional.

—Lo siento, Ananad, estoy enfadada con Kenneth y conmigo misma. ¿Cómo consentí que me engañara? En algún momento, creí que sentía algo por mí. Todo, absolutamente todo, lo tenía planeado con detalle desde el principio, en cuanto supo quién era yo. Todo para llegar a este matrimonio y utilizarme.

Ananad escaló las pequeñas piedras y se sentó junto a ella, durante unos instantes, contempló el atardecer sobre la fortaleza, tiñendo de naranja las copas de los árboles.

—Caeli, te engañas si piensas que Kenneth no siente algo, no creo que ni lo sepa él. Hubiera sido muy fácil someterte en un primer momento, obligarte a una boda desde que te vio en el bosque, y no lo hizo. Tampoco cuando empezasteis a compartir el lecho.

—¿Y qué crees que hace ahora? Si quiero evitar una guerra, debo asegurar su derecho al trono picto, una reina picta para dominar a todas las tribus. Es una manera de obligarme, someterme, para cumplir su voluntad.

—¿Tú lo amas, Caeli? —preguntó Ananad con voz temblorosa.

—Sí, por eso duele tanto. Tenía un prometido en mi tribu, Mortaleg, ahora él estará casado con mi hermana Lúa, no me importa, jamás sentí nada por ese hombre, ahora es diferente, con Kenneth es todo diferente. Es más fácil ser como él, no dar nombre a nada para luego no sufrir, ni siquiera es capaz de nombrar a «perro» porque lo adora —concluyó Caeli—. Creo que, si sintiera algo por mí, me llamaría «mujer» y borraría mi nombre.

Al mirar a Ananad, la encontró sonriendo ante sus palabras sin sentido y la imitó.

—Lo siento, Caeli, no puedo evitar sentirme contenta por primera vez en mucho tiempo, no solo he visto a Kenneth más feliz a tu lado que en toda su vida, y tendré una hija que me entiende, picta como yo, con quien compartir buenas conversaciones. Kenneth siente verdadero aprecio por ti, créeme.

—Puedes sonreír, Ananad, no me enfadaré. Además, ¿crees que yo no te quiero como a una madre?

—¡Oh, Caeli, por todos los dioses! Eres como una hija para mí, tienes un don, pequeña, todo el que está a tu lado quiere ser mejor persona. Has librado a Maisie de su acosador, cubres a Aeden cuando escapa de tu custodia para reunirse con Katy, libras a Moira de la mayoría de sus tareas sin que se sienta ofendida…

—No hagas que me sonroje, Ananad, nada podrá hacerme olvidar que mañana me someteré a la voluntad de tu hijo, caminaré entre estas piedras vestida con estas ropas e inclinaré mi cuerpo ante él para librar de una guerra a mi pueblo. Quise subir aquí para ver las cosas más claras.

—No te sometas entonces, sé tú misma, conserva tu esencia, no hagas como yo, caminando siempre entre dos pueblos. Este pueblo, los escotos, necesita a una reina que los dirija con valentía y honor, mi hijo necesita a alguien que le dé una buena lección de vez en cuando. No sé si has notado que a veces es un poco soberbio.

Caeli sintió como, con la oscuridad, los ojos de Ananad se

apagaban, no solo por su ceguera avanzada, sino por una vida en la que, a pesar de que hubo amor por su esposo, había siempre caminado entre dos pueblos y dos religiones, sin saber a quién dirigir su lealtad. Adoraba a Ananad, la bondadosa anciana, pero no quería acabar como ella, caminando de puntillas por el castillo.

—Y orgulloso, no lo olvides, pero sobre todo ambicioso. Tienes razón, Ananad, si me convierto en reina, al menos que mi nuevo pueblo vea quién soy.

Ananad abrazó a aquella jovencita, un tanto testaruda y muy muy valiente, que se había ganado no solo el corazón de un rey, sino el de todos ellos, y en especial el suyo. Se hubiera sentido tan orgullosa de que fuera su hija. Parpadeó con fuerza, dentro de su mundo que comenzaba a sumergirse en la oscuridad día tras día, Ananad creyó ver la sombra oscura, manchada de sangre, que colmaba la «huella de los reyes». Kenneth se haría paso con espadas y sangre, sacrificando si hacía falta su propio corazón, hasta conquistar todo el norte de las islas.

Capítulo XXVI

Caeli suspiró cuando Aeden acudió con la mirada baja en su busca. ¿Es que Kenneth pensaba que se arrepentiría de su decisión? Enviaba a su guardián a por ella, solo que Caeli ya lo veía como un fiel amigo en lugar de su cancerbero.

Aeden levantó la mirada solo cuando se acercó para que tomara su brazo. Caeli vestía como una picta, nada de ostentosos vestidos ni joyas, nada que indicara que era una novia. En su cintura, sobre los pantalones, la espada envainada, la daga al otro lado enmarcando sus caderas. La protección de cuero de las guerreras pictas cubriendo su torso. Los brazos descubiertos hablaban de ella, la cazadora, la hija del cielo, el águila coronada de la princesa y, ocupando su hombro y a la vista de cualquiera, el león rampante del escudo de los Mac Alpin.

Caeli frunció la ceja, esperando que Aeden hablara para censurar su apariencia, en lugar de eso, el guerrero colocó su mano sobre la suya, haciendo que se apoyara en su brazo, y la condujo fuera del castillo, en busca de su rey.

—¿No vas a decir nada de mi forma de vestir, Aeden?

—¡Que el cielo me parta, no, Caeli! En unos momentos, serás mi reina, con libertad para cortar mi cuello. —Aeden notó como ella se ponía rígida, dudaba—. Pero he de decir que sois la más bella de las novias, «mi reina».

—El rey se va a enfadar, ¿verdad?

—Cuenta con ello, Caeli.

Caminaron entre la gente de la fortaleza, entre los habitantes del poblado, aquellos que una vez escupieron a Caeli, tironearon sus cabellos y lanzaron piedras. Levantó la cabeza, intentando no sentirse intimidada por esos ojos que la escrutaban y juzgaban, no hubo un solo abucheo ni queja, solo observaban sus ropas, sus marcas, con respeto. Aeden iba a su lado, apretando su brazo en señal de confianza, la guardia de Kenneth la rodeaba y, sin embargo, sentía que estaba sola ante el escrutinio del pueblo escoto. La hilera de personas llegaba hasta la pequeña colina cubierta de rocas, en lo más alto estaban Ananad, el sacerdote y, con los brazos en jarras y una expresión temible, el rey. ¿Cómo se sobrevivía a una coronación? Siendo Kenneth Mac Alpin, pero ella solo se sentía Caeli y no una

princesa.

Caeli supo que no era momento de dudar a pesar de la expresión de horror del sacerdote cristiano al ver cómo eran sus vestiduras pictas. El cura dijo algo al oído de Kenneth y este frunció el ceño, lo desechó como un molesto insecto, con un gesto de la mano. Ananad sonreía sin dejar de afirmar con la cabeza. Estaba de acuerdo con su elección.

Cuando ascendió el último tramo entre las grandes rocas, Kenneth brindó su mano a Caeli para superar el último tramo (necesario si hubiera llevado un vestido adecuado, aun así, se dejó ayudar). La mirada del rey fue de su pantalón a las marcas de los brazos, y, en cuanto vio el león del estandarte de los Mac Alpin, soltó su mano sorprendido.

—Siempre me sorprendes, Caeli, te casas como una guerrera, no como una reina. Ayer renegabas de esta boda y hoy llevas mi escudo grabado en la piel.

—Me dijiste que pensara como una reina, y eso he hecho. Esto soy, esta es la ropa que debo llevar, como picta, guerrera y princesa. No estoy de acuerdo con esta boda, pero sí con las consecuencias, si trae la paz a mi pueblo, me pondré un anillo tuyo, Kenneth.

El sacerdote se inclinaba, entre la huella y ellos, intentando captar aquello que el rey le decía a su novia. Kenneth se acercó al oído de Caeli para susurrar.

—Deja la espada y la daga.

—No, «mi rey». Si queréis el reino picto, deberéis casaros con una princesa picta, la espada y la daga se quedan conmigo.

Kenneth levantó la mirada y los ojos de ambos se enlazaron en una lucha de voluntades. Por un momento, Caeli pensó que Kenneth daría fin a aquella locura, que la haría bajar de la colina, hacer que se quitara la espada del cinto y restregaría sus pinturas azules hasta desgastar su piel. Renegaría de ella y la lanzaría entre sus perros.

—Empieza, sacerdote —ordenó Kenneth al sacerdote, mordiéndose la lengua con los dientes.

Quizá lo que más fastidiaba a Kenneth, aparte del desafío de Caeli, era la mirada de Ananad sobre ella, cariño por Caeli, la de Aeden, orgullo por su nueva reina, sin contar a las cocineras que se habían hecho sitio a codazos entre sus nobles. Kenneth había sentido en su propia coronación poder sobre todos, lealtad para sobrevivir, pero a Caeli le daban algo más, amor y cariño. Seguirían a la picta al fin del mundo, no por su fuerza y su espada, sino por sus creencias y bondad con ellos. El pueblo, sus súbditos querían una reina justa.

—Y, ahora, una vez casados, convertíos en la reina de Dunadd —pronunció el cura.

Caeli estuvo a punto de caer si Kenneth no la hubiera cogido de la cintura, ¿ya estaba? ¿Se habían casado? ¿A los pies del roble, ante un

sacerdote? ¿Estaba casada realmente si no creía en el dios de Kenneth? ¿Y ahora? Kenneth no querría que compartieran cama, ¿verdad? Caeli no había pensado en ello, le había dejado muy claro que se casaría de buena voluntad con él, pero que «él» no pisaría sus aposentos. Sin embargo, la sonrisa lobuna de Kenneth antes de besar sus labios decía lo contrario, como si el cazador al fin hubiera capturado al venado más grande, y ahora no tuviera escapatoria.

—Ahora pisa la huella, Caeli, y Aeden te entregará tu corona.

Aturdida, dudó un instante ante las palabras de Kenneth, Caeli jamás había querido nada de todo aquello, nunca había tenido ansias de poder ni de reinar, su vida iba a ser la de otra mujer picta junto a Mortaleg. Una mueca de asco al pensar en ese taimado confundió a todos sobre la colina, era miedo ante su futuro, ¿cómo podía ella ayudar a toda esa gente, a su propio pueblo? ¿Quién era ella sino una picta más?

Caeli se centró, no sabía muy bien qué debía hacer y Kenneth, con un suspiro cansado, la empujó hasta la marca, la «huella del rey» la esperaba, el futuro de paz que había dibujado en su mente era gracias a aquel acto, ¿por qué la asustaba tanto poner su pie en una maldita huella y no casarse con ese oso de Kenneth? Los símbolos, tan importantes para su pueblo, no era una ceremonia ni cristiana ni picta, en esa marca estaba el resto de su vida. Con temor, como si al fin el cielo se abriría para engullirla, puso su pie descalzo en la huella, más pequeña de lo que imaginaba, ¿cómo habría entrado ahí el pie de Kenneth? Se rio nerviosa, mientras Kenneth la miraba malhumorado, creyendo que se tomaba a broma su coronación. Apoyó el pie por completo, sintiendo la frialdad de la roca y, en ese mismo instante, Aeden colocó la pequeña corona de bronce sobre su cabeza. Caeli apartó el pie, Ananad la abrazó. Kenneth la obligó a sentarse sobre la piedra de los reyes. El rumor de los vítores y el entrechocar de espadas se sucedió por el pueblo que los observaba, alentado, sin duda, por los soldados de Kenneth y sus amigas.

Kenneth se giró hacia ella muy serio.

—Ahora eres mi reina, Caeli. Tienes una responsabilidad, espero que sepas cumplirla.

—Bonitas palabras para iniciar un matrimonio, «mi rey».

Kenneth, a pesar de la pulla, sonrió, ¿por qué sonreía todo el rato?

—Esperadme en nuestros aposentos, el matrimonio debe ser consumado.

—¡Demasiado consumado ha sido! —exclamó Caeli sin importar que la mitad de la colina lo oyera.

Kenneth estuvo a punto de reír ante la cara de enfado de Caeli.

—No, querida, hay que hacerlo también después, si no la Iglesia podría anularlo.

Caeli lo sabía, era una mentira, tenía que serlo, creía que una vez casada no tendría que acercarse más a Kenneth, tenía su reunión convocada, era picto… ¿Qué más quería? Someterla, siempre, seguía siendo prisionera del rey. Nunca más tocaría a Kenneth ni dejaría que él la tocara, y, tal vez, pudiera pedir la anulación en cuanto las tribus pactaran la tregua. Un mes, solo quedaba un mes para la reunión, solo tenía que aguantar. Caeli se quitó la corona de bronce, la devolvió a las manos de Aeden como si quemase.

Kenneth aferró su brazo, sin dejar que Ananad replicara, el sacerdote lo siguió por el sendero, la gente a su paso se postraba ante ellos. Caeli empezaba a sentir vértigo. ¿Cómo había podido acceder a semejante locura? Fue arrastrada por él, desandando todo el camino, entraron en el gran salón, subieron las escaleras, y Caeli miraba hacia atrás, ¿dónde iba el sacerdote? Justo al llegar a las puertas de los aposentos de Kenneth, este se detuvo, intercambió unas palabras con el cura y la empujó dentro. Para consuelo de Caeli, el sacerdote no los siguió.

¿Por qué todo sucedía tan rápido? ¿Por qué no podía pararse en seco y gritar? La cama de Kenneth, en la que tantas noches habían pasado, se le antojó a Caeli amenazadora. A través de la ventana, las últimas luces del día morían, el sol se escondía tras las lejanas montañas. Recordó las palabras de Ananad, no debía temer a Kenneth, sino hacerle saber quién era ella. Entonces fue cuando Caeli vio la enorme tina, rememoró cada instante de aquel primer beso, prendido en su boca, como la sostuvo entre sus brazos cuando creía que quería acabar con su vida de una forma estúpida. Él se había reído, esa carcajada histriónica que Kenneth no sabía modular por falta de uso. Echaba de menos esa forma tonta de reír en estos momentos.

—No te acerques más. —Lo detuvo cuando Kenneth se aproximaba a ella. No era capaz de soportar su presencia tan cerca sin caer en su hechizo.

Para su sorpresa, Kenneth hizo caso. Se quitó la capa de pieles, se inclinó y tiró de sus botas, arrojándolas a un lado. Después los pantalones, y, por último, la camisola. Allí de pie, mostrando su brutal cuerpo, lleno de cicatrices, mostrando los nudos de sus músculos en los brazos, su piel tostada por el sol. Un dios pagano cincelado por el entrenamiento. No era la primera vez que lo veía así, pero, entonces, no era su esposo, entonces, no era tan peligroso para ella. Ahora él tenía «derechos», y por su mirada intensa, cubierto el azul de sus ojos por la lujuria, no dudaría en tomar posesión de ellos.

—¡Ah, Caeli! No puedes huir de mí ni de este matrimonio.

Caeli hizo lo contrario a lo que decía el rey, intentó huir, saltando la cama, ágil como un cervatillo, fue aún peor porque la tina estaba peligrosamente cerca, los vapores del agua caliente colmaban el

ambiente de humedad y el suelo de piedra estaba resbaladizo. Kenneth, con la tranquilidad de un lobo ante su presa, se acercó y tomó su mano. Con un solo movimiento, esos poderosos brazos la cargaron y, con brusquedad, levantó la pierna, entrando en la tina. Caeli contuvo el aliento al entrar en el agua en sus brazos, sintiendo el cuerpo de Kenneth pegado al suyo, con la fina tela de sus ropas entre ambos. Las vestiduras de cuero de Caeli se pegaron a su cuerpo ante la mirada de lascivia de su esposo.

Caeli levantó la mirada ante ese dios guerrero, intentó apartar los ojos de cada recoveco de piel, de sus hombros perfectos, del vientre plano lleno de poderosas bandas de músculos, de su verga elevada contra el muslo. Se volvió con las mejillas encarnadas incapaz de corresponder a esa visión suprema.

Kenneth se preguntó si alguna vez Caeli sería capaz de mirarlo sin sonrojarse como una virgen de mirada desconfiada. Caeli suspiró cuando se sentó y la arrastró con él. El rey cogió de entre el agua una esponja y, con ternura, enjuagó su espalda y sus brazos.

—Ya que te has tomado la molestia de pintarte con tanto esmero como una picta, para una boda cristiana, con un rey cristiano, te ayudaré a quitarte toda la pintura.

—Pensé que os gustaría, «mi rey», el león de los Mac Alpin fue extremadamente complejo de pintar. Ananad se ha esforzado mucho, apenas puede ver.

Era lo único que Kenneth aún no había borrado de su piel y, al oír el nombre de su madre, frotó los restos de su escudo con más fuerza de la necesaria.

—Has intentado desafiarme, a mí y a mi pueblo, ¿qué esperabas? ¿Que te abuchearan o escupieran? Jamás lo hubiera permitido, quiero que seas consciente de que siempre te protegeré, ahora eres mi reina y deben amarte y respetarte. Cualquiera de ellos, en el momento que esta corona se ha ceñido a tu cabeza, morirían por ti.

Caeli sintió un regocijo especial, no porque un pueblo entero pudiera dar su vida por ella, sino por la idea de que Kenneth quisiera protegerla de todo. Las manos de Kenneth se perdieron entre sus brazos, tomando con fuerza sus pechos. En el momento que él la tocaba, perdía la voluntad de su cuerpo y de su mente. Ansiaba sus besos, y en cuanto él deslizó la lengua por la piel del cuello, gimió.

—Kenneth.

—Dime, «mi reina».

Caeli sonrió, ahora él podía corresponder a su ironía cuando ella lo llamaba «mi rey» solo para molestarle.

Kenneth no vio su sonrisa, pero, como cada minúsculo gesto de Caeli, no necesitaba ver su rostro ni oírla para saber el momento en que reía. Acarició sus mejillas, sin abandonar con la otra mano su

pecho, frotó los botones erguidos mientras se endurecían bajo su caricia experta. El vientre de Caeli se contrajo, anticipando donde acabaría aquella suave caricia bajo el agua. Se sentía atrevida, incapaz de seguir enfadada con él, no cuando notaba su miembro tenso frotando sus nalgas sin pudor, y cuando Kenneth rozó su hendidura y presionó sus dedos para que entraran en ella, gimió. Lo echaba tanto de menos, su pasión… En el lecho, Kenneth era otra persona, sonreía con picardía y ella… ella sentía su calor, no es que el rey la amara, pero sí algo parecido a la ternura o al cariño. ¿Era eso lo único que había entre ellos? Caeli pensó que podía valer en ese momento.

Kenneth se deshacía por dentro cuando Caeli gemía, no había conocido a otra mujer que gimiera como ella, otro gemido, abandonando en ese instante cualquier pudor inocente debido a su escasa experiencia. Quizá la mezcla de esa inocencia y esa sensualidad innata de Caeli era lo que le mantenía todo el día empalmado hasta el dolor. Y, últimamente, ocurría mucho, desde que ella lo había echado de su lecho. En la próxima ocasión, debía recordar no desvelar sus planes ante ella si no quería morir con los huevos morados.

Caeli reclamó su atención al retorcerse, sintió como su estrechez encerraba sus dedos, con sus movimientos buscando el placer, golpeaba el centro de su sexo contra la mano de Kenneth. Levantó su barbilla, justo para ver como ella se deshacía, abría la boca y sus hermosos ojos plata le pertenecían, vidriosos por el placer. Caeli, aún jadeante, lo miró con los ojos entrecerrados, perdida todavía en la nube de puro gozo.

—«Mi rey», ahora debo yo limpiar toda esa soberbia que os cubre.

—¡Ja!

Caeli se llevó la mano a la boca cubriendo su sonrisa que siempre aparecía ante la carcajada disonante de Kenneth, ¡diablos, hasta en sus imperfecciones llenaba sus delirios de amor! Lo amaba entero, con lo peor y lo mejor que su alma contenía. Muy seria, se puso delante de Kenneth, acarició su pecho, como él la había enjabonado antes. Deslizó la mano por las bandas prietas de su estómago, con lentitud, hasta llegar a su miembro. Se aferró a él, moviéndolo con suavidad bajo el agua, deseosa de entregar lo mismo que Kenneth le había otorgado. Kenneth sujetó su mano, la apartó con brusquedad, ya más entregado al otro lado del placer que a este mundo. Gritó jubilosa cuando Kenneth sostuvo en vilo su cuerpo y dejó caer a Caeli sobre su miembro. Con movimientos que nada tenían de tiernos ni propios de una noche de bodas, Caeli y Kenneth se mecieron como salvajes, acometiendo el uno al otro, desatando tantos días sin besos y mordiscos, sin sus cuerpos unidos en uno solo. Había furia y desenfreno en cada movimiento, dando y recibiendo alternativamente. Nunca nadie podía hacer sentir tanto a Caeli como Kenneth. Estaba

enamorada de su esposo de tal forma que, para ella, Kenneth era necesario para respirar.

Cuando el agua se enfrió, saciados de recorrer sus pieles, Kenneth la llevó hasta la cama, la noche era ya cerrada. Tapó a ambos con las mantas y empujó a su esposa contra su torso, como si quisiera retenerla allí para siempre. Comenzó a acariciar su hombro, donde antes había estado la marca del león.

—No te gustan mis pinturas, nunca te han gustado —afirmó Caeli al recordar cuando la llevó a Dunadd e insistía en que se quitara esas marcas.

—Te recuerdan a tu hogar, prefiero que no haya nada que haga que pienses en tu familia. Ahora eres de los nuestros.

Iba a contestar a Kenneth cuando unos golpes apresurados en la puerta hicieron que Kenneth se incorporara de forma brusca.

—¡No puedo creerlo! ¡He olvidado al jodido sacerdote!

Caeli lo miró atónita cuando vio a Kenneth coger su daga y rasgar su propia mano, apretó el puño y le quitó a Caeli la manta que un instante antes los había cubierto. Enseguida la sangre brotó entre sus dedos y él se limpió en la manta que sostenía.

—¿Qué haces, Kenneth?

—Debo mostrar al cura la prueba de la consumación —susurró alterado.

Era divertido ver a Kenneth en ese estado de premura.

—Pues creerá que me has intentado asesinar en lugar de hacerme el amor.

El rey miró la inmensa mancha de sangre y negó con la cabeza.

—Tendrá que valer, solo espero que Ananad no vea esto y acuda en tu socorro en mitad de la noche.

Kenneth fue hasta la puerta, abrió una rendija y, tras susurrar algo al sacerdote, cerró con un portazo. Se giró mesándose los cabellos y, al ver como Caeli reía, no pudo sino imitarla. Se tiró a la cama con todo su peso, casi aplastando a Caeli en su caída.

—Ya está hecho, ahora, «mi reina», pasemos a cosas más interesantes.

Caeli sintió los labios ávidos de su esposo, enmarcados en una sonrisa traviesa, pronto no podría pensar ni en absurdas ni disparatadas costumbres nupciales ni en la traición de Kenneth, solo sabía que pronto volvería a caer rendida a esas caricias del rey. ¿Cuántas veces podría su amor por él vencer a los engaños de Kenneth? ¿Tantas veces como él la hiciera sentirse tan feliz, como en ese instante?

Capítulo XXVII

—Se ha casado.

Drest, rey de los pictos, se tenía por un hombre de gran mesura y consciente de su poder como monarca, otro asunto era que le agradara la idea de ser rey. Cada cosa que hacía, la meditaba con detenimiento, pedía consejo al druida de su tribu, a los ancianos y a sus hermanos, y, durante mucho tiempo, su hermana Caeli fue su consejero más leal y desinteresado, y ahora, ahora lo había traicionado.

El hombre que había presenciado la ceremonia «cristiana», el rito «cristiano», la coronación «cristiana» de su hermana, lo miraba con una sonrisa torva.

—¿Cuál es vuestro nombre?

—Aungus, rey Drest. Fui expulsado por culpa de vuestra hermana de las tierras de mis antepasados, asistí a la ceremonia escondido como un pordiosero cuando soy un guerrero que debía ser recompensado por sus años de gran servicio al rey Kenneth.

Drest suspiró, si Caeli había hecho que lo expulsaran, debía ser muy grave la falta de ese hombre. Negó con la cabeza, tenía que dejar de pensar en Caeli como su hermana, en su serena presencia, en su juicio siempre sensato, en su sonrisa cuando salían juntos de caza, ahora era la reina, y nada más y nada menos que de los enemigos escotos. Kenneth Mac Alpin, ese rey descreído y cruel, la había convertido en su esposa ante su dios.

—¿Qué quieres por esa información? —preguntó con desprecio Drest desde su trono de madera. La tienda se le antojaba pequeña con Lúa junto aquel hombre enorme de modales rudos, como si estuviera acechando cada frase del traidor.

—Ella —señaló Aungus a su hermana Lúa— me prometió un lugar en vuestro ejército, techo y comida. No puedo volver con los escotos.

Drest miró a Lúa con los brazos cruzados, tras ella, como siempre, Mortaleg, su prometido, y sus leales hombres armados con dagas y espadas. Hasta sus propios guardias más leales se alejaban al ver pasar a Lúa, todos la temían por sus arrebatos de ira y, a la vez, ejercía tal poder sobre ellos que nadie le negaba nada. Drest ni siquiera sabía cómo había llegado a tener tanta influencia sobre todos, quizá susurrando en cada oído, dedicando cada instante del día a emponzoñar a su pueblo. Drest se encogió en su trono, si su hermana Lúa lo ordenaba, no dudaba de que aquellos hombres lo acuchillarían

incluso en su estrado. Tal poder alcanzaba su hermana que hasta le daba miedo acercarse a Maeve, la repudiaba en público y en privado para que no se mantuviera cerca de él. Si alguna vez dudó de su amor por ella, ahora daría lo que fuera por ser un hombre más del pueblo y huir juntos del poder de Lúa.

—Lo tendrás, Aungus. Que uno de los soldados se ocupe de su bienestar.

Ni siquiera se planteó que no fuera una argucia del hombre para espiarlos en nombre de Kenneth Mac Alpin, si había pasado el férreo control de Lúa, no podía serlo. Hasta él mismo dudaba de su propio juicio y obedecía a Lúa, casi sin darse cuenta.

—No te preocupes, hermano, iré en busca de Maeve, ella conoce el poblado mejor que todos nosotros. Seguro que se ocupa del «bienestar» de nuestro nuevo amigo con gusto.

Drest apretó los brazos de madera de su trono, irguiendo la espalda. Su hermana Lúa lo observaba con atención, era el halcón que perseguía a su presa, a él. No podía dejar que Lúa supiera que amaba a Maeve, se la quitaría de alguna forma, como aquel cachorro de lobo que le regaló su padre de niño.

—Está bien, Lúa, gracias, hermana.

Ella esperó a que todos salieran y se acercó a Drest.

—Hermano, tenéis que olvidar que Caeli fue alguna vez nuestra hermana, ahora es nuestra enemiga, cuando Aungus me lo contó, le pedí que te lo repitiera palabra por palabra, ni yo podía creerlo. Caeli se ha vendido al enemigo, si hay una guerra, vendrá a matarnos.

El susurro sibilino de Lúa en su oído hizo que se apartara de ella con asco. Su hermana lo miró perpleja, Drest, con un solo gesto, había demostrado lo mucho que comenzaba a odiarla.

—Lo sé, Lúa. Ahora debo prepararme, en una semana es la reunión con el resto de las tribus pictas, Kenneth, al casarse con una picta…, con Caeli…, tiene derecho a convocarnos.

—¿Dónde será la reunión?

Drest suspiró más tranquilo, la atención de Lúa en encontrarse con las otras tribus desvió su pensamiento de su gesto de rechazo.

—En Scone.

—Partiré contigo, hermano, después de la muerte de Aed a manos de los vikingos solo nos tenemos el uno al otro, ya que Caeli se ha pasado al enemigo. ¡Y pensar que negó su ayuda a su propio pueblo y por su culpa los vikingos mataron a tantos! Uno de ellos, nuestro hermano.

A Drest se le heló la sangre cuando Lúa clavó en él sus ojos con fijeza, como si pudiera mirar a través de él. Después de aquella afirmación tan a la ligera, jugando con la muerte de uno de sus hermanos, Drest estaba convencido, en cualquier momento, a

cualquier hora, en cualquier lugar, Maeve y él morirían a manos de Lúa. Cada vez entendía más a Caeli y su decisión.

Capítulo XXVIII

Maeve se metió el cuchillo de caza entre los pliegues del vestido, se había pasado la noche cosiendo para poder guardarlo entre sus vestiduras. El primer día, Lúa había mandado llamarla, debía ayudar a ese escoto, Aungus, a instalarse. Él fue amable al principio, contento de tener una casa para él solo y comida caliente esperándolo por la noche. Muchas de las cabañas estaban deshabitadas desde la batalla con los vikingos, todo el pueblo y el castillo vivían sumidos en una tristeza continua, quien no había perdido un marido, era un hijo, un primo, una hermana. Solo pasaron dos días antes de que ese hombre, Aungus, rozara su trasero al llevarle la comida, Maeve, ante su cara de inocencia, había pensado que fue casual, un accidente. Creyó imaginarlo cuando el guerrero no lo mencionó en su siguiente visita, obligada por Lúa a llevarle comida y adecentar la cabaña. Al día siguiente, muy solícito, al coger la bandeja que ella llevaba, rozó su pecho, Maeve entonces estuvo segura de que no era una coincidencia, ese hombre la tocaba con cualquier pretexto y su mirada se volvía lujuriosa cuando la veía entrar. Sentía sus ojos puestos en ella cuando se movía por la cabaña. Maeve empezó a espiarlo y cumplir las órdenes de Lúa cuando Aungus se iba a entrenar, solo esperaba que él no se hubiera dado cuenta de lo mucho que intentaba evitar su presencia.

—Tengo que entrenar esta tarde con vuestros guerreros, esa mujer, Lúa, la hermana del rey, dice que tengo que enseñarles tácticas para vencer a mi pueblo y sus guerreros. Muchacha, pásate esta noche y tráeme la cena.

Maeve se encogió tanto ante las palabras de Aungus que pensó que se le caería la ropa que se llevaba para lavar.

—A la hora de la comida te dejaré también la cena.

—Comeré con los hombres del rey.

—No creo que pueda venir tan tarde, mandaré a otra…

Aungus tiró la jarra llena de hidromiel contra el suelo. Ese día se había asegurado de salir más tarde para ver al pajarillo asustado.

—Vendrás tú, me dijeron que, si tenía queja de ti, acudiera a Lúa y ella te castigaría, ¿quieres eso, puta picta?

La agarró del cuello y rozó su rostro con esa barba negra y rala,

tiesa por la falta de limpieza. Maeve se retorció cuando sintió el olor fétido que provenía de esa boca sucia, de dientes negros.

—No.

Afirmó todo lo serena que pudo, Aungus había atrapado uno de sus mechones claros, los que siempre fueron su orgullo y ahora eran su maldición, parecía que a ese guerrero le fascinaban. Él la empujó contra la puerta, soltando su brazo, y Maeve no dudó, al verse libre, de escapar corriendo.

Fuera de la cabaña, siguió corriendo sin rumbo fijo. ¿Qué destino le esperaba sola? Su único defensor era Drest, o lo había sido, porque ahora él se negaba a hablar a solas. Cada vez que la veía, se giraba para no estar en su camino. ¿De verdad Drest estaba tan ciego como para no ver que decía la verdad? Lúa abandonó a Caeli, los había enfrentado, tachándola de mentirosa ante Drest, y él había creído a su hermana antes que a ella. La traición de Caeli tampoco había ayudado mucho. Nunca pensó que Drest se aliaría con Lúa, nunca.

Maeve corrió hacia el bosque, tropezó con una raíz del suelo cayendo sobre un charco de barro. Se miró las ropas sucias, sentada en el suelo enlodado. De una manera o de otra, siempre perdía, actuara bien o mal, ¿por qué Drest había cambiado de idea? Ya no la amaba, él la había conducido a ese tal Aungus y sus asquerosas zarpas.

Unas manos levantaron a Maeve y temió que fuera ese bruto otra vez, que no había podido esperar a la noche siguiente para violarla sin compasión. ¿Qué prefería, que Lúa la matara o ser violada? Morir era la única opción. Sacó la daga en la oscuridad para apuñalar a ese bruto.

—Maeve.

Su nombre susurrado con desesperación hizo que la daga se le cayera de las manos.

—¡Drest!

El rey la cogió en sus brazos, arrancándola del barro y la humedad. Maeve se sumergió en esos brazos fuertes que amaba aún antes de aprender a andar, su inalcanzable y apuesto rey.

—¿Qué te ha ocurrido, Maeve? ¿Qué haces sola en el bosque? Te vi salir corriendo desde las murallas.

Drest no tenía idea de su desesperación, tan solo un instante antes había deseado morir y ahora él la miraba con tal ternura y preocupación que no lo comprendía.

—¿Ahora te preocupas por mí, Drest?

Él retrocedió confundido, sentía la furia de Maeve, incluso había creído ver el destello de una daga.

—Lo hago por todos mis súbditos.

—Por supuesto, soy como cualquiera de ellos.

—Estás dolida, Maeve. ¿Qué ha ocurrido para que estés así? ¿Ha

sido Lúa?

Maeve ya no aguantaba más la presión de saberse perseguida por Lúa y por Aungus, ignorada por el hombre que amaba.

—Has sido tú, me entregaste a ese guerrero, Aungus.

Drest dio una zancada hacia ella y la cogió del rostro.

—¿Qué te ha hecho? Dime la verdad.

—Todavía nada —contestó Maeve sin saber si Drest estaba enfadado porque no hubiera agasajado a su invitado o porque lo hubiera hecho.

—Fue Lúa, ahora lo entiendo, ella debió intuir que Aungus era un cerdo. Mañana ve con la viuda de mi hermano, está embarazada y necesita ayuda, yo hablaré con Aungus. No volverás a esa casa nunca más.

Maeve suspiró, Drest acarició con el pulgar sus mejillas, atento a su mirada.

—Maeve, mis sentimientos son los mismos de siempre, si yo pudiera… Si pudiera te convertiría en mi esposa, si pudiera huiríamos juntos donde Lúa no pudiera alcanzarnos…, pero si ella intuye solo por un instante lo mucho que te amo…

Entonces Maeve comprendió, Drest solo la protegía de una muerte segura, y cuando los labios de él se posaron en los suyos, tan suaves y tiernos, supo que mientras Lúa existiera, Drest y ella estarían siempre en peligro. Cuando minutos después Maeve vio marchar a su amor y soltó su mano, supo que él tenía tanto miedo como ella. Solo una persona podía acabar con Lúa y sus seguidores, alguien que había conseguido escapar de Lúa una vez y antepondría a Drest a todo. Caeli.

Capítulo XXIX

Caeli sintió un escalofrío que recorrió sus brazos al ver partir a Aeden antes que la comitiva que Kenneth encabezaría días más tarde hacia el lugar de la reunión, Scone. Kenneth, desde hacía días, se mostraba distante con ella, observó a varios hombres seguir a Aeden al galope hasta perderse en los pantanos. Llevaban carros con algo oculto bajo las telas. Kenneth había tramado algo, estaba segura.

Se dio la vuelta cuando sintió una presencia con ella en las murallas, al girarse, se sorprendió al ver que era él, Kenneth. Llevaba una capa en las manos que, con una sonrisa, puso sobre sus hombros helados.

—¿Dónde va Aeden? ¿Por qué no parte con nosotros en unos días?

—Se adelanta para preparar nuestra seguridad —afirmó con esa mirada que Caeli conocía tan bien, la de un rey que no va a admitir discusión alguna.

—Es mentira, Kenneth, he aprendido que cuando entornas los ojos y el azul de tus ojos se aclara, me estás mintiendo.

El rey se separó de ella. Se apoyó en las almenas, aún en la distancia se apreciaban los caballos alejándose de Dunadd. Sin darse la vuelta, Caeli supo que se avecinaba una confesión de su esposo.

—Voy a matarlos a todos, a los reyes de las tribus pictas. Nunca te mentí, mi destino es conquistar toda la isla.

—No seré participe de tu locura, Kenneth. No tienes derecho. Son mi pueblo, mi hermano Drest estará allí como rey, es uno de esos hombres que vas a matar. ¿Crees, Kenneth, que por recogernos a todos y mantenernos a salvo en Dunadd seremos fieles hagas lo que hagas? Te di mi confianza, soy tu esposa…

—Sí. Así debería ser, Caeli, que te comportaras como una esposa, quiero toda tu fidelidad. Y, sí, he forjado mi reino con parias, proscritos britanos como Aeden, pictas como tú o mi madre... y es el más poderoso de la isla, porque son guerreros y guerreras indestructibles. —Kenneth se aproximó a ella y aferró sus hombros—. ¡Caeli, lo sabes mejor que nadie! Si has vivido entre dolor, lucharás con la vida por no volver a sentirlo, con uñas y dientes. Las leyendas no las forjan quienes han vivido entre sedas y plata, sino quien ha visto su corazón henchido de dolor hasta caer y después levantarse.

—Formo parte, pues, de tu ejército de parias, ¿y Aungus era uno de nosotros? Era malvado.

—Caeli, hay quien cree levantarse y solo se interna en la oscuridad que ha conocido.

—«Mi rey», estás a un paso de caer en esa oscuridad, no mates a mi hermano, a mi gente. No podré perdonártelo nunca.

—Tienen opción, unirse a mí o morir, no permitiré que todos, que tú, esposa, que Ananad o Maisie mueran por la espada de los vikingos. Y ahora, Caeli, me dirás, mira los presagios, la lluvia que no cesa, el viento enfurecido, los cuervos en las almenas y dime que son señales del cielo para que no lleve a cabo mi propósito.

—Es curioso que para un hombre que no cree ni confía en nada ni nadie, veas tan claramente los designios de tu dios y de los míos. —Caeli levantó sus mangas para que viera sus muñecas, las señales que habían quedado de su cautiverio al principio—. Átame de nuevo, porque jamás consentiré que mates a mi hermano, jamás fui tu esclava ni tu prisionera y nunca lo seré. No podrás hacerme cambiar de idea.

Kenneth apartó sus manos de los hombros y cogió su cintura con rapidez.

—Tengo de ti algo más importante, me amas, lo sé, aunque me retes continuamente, Caeli.

—El amor se da a quien lo merece, «mi rey».

—En ese caso, ya que te niegas a reconocerlo, Caeli, te quedarás aquí, en Dunadd. Sigue amando en la distancia.

Caeli reaccionó como un guerrero, golpeó con los puños el pecho de Kenneth. Él ni siquiera se tambaleó. Huyó de él escaleras abajo, corriendo para dejar atrás esos ojos azules que atormentaban su conciencia. Pasara lo que pasara, no dejaría que Kenneth cometiera un crimen tan atroz, aunque por ello después la repudiara.

Desde la habitación de la torre, Caeli escuchó el alboroto de los guerreros al partir, la orden de Kenneth, se llevaron el caos con ellos, el ruido de las armas y los golpes del herrero al preparar las últimas espadas. Incluso «perro» aulló ante su partida. En Dunadd solo quedaron unos cuantos soldados, las mujeres y los niños, hasta el sacerdote partió con el rey. Caeli no pudo ver a Kenneth irse, ni siquiera fue a despedirse a la torre donde había mandado que la retuvieran, era una reina presa en su propia fortaleza. Los guardias en su puerta tenían orden de no dejar que saliera desde el momento en que desafió a Kenneth en las almenas, y lo peor de todo es que en el castillo pensarían que era una traidora, su propio esposo la había encerrado una vez más. Caeli frunció el ceño, tenía que encontrar la manera de escapar y llegar hasta su pueblo picto, no podía permitir que Kenneth asesinara a su hermano. Desconocía el plan, sin embargo, sabía que Aeden llegaría a Scone antes que todos, al castillo erigido

allí, para preparar la trampa, estaba segura. Se había llevado una carreta con materiales, maderas y otras herramientas, conociendo a Kenneth sería algo estudiado y demoledor, no en vano, eran siete los reyes de las tribus pictas.

—Caeli, Caeli —susurraron a través de la puerta con exigencia.

Caeli reconoció enseguida la voz de Maisie y fue corriendo hasta la oscura madera de la entrada a la torre.

—¿Qué haces aquí, Maisie?

—El rey ha partido, ¿necesitas algo?

—¿Y los guardias?

—Están aquí conmigo, pero no desesperes, Caeli, encontraremos la manera de sacarte.

Caeli apoyó la frente en la madera y sonrió, no dudaba de sus amigos ni de su inventiva, pero no quería que luego castigaran a ninguno de ellos. Tenía que encontrar la manera de escapar sola.

—Vete, Maisie, no quiero que hagas nada, si he de salir, será sola.

—Está bien, Caeli, luego Katy subirá la comida, es a la única que le permiten acceder hasta aquí. —Un pequeño revuelo se levantó en el pasillo, como si los soldados obligaran a Maisie a irse—. ¡Que sí, que ya me marcho! ¡Luego, cuando tengáis hambre, no me pidáis ni un mendrugo! ¡Soy la cocinera, idiotas! Caeli, debo irme, no desesperes, no estás sola en Dunadd.

Los pasos de Maisie se alejaron entre gritos de los soldados apostados a su puerta, fuera, en algún lugar, «perro» gemía lastimero, ni siquiera al pobre animal se había llevado Kenneth.

Intentó dormir, consciente de que ya un día la separaba de Kenneth, tenía que escapar y pronto. Cuando Katy le había llevado la cena, no habían dejado que hablara con ella, y amenazar a su amiga con una daga al cuello no era opción, jamás haría daño a nadie en el castillo. Por lo menos sus armas estaban con ella, escondidas en el baúl frente al lecho.

Unos sonidos de pasos alertaron a Caeli, abrió los ojos extrañada, no eran como los otros que durante los dos días que llevaba allí había oído en el pasillo. Se levantó sigilosa, alumbrada tan solo por la luz de la vela, la luna desde hacía semanas se escondía tras las nubes. Siguió el sonido, los pasos provenían de otro sitio que no eran los pasillos, provenían del muro. Caeli se apartó temerosa, ¿brujería? Se acercaban despacio, como si se tratara de un ánima o de un espectro, ¿vendrían a por ella los dioses por su matrimonio cristiano? Negó con la cabeza, sí los oía, eran humanos. Caeli puso sus manos en el muro, sintiendo la fría piedra, los pasos se detuvieron frente a ella. Entre aquel sonido y ella había un muro de al menos un codo de ancho. Retrocedió cuando un chasquido profundo movió ante sus ojos un cuadrado pequeño de piedras, del tamaño de un pequeño tapiz. Nunca había sido una

cobarde a pesar de lo que las otras chicas pensaran, se escondía por otras razones, no quería enfrentarse a ellas ni hacer daño a su hermana Lúa. Esperó a que el rostro tras la oscuridad del muro se mostrara, eso sí, con la daga que de poco le serviría de tratarse de un espectro. En cambio, la luz de una vela iluminó el rostro arrugado de Ananad, que mostraba su mirada perdida y una sonrisa burlona.

—Intenté llegar antes, ¡pero esta vista mía! ¡Por todos los cielos, no recordaba este pasadizo tan empinado!

Caeli casi sacó su delgado cuerpo de entre los muros en volandas y la ayudó a ponerse de pie. Cada día Ananad estaba más delgada y sus ojos azules empañados por una tela blanca. Sus escarpines de tela estaban manchados de deshechos de paloma y su vestido lleno de telarañas.

—¡Ananad! Me alegra verte. ¿Es un pasadizo? ¿A dónde lleva? —preguntó Caeli mientras sacudía las ropas de la anciana, perpleja por la oscuridad que Ananad había dejado tras ella.

—Te llevará a los pies de la fortaleza, junto a la «huella de los reyes», lejos de los guardias —susurró aferrándose a sus hombros.

—Kenneth… ¿desconoce él este pasadizo?

—Debió olvidar, Caeli, igual que tantas cosas que le enseñé a mi hijo. No entiende que contigo a su lado puede conquistar a todos los pueblos.

La anciana reina tosió, todo su cuerpo se convulsionó como si fuera a deshacerse. Ananad tomó aire e intentó erguirse.

—Ananad, sabrá que has sido tú quien me ha ayudado a escapar.

—No importa, Caeli, debes evitar que haga algo que os separe para siempre. Ahora eres su esposa, os espera una vida larga. Sé que amas a Kenneth, solo tú puedes hacer que sea el rey que siempre deseé que fuera. Una vez tuve en mis manos el libro de los reyes antiguos, *Los Anales del Ulster,* y solo se recuerda a reyes crueles y reyes buenos con su pueblo, consigue que Kenneth sea de estos últimos, te lo ruego. No puedo evitar que quieras escapar para siempre, solo el cielo sabe que Kenneth no es precisamente el mejor esposo. Tú, Caeli, eres la única que puede decidir vuestro destino.

—Ananad, solo ansío salvar a mi hermano. No huiré de mi responsabilidad con mi pueblo. —Evitó Caeli contestar acerca de sus sentimientos por Kenneth.

—Entonces sigue el pasadizo, Katy te espera con una montura, te acompañará hasta encontraros con los ejércitos de Kenneth.

—Ven con nosotras, Ananad.

La anciana sonrió tapando con la mano su boca como si Caeli le gastara alguna broma.

—No haré más que retrasaros, me quedaré en tu lugar en la cama, me haré pasar por ti. Eso os dará unas cuantas horas de ventaja, hasta

que Moira empiece a preguntarse dónde estoy. —Se echó sobre el lecho con un suspiro.

—Gracias, Ananad, cuídate, por favor. Volveré con Kenneth pronto, sea juntos o separados.

—Caeli —rogó la anciana, tendiendo su mano al vacío, sin ver ya más que sombras por la ceguera. Caeli se apresuró a tomarla sin dudar —. Ha llegado mi tiempo, el de partir con los ancestros. Tal vez me reciban con los brazos abiertos por no haberlos olvidado nunca, o puede que no me perdonen por los pecados que cometí defendiendo a mi hijo. Kenneth merecía reinar, pero también merece a alguien que pueda pararle los pies de vez en cuando.

Caeli abrazó entre susurros a la mujer, que, de haber sido su madre, su felicidad hubiera sido completa. El cuerpo delgado de Ananad se tumbó boca arriba, casi a tientas hasta en el lecho, mientras, Caeli tomaba la vela en sus manos y se introducía en el pasadizo. Con cuidado, cerró la portezuela sin dejar de mirar a Ananad, la última imagen que tuvo de la torre donde había comenzado su aventura como esclava desapareció ante ella sin saber si algún día volvería a Dunadd. Con el convencimiento de que Ananad, la reina madre de los escotos, moriría esa misma noche. Aun así, no pudo decirle a la anciana que muy probablemente Kenneth, después de aquello, la repudiaría como su esposa, y si eso sucedía, Caeli estaba dispuesta a quedarse en la tierra de los pictos. Quizá la reina madre estaba equivocada, y, al fin y al cabo, Kenneth y ella no estaban destinados a estar juntos.

Capítulo XXX

Lúa se había ocupado de que todos los hombres que acompañaran al rey fueran de entre los seguidores de Mortaleg y suyos, los más leales. El estúpido de su hermano tenía tanto miedo que ni siquiera se había negado a nada de lo que habían propuesto. Mientras cabalgaban dejando a un lado los estuarios y sorteando las aguas anegadas que conducían a Scone, Lúa miraba a la única persona a quien la suerte parecía bendecir a cada paso. Maeve. Esa tonta timorata, que insistió en acompañar a la comitiva de Drest y cabalgaba detrás suyo. ¿En qué momento las tornas habían cambiado y era Lúa quien se sentía vigilada por esos ojos anodinos? Su plan para que Aungus, el guerrero traidor de Kenneth Mac Alpin, acabara con ella fueron en vano, y ese cerdo ahora se había escabullido entre los soldados para evitar su castigo.

—Allí está la fortaleza de Scone. —Señaló Mortaleg a la pequeña estructura de piedra y madera que coronaba la colina. Tras ella, el río desembocaba en el mar. Unas cuantas gaviotas los sobrevolaron, sus estridentes sonidos se unieron a las plegarias silenciosas de los hombres. Las ruinas que quedaban a ambos lados del camino eran las de una antigua abadía, donde decían que todos sus monjes perecieron en un ataque vikingo y algunos de ellos entregaron su alma al mismísimo demonio para salvarse—. Un lugar de monjes para albergar a un grupo de diablos, esto no puede acabar bien —sentenció Mortaleg.

Las tribus convocadas habían llegado casi en su totalidad, cada una había acampado en la extensión de pradera, ninguno confiaba en los otros en aquella reunión. La comitiva pasó entre ellos, Drest, se suponía, era el rey más poderoso de los pictos y ejercía poder sobre todos ellos, Lúa miró como algunos se inclinaban y quiso escupir a aquellos cobardes que no habían acudido a la llamada de su rey cuando los vikingos masacraron a su pueblo. Si ella hubiera sido la reina, los hubiera matado a todos, entre gritos de sufrimiento y torturas.

—Lúa, hermana, ¿qué piensas?

Lúa pareció despertar de su ensoñación, entre el ansia de poder dominarlos a todos y la matanza que podía cometer allí. Drest la

miraba ceñudo, su hermano se había percatado de la tensión de su rostro.

—Pensaba que, si Kenneth Mac Alpin quisiera matarnos a todos, nunca nos había tenido tan a su merced.

Drest pensaba lo mismo y, cuando llegaron a las puertas del castillo, se detuvo ante la sorpresa, dentro de los muros, a la sombra de las dos torres, estaba acampado el pequeño contingente de soldados de Mac Alpin. Sus pensamientos y los de Lúa estaban errados, el rey de los escotos parecía haber acudido de buena fe.

Uno de los monjes que tenían el control sobre el castillo se acercó a saludar a Drest con su sotana marrón y raída, y ese tonto peinado, rasurado el pelo a la mitad. Era el anciano abad de Scone, de sobra conocido por ellos. Su pueblo no era cristiano, pero respetaban esa extraña religión de la cruz.

—Sois el último, rey Drest de los pictos. Kenneth Mac Alpin se ha instalado en el patio, dejándoos como prueba de buena voluntad el interior más cómodo.

Drest desmontó, mientras con el rabillo del ojo se aseguraba de que Maeve traspasaba los muros con sus hombres y estaba a salvo.

—Gracias, monje, pero sabéis tan bien como yo que Mac Alpin nunca deja nada al azar y a la buena voluntad. Solo espero que vuestra religión os impida demostrar de forma abierta lo mucho que adoráis al rey Kenneth y su forma de defender vuestras posesiones.

—Rey Drest, creedme si os digo que esto es terreno sagrado y Kenneth Mac Alpin lo respetará.

Kenneth no sabía hasta qué punto el monje podría soportar la mentira, había jurado su fidelidad sobre un texto sagrado. Hizo una señal a Aeden y ambos se apresuraron a llegar hasta la comitiva picta y distraer la atención sobre el sacerdote. Tuvo que contarle al abad su plan, prometiendo que implantaría la religión católica en toda la isla.

—Bienvenido, Drest, me alegro de ver que los vikingos no acabaron con vos —exclamó Kenneth con ironía.

—Podemos tutearnos, Kenneth, no sé las veces que me has rogado que me una a ti sin resultado. ¿Vienes otra vez a humillarte ante mí?

Kenneth sonrió, no aceptaría un reto de críos pequeños, no teniendo un plan tan endiabladamente bueno. ¿De verdad ese hombre era el hermano de Caeli? ¿De dónde había sacado su picta ese arrojo y valentía? Drest parecía hablar con él, pero no apartaba la vista de esa víbora de ojos negros que a su lado sujetaba una espada. Lúa, la hermana de Caeli, con gusto escupiría en ese rostro, aunque fuera una mujer. Fue ella quien abandonó a Caeli en el bosque, ahora reconocía esa melena y esos ojos negros, nunca olvidaba el rostro de con quien había cruzado su espada.

—No debe haber entre nosotros rencores, Drest, acompáñanos esta

noche en la cena, todos los demás han aceptado. Por si aún no has comprendido, se trata de forjar una alianza.

Por primera vez, Drest dio un paso hacia adelante y cuadró sus hombros ante Kenneth Mac Alpin.

—Solo quieres someternos a todos, ¿no hay nada más importante para ti, Kenneth, que conquistar toda la isla?

¡Oh, cielos! ¡Claro que lo había! Pero de eso se trataba, de que nadie supiera que había algo que Kenneth ansiaba más que su reino soñado, por eso se lo había dejado en su torre, custodiado por sus guerreros. A salvo de su propia familia.

—Esta noche, Drest, te espero en la cena.

Kenneth se marchó del patio de la antigua abadía, transformada hacía tiempo en un castillo. El abad le dirigió una mirada cargada de significado, dando a entender que Aeden tenía todo preparado. Si el resto de los reyes deseaba matarlo, no le cabía más que defenderse.

Capítulo XXXI

Caeli y Katy llegaron al atardecer, cuando las primeras hogueras se prendían en los campamentos que rodeaban el castillo de Scone. Vestidas con los pantalones de paño y los *cotum* de cuero parecían dos jóvenes muchachos que se habían retrasado con alguna comitiva real. Caeli observó las armas de las tribus, algunos hombres llevaban el rostro pintado de azul por completo. Pictos de Fortriu, de Ce, de Alban, de Strathearn, de Fife, hasta de Buchan y Ross, más al norte. Los siete reyes de las siete regiones pictas. Kenneth había logrado tener a todos bajo el mismo techo de la que fue una antigua abadía cristiana. Solo podía, a pesar de sus intenciones, admirar a su esposo.

Cuando Ananad le contaba la infancia de Kenneth, desafortunada y triste, un pequeño solitario, más aislado por sí mismo que por el resto de los niños, volcado en aprender a leer y a escribir con los sacerdotes que en el arte de las armas. Cuando su padre y sus hermanos mayores se reían de él, Kenneth les decía que ya tendría tiempo de ser un guerrero. Lo consiguió con el tiempo, sus hermanos murieron, se enfrentó a sus codiciosos primos y, al final, cuando nadie se acordaba del pequeño hijo del rey y la picta, se convirtió en rey de todos. Había perseguido un sueño durante años, unir la isla, y, llegado el momento, Caeli era consciente de que nada podía retenerlo. Si tenía que matar a todos esos reyes, lo haría sin dudar, estaba segura. Mirando en su recámara, el mapa que Kenneth cada día rozaba con sus dedos, Caeli había visto el nombre de Alba, de toda la isla conquistada por él. Escocia, se llamaría así, por su pueblo escoto. Nada era más importante para Kenneth que conseguir ser el rey de todos.

—¿Nos quedaremos fuera de las murallas? —preguntó Katy al ver que Caeli se detenía frente a las puertas de la abadía. Una pequeña muralla rodeaba todo el conjunto de casas, caballeriza e iglesia.

—No. Si Kenneth ha planeado alguna trampa, estará dentro. Debemos encontrar a mi hermano y avisarlo del peligro.

Katy sujetó su brazo mientras su caballo golpeaba con las patas ansioso porque descabalgara y poder descansar al fin.

—Caeli, es posible que no te crea, o no quiera escucharte, ahora eres la esposa de Kenneth, una enemiga para él.

—Tendrá que creerme, Drest y yo estábamos muy unidos.

Katy la dejó marchar hacia el interior de las murallas, no era tan optimista como Caeli. Había prometido a Maisie y Ananad que cuidaría de ella, pero ahora se le antojaba imposible, durante el camino había comprobado que Caeli se bastaba sola, mejor que ella, para sobrevivir en los bosques y usar el arco. Para ser sincera, Caeli había proporcionado comida y seguridad para ambas durante el viaje. Siguió el caballo de su reina, se dirigía directamente a las caballerizas, como si las dos no fueran más que dos muchachos en busca de agua y refugio para sus monturas.

Con naturalidad, Caeli puso voz ronca de muchacho y enseguida el caballerizo, mascullando entre dientes al ver que se le acumulaba el trabajo, encontró un sitio para sus caballos. Con las capuchas echadas, ambas salieron sin hablar más de lo necesario.

La fortaleza se sumía en la oscuridad, iluminada solo por las antorchas de las almenas, pocos cruzaban el patio a esas horas y el jaleo que provenía del interior indicaba que estaban todos en el salón. Las alargadas sombras de las torres caían sobre ambas y miraron alrededor con precaución.

Abandonaban el establo cuando de entre la oscuridad alguien agarró a Caeli del brazo. Katy estuvo a punto de descubrirse gritando, se tiró hacia las sombras, entre el heno y la paja, siguiendo a Caeli y quien la había llevado consigo de nuevo al interior del establo.

—¡Ssshh, Katy! No pasa nada, es una amiga.

Caeli, en cuanto calmó a su amiga, se giró hacia la figura envuelta en una capucha como ellas, las hebras de su cabello dorado habían hecho que descubriera al instante de quién se trataba.

—Caeli, no podía creerlo, al ver tu arco y la forma en que andabas supe enseguida que eras tú, mi princesa.

Maeve descubrió su rostro, perplejo, sujetó de los hombros a Caeli y la abrazó con fuerza.

—¿Qué haces aquí, Maeve? Debí suponer que seguirías a Drest, ¿os habéis casado? —Se giró hacia Katy—. Mi hermano y ella son dos tontos que se aman desde niños.

—¡Me alegro tanto de verte, Caeli! Cuando creí que habías muerto… —Maeve la empujó hacia la oscuridad y, mirando con temor alrededor, tiró del brazo de Katy como si la conociera de siempre—. Lo siento tanto, perdóname, por favor. Jamás quise que cayeras presa de los escotos, fue culpa nuestra.

Caeli impidió que se arrodillara ante ella, sujetó sus hombros para evitar que las avergonzara a ambas.

—Maeve, solo seguías a Lúa, te oí en el bosque, cuando me defendías, antes del ataque.

—Es un milagro que estés aquí, Caeli. ¡Ahora estoy convencida de

que todo saldrá bien! Evitarás una tragedia.

—¿De qué hablas, Maeve? ¿Qué sabes?

Un sonido de pasos lejano hizo que Maeve sacara su daga, atenta a si las habían seguido.

—¡No, Katy! —Caeli detuvo a su amiga que enseguida había sacado un pequeño cuchillo de cocina y amenazaba a Maeve. Hizo que lo bajara con una mirada de reproche—. Escucha, Maeve, tenemos que evitar que maten a Drest, no sé cómo, ni cuándo será, pero estoy segura de que mi esposo quiere matarlo.

—¿Tu esposo, Caeli? Entonces es verdad que ahora eres la reina de los escotos… ¿Te has casado con Kenneth Mac Alpin?

—Han pasado muchas cosas, Maeve, tienes que llevarme ante Drest enseguida, os explicaré todo. Kenneth no es malvado, creo que tiene un plan…

Maeve frunció el ceño extrañada. Las tres mujeres, por una u otra razón, intrigadas, se miraban en la oscuridad, iluminadas por la luz de la luna que entraba por un pequeño ventanuco del establo.

—Caeli, son los reyes pictos quienes van a matar a Kenneth Mac Alpin, tienen un plan. Y luego está tu hermana, Lúa, no puedo hablar con Drest, ella nos vigila, ha rodeado de su guardia a tu hermano y ni siquiera puede dormir por temor a que ella lo asesine por la noche…

Katy bufó agitando el cuchillo de un lado a otro perpleja. Caeli miró a la techumbre con los ojos en blanco, se estaba poniendo mala al ver a ambas mujeres con sus cuchillos en alto, agitándolos mientras hablaban. Eran sus amigas, pero si seguían haciendo eso, las desarmaría a ambas.

Katy se aproximó a ellas entre susurros.

—Es decir, que mi rey, Kenneth (mi Aeden estará con él en esta locura), quiere matar al resto de reyes pictos, el resto de los reyes quiere matar a Kenneth, y a Drest quiere matarlo Lúa. Muy divertido, Caeli. Ahora olvidemos a esta loca, Maeve, ¿no? Perdona, Maeve, no quiero ofenderte. Caeli, busquemos a Kenneth y a Aeden y salgamos de aquí.

—Espera, Katy, esto solo complica un poco más las cosas. Podemos salvarlos a todos.

Maeve y Katy, ambas se miraron, obviando que se acababan de conocer, Caeli parecía estar más loca que todos los que estaban dentro de la fortaleza. Caeli las observó a las dos, una vestida con sus ropas de cuero y los brazos marcados de azul, a Katy, con sus pantalones de paño en lugar de sus vestidos coquetos cargados de adornos. No podía haber dos amigas más diferentes.

Caeli cogió la mano de una y de otra.

—¿No lo veis? Tenemos que hacer esto solas, debemos evitar que se cometa una masacre, o al menos salvar a los hombres que amamos. No

puedo contar con el apoyo de Kenneth, tiene la estúpida costumbre de ordenar que me encierren en alguna habitación en cuanto me ve, pero Drest me escuchará, o más bien a ti, Maeve. Y tú, Katy, Aeden hará cuanto le pidas.

—Aeden jamás traicionaría a Kenneth —protestó Katy.

—No vamos a traicionar a mi esposo —explicó Caeli—, a pesar de que sea un mulo obstinado. Maeve, tienes que conseguir que hable con mi hermano, tendrás que conseguir que Lúa se separe de él. Trae a Drest hasta las caballerizas, y tú, Katy, trata de encontrar a Aeden y separarlo de mi esposo para ver qué han urdido.

Maeve entornó los ojos pensativa.

—Tendrá que ser antes de la cena, se reunirán solos los jefes en una recámara, primero habrá una celebración en el gran salón. Lo cierto es que llevan horas bebiendo allí.

—Entonces hay que darse prisa. Maeve, sé cómo engañar a Lúa, si tú has podido descubrirnos, solo debo pasearme por el castillo, cuando me vea, si me reconoce, no podrá evitar seguirme. La esquivaré y tú aprovecha para sacar a Drest y traerlo aquí.

—¿Y yo, cómo se supone que separaré a Aeden de su guardia?

Ambas, Maeve y Caeli, miraron su figura, enfundada en los pantalones y su postura descarada. No pudieron evitar poner mohines de envidia. Tal vez Katy no se había mirado nunca al espejo. Caeli jamás tendría la sensualidad que emanaba Katy por cada curva de su cuerpo.

—No creo que se resista mucho cuando te vea —afirmó Caeli, arqueando una ceja.

—Ya veo —susurró Katy, halagada a la par que se sonrojaba, siempre habían sido evidentes sus contundentes formas, aunque fuera vestida como un muchacho. De algo le tenía que servir ese cuerpo, porque el cielo bien sabía que su inteligencia le había dado ya demasiados problemas.

—Saldré yo primero, Maeve —afirmó Caeli—. ¿Dónde puede estar Lúa?

—Siempre junto a Drest, estarán en el salón, la última vez que los vi estaban allí, frente a la chimenea.

—Entonces, voy para allá.

Maeve la detuvo con la expresión contenida y mirada ansiosa.

—Caeli, Lúa no ha cambiado en absoluto, si puede matarte, lo hará, intenta despistarla.

Caeli suspiró agradecida, Maeve solo quería advertirla, pero a su mente solo vinieron los recuerdos de su hermana Lúa, persiguiéndola por el bosque, tirando de su pelo, burlándose de ella delante de los demás. Seguía teniendo miedo a su hermana, a sus ojos negros clavados en ella con desprecio. La única diferencia es que ese miedo se

había transformado en otro tipo de temor, el que surgiría cuando al fin tuviera que enfrentarse a ella, demasiado mal había causado ya Lúa para que Caeli no se defendiera. Ya no tendría miedo a hacerle daño, tanto como ella causaba día tras día al hermano de ambas, a Drest, a Maeve, a su pueblo y a ella misma. Las historias acerca de cómo había cambiado el pueblo picto recorrían los caminos, hablaban de pobreza, abusos, ejecuciones…

—Tener cuidado las dos, y, Katy, haz que Aeden te cuente el plan de Kenneth. Es importante que conozcamos todos los detalles, Kenneth es muy listo y… —Caeli calló un instante con un suspiro— y no tiene escrúpulos.

—¿Entonces, Caeli, por qué te has casado con él? —preguntó Maeve sin dobleces ni subterfugios, Caeli empezaba a comprender que los demás no podían ver el lado tierno, caballeroso y dulce de Kenneth.

—Por lo mismo que tú, Maeve, darías la vida por mi hermano. Amo a Kenneth por muchas otras cosas que no son la de ser rey, si fuera un pastor o un cazador, os puedo asegurar a las dos que sería el más maravilloso de los hombres.

Katy y Maeve la miraron negando con la cabeza, bastante loca consideraban a Caeli por haber accedido a casarse con el rey escoto como para ahora tener que oír una confesión de enamorada.

—Pues te puedo asegurar que Drest desearía ser ese pastor, tu hermano odia ser rey tanto como Kenneth lo ansía —afirmó Maeve.

Katy guardó al fin la daga en su cinturón.

—Pero no tanto como tu hermana Lúa, si es cierto lo que decís de ella, acabará matándolos a ellos y a nosotras para conseguir la corona. Debe ser un mal bicho.

Caeli cogió a sus dos amigas de la mano, con una sonrisa sincera, bajo ese techo, las tres tan diferentes estaban unidas por el amor que profesaban a unos torpes y tozudos guerreros. Las tres, en algún momento, tendrían que enfrentarse a Lúa, tal vez si ella lo hacía primero, lograra salvar a todos.

—Maeve, Katy, estoy segura de que vamos a conseguirlo. Cumplir vuestra parte del plan.

Se separaron soltando sus manos y salieron de su escondite en las caballerizas.

Caeli se aproximó a la oscuridad de los muros del castillo, el salón quedaba cerca como Maeve le había dicho, tenía que alejar a Lúa de su hermano, y, entonces, Maeve podría contarle a él los planes que tenían.

Katy se encaminó hacia otra de las puertas de la torre, en busca de Aeden.

Y Caeli suspiró hondo, se puso la capa y solo pidió al cielo no

encontrarse con Kenneth y ser descubierta antes de tiempo.

Capítulo XXXII

Dio un trago largo a la jarra que el siriviente puso en sus manos. Kenneth hizo lo que las otras veces, cuando no le observaban, la derramó junto al fuego. Miraba a aquellos reyes pictos que bebían sin límites el hidromiel de los monjes, por su hablar turbio y la postura relajada en las enormes sillas de madera no llegarían demasiado sobrios a la reunión. Aún quedaban horas y algunos roncaban a su alrededor.

Lothan, el picto frente a él, se ensalzaba a sí mismo en combate ante sus iguales, en su propia lengua, sin saber que Kenneth entendía su idioma perfectamente. Por un momento, pensó en Ananad, en el valor de todas aquellas cosas que su madre le enseñó de niño. Conocimientos que no compartió con el resto de sus hijos, eso a veces asustaba a Kenneth cuando pensaba en ello, ¿sabría su madre que él era el elegido para heredar el trono? Cosa que durante gran parte de su vida había sido imposible.

Kenneth había perdido un instante la trama de la historia del tal Lothan cuando se irguió en la silla sin importarle parecer más sobrio que el resto. Él había elegido un lugar con la espalda pegada a la pared, aunque Aeden estuviera cerca suyo, toda precaución era poca. Recorrió el gran salón con la mirada, sirvientes, monjes, soldados, reyes, guerreras pictas, nada extraño, sin embargo, sintió la misma sensación que le embargaba cuando Caeli entraba en la misma sala que él. Kenneth sentía esa corriente por todo el cuerpo, como aquel día en que fue coronado bajo el viejo roble, notaba una fuerza que lo ataba a la tierra con sus raíces. Caeli. ¿Podía ser que echara tanto de menos a su esposa como para verla en cada rincón? Estuvo a punto de maldecir sus propios ojos cuando siguió con la mirada la figura de un muchachillo enclenque recorriendo las mesas del salón. Kenneth lo observó, su rostro estaba oculto por una capucha, iba de un lado a otro aparentemente sin rumbo. El rey se inclinó en la silla y observó su andar enérgico. Hasta que Kenneth vio el lugar que evitaba y, a la vez, rodeaba con interés. En aquella apartada esquina donde Lúa y el rey Drest, al igual que su guardia, estaban sentados.

—¡Joder, Caeli! ¡Maldición de mujer! —Kenneth maldijo tan fuerte que Aeden lo miró un instante confundido para después seguir su

conversación con el soldado a su izquierda.

Kenneth se levantó con calma, oscilando la jarra frente a él, como si solo buscase con qué rellenarla y comenzó a cruzar el salón. Alzó el cuello, con ironía Kenneth se dijo que no podía ser, ¿Caeli, su dócil, obediente y apocada esposa, había conseguido que Lúa la reconociese y abandonara el grupo sentado? Estaba loca esa mujer, Lúa expulsaba más odio por sus ojos que todos los guerreros de la sala. Un grupo de soldados que entraban hizo detenerse a Kenneth.

—¡Apártaos! —bramó haciendo que el salón quedara en silencio. Los hombres le hicieron caso, su altura y su fama lograba siempre ese efecto, se apartaron al instante de su camino. Pero ya era tarde, ni Caeli estaba en el salón ni Lúa. A su derecha, en la mesa de Drest, una mujer rubia susurraba al oído del rey. Kenneth buscó a Aeden con la mirada, ¡cómo no! Esa muchacha de las cocinas, Katy, se lo llevaba tirando de su brazo entre las risotadas de los compañeros de banco. Curiosa coincidencia, su mujer se llevaba a su hermana, Katy a Aeden y la rubia picta al rey.

Kenneth se encontró en el medio del salón, parado, sintiendo que, por primera y única vez en su vida, no era él, el rey, quien anudaba cuidadosamente la trampa. Sin duda, Caeli estaba jugando a algo peligroso, lo único con que ella no había contado es que la reconociera. Debía encontrar a su esposa, confiaba en que podía con esa tal Lúa, lo malo es que Caeli aún quería a su hermana y seguro que sus sentimientos eran más poderosos que su daga. Su reina no podía evitar ser compasiva.

Caeli caminaba deprisa, había conseguido llamar la atención o, al menos, la curiosidad de Lúa, que ahora la seguía en la distancia. Su hermana no debía estar segura de su identidad, aún no había atacado. Por primera vez, no quería evitar la confrontación con su hermana. Lúa había ido demasiado lejos. Aflojó el paso al pasar junto a las caballerizas, allí estarían Drest y Maeve, rodeó el edificio para alejar a su hermana por el estrecho pasaje entre los muros de la abadía y la entrada, cuando alguien tiró de Caeli hacia la oscuridad de la pared. Una mano fuerte y grande tapó su rostro, acopló su cuerpo al suyo, estrechándola de la cintura para evitar que se moviera. Caeli, de espaldas a ese cuerpo que la sujetaba, no pudo evitar sentir que el corazón le latía más fuerte al sentir cada férreo músculo de su esposo. Estaban protegidos por la oscuridad de un vano en la pared de la abadía, solo acercándose podrían verlos a ambos.

Caeli observó como Lúa se detenía en el centro del patio y miraba alrededor. Tras recorrer con la mirada las sombras, se guardó la daga que llevaba en la mano, bajo el cinturón. Se dio la vuelta y volvió al gran salón con paso enérgico.

El brazo que aprisionaba su cadera soltó de golpe a Caeli, a punto

de caer al suelo al ser liberada, se giró para mirar al hombre que le había impedido enfrentarse a Lúa.

Kenneth esbozó una sonrisa al ver la expresión ceñuda de su mujer y el brillo de la daga en su cuello. Sin hacer caso de la amenaza que representaba el acero marcando su piel, volvió a acercar su cuerpo. Agachó su rostro hasta que pudo ver el color de sus ojos a la luz de la luna. Su esposa estaba furiosa, y eso hacía brillar los destellos de plata atrapados en sus ojos. Ambos se midieron con osadía, en ese momento, a Kenneth le pareció la reina más hermosa del mundo entero. Nunca encontraría sumisión en ella, cuando creía que debía actuar por algo que creía justo, Caeli actuaría, le gustara a Kenneth o no. Admiraba el corazón valiente de su reina. No pudo evitarlo, besó sus labios sediento de su sabor, demasiados días lejos de ella. Su torso se volvió duro como la roca al sentir los pechos de Caeli contra él.

No sabía qué esperar de ella, si lo rechazaría por dejarla en Dunadd recluida en la torre. Caeli, sin embargo, agarró su cuello con ambos brazos y lo besó con intensidad.

A pesar de su precaria situación, de puntillas y el cuello de su marido en sus manos, disfrutó de tener a Kenneth de nuevo a su lado. Saboreó con la lengua el interior de su boca tanto como él. Sintió de nuevo sus atrevidas manos abriéndose paso por debajo de la camisola. Kenneth agarró sus nalgas para elevarla contra su miembro, saboreando el hecho de que esos pantalones marcaran las formas de Caeli atrás y delante. Jadeantes, se separaron, sin poder controlar sus respiraciones.

—¡Maldición, Caeli! ¿Qué haces aquí?

Caeli sonrió, reconociendo en la voz de su esposo que no estaba realmente enfadado, quizá sorprendido, o hasta era posible que se alegrara de verdad de tenerla allí.

—Ha sido culpa tuya, «mi rey», no quisiste escucharme ni contarme tus planes.

—¡Ja! Hubieras hecho lo que quisieras de cualquier manera.

Ambos se miraron, había pasado el momento de pasión, aunque los ojos de los dos siguieran nublados y los corazones latiendo a toda prisa. Era el momento de hablar y Kenneth soltó su cintura a la vez que Caeli apartaba las manos de su cuello. A su pesar, seguía necesitando del calor de Kenneth y apoyó sus manos en el pecho de él.

—Kenneth, no puedo permitir que mates a mi hermano.

—Y yo no puedo consentir que te enfrentes a ese demonio que tienes por hermana. ¡Dios, cómo odio a Lúa! No sé cómo has soportado tantos años su presencia. Tenía que evitar que te enfrentaras a ella. —Kenneth se llevó las manos al pelo para apartarlo del rostro, ¿cómo intentar que Caeli comprendiera?—. No estoy contra tu hermano, no es un oponente para mí. Quiero decir que comprendo

que aprecies a tu hermano, pero nunca funcionaría, una tierra con dos reyes siempre estaría llamada a la guerra. No quiero matarlo, Caeli, debes creerme, Drest es débil, Lúa acabaría dominando a tu pueblo.

Caeli reflexionó un instante, «no es un oponente para mí», había dicho Kenneth de su hermano, «una tierra con dos reyes siempre estaría llamada a la guerra». Ahí estaba la solución, simple y digna para Drest.

—Este no era plan, Kenneth, pero creo que es mejor que vengas conmigo y conozcas de verdad a Drest. Mi hermano no anhela las mismas cosas que tú, jamás lo hizo, quizá te sorprenda al hablar con él.

Caeli cogió su mano con dulzura y tiró de él con una sonrisa. Kenneth la siguió hasta la puerta de las caballerizas y, al ver que lo llevaba dentro, desenvainó su espada. Con suavidad, Caeli lo obligó a guardar el arma mientras acariciaba su mano.

—Confía en mí, Kenneth, por favor.

Con un suspiro, Kenneth asintió haciendo a Caeli la mujer más feliz del mundo, al fin se fiaba de ella.

Kenneth siguió a Caeli al oscuro interior de las caballerizas, nunca había confiado en nadie, y, sin embargo, por alguna razón, siguió a su esposa. Su esposa. Había deseado tanto tenerla a su lado, cuando las dudas sobre su plan en los últimos días se hacían insoportables solo pensaba en Caeli. ¡Maldición! No quería matar a su hermano, la brecha que se abriría entre ellos sería enorme y lo cierto es que disfrutaba de la sonrisa de Caeli, de sus bromas, de su rostro y esa inteligencia aguda que siempre deducía cuando Kenneth necesitaba su ternura. Se estaba convirtiendo en un imbécil, Kenneth lo sabía, suspirando como un bardo por su propia esposa, oliendo su cabello mientras lo metía en unas caballerizas oscuras desarmado. ¡Y cuánto admiraba su carácter! Había impuesto su parecer huyendo de Dunadd, burlando a sus soldados, solo para salvar a su familia, ¿haría lo mismo por él? Kenneth se detuvo, ¿lo amaría Caeli? ¡Maldición otra vez! Deseaba el amor de su esposa más que descubrir sus planes. Sí, Caeli lo había dicho en el lecho, cuando las dudas acerca del futuro no corroían los pensamientos de ambos, pero deseaba que lo amara sin reservas, sin dudas, por encima de todo. Kenneth había perseguido tanto su sueño, conquistar las tierras, ser el rey de todo, que ahora no podía hacer frente a ese otro anhelo que lo había sacudido desde que había llevado a Caeli a Dunadd. Al principio, solo quiso protegerla, sintió curiosidad por su valentía en el bosque y otras mil cosas que no sabía, pero ahora… ahora nada podía nublar su pensamiento, tenía que apartar a Caeli de nuevo y centrarse en su sueño, tan cerca, tan pronto…

—Drest, Maeve, soy yo, Caeli.

Al oír el nombre del hermano de Caeli, Kenneth se tensó, mas al descubrir a tan solo dos enamorados sobre el heno, se relajó. Así que era eso lo que tramaba su picta, reunir al rey con su amante.

Las dos figuras sobre la paja se incorporaron, el rostro de la muchacha rubia se llenó de temor y el de Drest de odio.

—¿Qué has hecho, Caeli? Me has traicionado, ¿traes a Kenneth para que me asesine aquí?

Kenneth se interpuso entre ambos hermanos con el propósito de que Drest no hiriera a Caeli. Pensativo, observó la situación, Drest era el rey de los pictos, ¿qué hacía con su amante en unos establos?

—Caeli nunca te traicionaría —afirmó Maeve levantándose. Con mucha más valentía de la que demostraba cualquier mujer, se puso frente a Kenneth—. Drest, Kenneth Mac Alpin está aquí para ofrecernos una salida.

—Drest —suplicó Caeli—, sabemos que entre todos los reyes desean matar a Kenneth, ¿no es así?

Kenneth frunció el ceño, ni siquiera había imaginado que esa manada de corderos pudiera esbozar un plan para matarlo. Calló cuando Caeli se lo rogó con la mirada, pidiendo paciencia a su esposo.

Drest guardó la espada en su vaina, dispuesto a hablar.

—Es cierto, y si te sirve de consuelo, hermana, no iba a participar de ese plan, a mi pesar, es tu esposo. A juzgar cómo lo defiendes, le debes lealtad a este hombre.

—Es por decisión propia, Drest, guardo a Kenneth la misma lealtad que te guardo a ti.

Caeli se separó de Kenneth y abrazó a su hermano, como tantas veces había deseado durante el último año.

—Drest, dile al rey lo que me has dicho a mí —susurró Maeve ante el emocionado reencuentro de los hermanos.

Kenneth tuvo que controlarse cuando vio a Caeli abrazada a su hermano, este los miró, sin abandonar una mano protectora sobre los hombros de ella. Era un gesto de cariño, y era su hermano, pero Kenneth hervía de celos. Drest, tomando aire, se dirigió a Kenneth.

—No quiero ser rey, Kenneth, tú elegiste tu destino como me dijiste en la batalla, te sientes cómodo porque deseas el poder, yo, sin embargo, sería feliz lejos de todo ello. Muy a mi pesar, la codicia de Lúa me ha hecho ver que si soy rey es porque mi padre lo fue antes que yo, ni tengo sus virtudes ni mis hombres entienden mi falta de liderazgo. Si pudiera elegir, me marcharía de aquí a vivir mi vida con Maeve.

Caeli afirmaba por la sinceridad de su hermano e hizo adelantarse a Maeve para que también diera su parecer.

—¿Y tú, Maeve? ¿Estás de acuerdo?

Kenneth contempló cómo la muchacha asentía. Creía a Drest, él

mismo se había preguntado por qué el muchacho parecía siempre tener la mirada triste, dubitativa. Cualquier otro rey hubiera pactado con él para luchar contra los vikingos y después le habría dado una cuchillada. Tal vez, es lo que Kenneth hubiera hecho sin dudar y sin remordimientos. Drest no mentía, sus ojos lo afirmaban, no quería ser rey.

Kenneth asintió.

—Si después de esta noche vives, no seré yo quien te detenga, Drest. Mis hombres no se acercarán a ti mientras no alces la espada contra nosotros. Os ayudaré a ambos a estableceros en algún lugar apartado, mañana salid del castillo con un caballo y vuestras pertenencias rumbo a Dunadd, allí os acogeremos hasta que todo pase. Existen lugares en esta isla donde no podrán encontraros, cumpliré mi promesa y no te perseguiré, siempre y cuando no asistas a la reunión de esta noche.

Caeli lo vio girarse para salir del establo sin esperar respuesta de Drest.

—¿Tan fácil, Kenneth?

—¿Qué quieres que diga, Caeli? Un rey menos a vencer, si no se presenta en la reunión, deberás hacerlo tú.

Estaba un poco decepcionada, ¿por qué Kenneth era tan frío? Vio salir a su esposo, pero este se detuvo en la entrada, esperando a que ella también saliera. Caeli se despidió de su hermano y de Maeve. Ahora tenían una esperanza, solo tenían que aguardar al amanecer.

—Drest ha aceptado, mañana desaparecerán Maeve y él.

—Vamos, Caeli, nos esperan un grupo de reyes que quieren matarme.

—¿Por qué ir? Vámonos, Kenneth, igual que Drest y Maeve, volvamos juntos a Dunadd.

—Es tentador, Caeli, pero hemos llegado hasta aquí y no voy a renunciar a mi reino. No cometeré el mismo error que mis antepasados, no dejaré que un día los vikingos conquisten la isla y amenacen Dunadd.

Kenneth hubiera deseado abrazar a Caeli, decirle que todo iría bien, pero ahora que ella iba a estar en la misma sala que él, con sus enemigos, con Lúa…, no estaba tan seguro.

—Vamos, Caeli, nos esperan en unas horas.

—¿A mí también?

—De una forma u otra, tú, Caeli, te has convertido en la invitada de honor. Ahora no solo eres «mi reina», sino también la de tu gente, Drest acaba de renunciar, ¿recuerdas?

Así que por eso Kenneth estaba tan molesto, comprendió Caeli. Había conseguido para su hermano la libertad y acababa de condenarse ella misma a liderar a su tribu. Lúa. Si no aparecía, Lúa, la

siguiente hermana, tomaría el poder.

—Vayamos pues, Kenneth, pero ten la amabilidad de contarme tu plan para salir vivos de esa sala.

—¡Oh, no te preocupes! Tu amiga Katy ya debe haber engatusado a Aeden y ya conoce la disposición de las sillas en la mesa de la cena.

—¿Qué?

Kenneth negó con la cabeza, no iba a explicar su plan en mitad del patio, así que indicó silencio a Caeli y con un beso selló sus labios.

—Llegamos tarde, Caeli.

—¿No has dicho que quedan horas para la reunión?

—Y así es, pero, antes, querida esposa, quiero tenerte un instante para mí.

—Kenneth, ¿por qué tengo la sensación de que nos dirigimos a la muerte?

—Porque es así, mi reina, solo espero que sea la del resto y no la nuestra.

Capítulo XXXIII

Las antorchas de todo el castillo estaban encendidas iluminando todos los rincones de cada sala sin que nadie pudiera refugiarse en las sombras. Caeli caminó junto a Kenneth, atravesaron el salón donde momentos antes él disfrutaba escuchando a los necios de los otros reyes narrar sus hazañas. El fuego ardía con viveza en las dos grandes chimeneas a ambos lados de la sala, los hombres alrededor de ambas. Caeli frunció el ceño, aquel salón olía a cerveza y orines, a la cera de las velas que se consumía por doquier y a humanidad por todas partes. Demasiados jefes, demasiada bebida y demasiado rato sin nada que hacer. Aparte de Caeli y las mujeres o prometidas de algunos reyes, con sus doncellas, no había más mujeres que las que servían las jarras.

Kenneth apresuró el paso al pasar por el salón, el suelo de piedra cubierto por juncos para proteger en la medida de lo posible la suciedad que al final de la noche se acumularía por todos los rincones. Caeli lo siguió, con la capucha echada, no quería ser reconocida por ningún jefe picto y enfrentarse a ellos, podrían además sospechar de la ausencia de su hermano Drest, sobre todo Lúa. Bajó la mirada cuando oyó su voz desde el extremo opuesto del salón, bebiendo con los soldados y riendo con desparpajo, Lúa siempre había estado entre hombres, aprendiendo de su osadía y forma de conducirse, para luego adaptarlas a su sensualidad innata para manejarlos a su antojo. Caeli deseó acercarse a ella, terminar con su reinado de terror sobre su otro hermano Drest, sobre Maeve, sobre su pobre pueblo.

En las últimas horas, Caeli había sido testigo del poder que había conseguido Lúa, las bajezas cometidas, las atrocidades echas al pueblo más graves que cualquier cosa que le hubiera hecho a ella antes.

—No permitiré que te enfrentes a tu hermana Lúa, Caeli, camina conmigo y olvida que está aquí —Kenneth la advirtió tirando de su mano—. No estropearás mi reunión. Aquí está rodeada de sus guardias, amparada por la inmunidad de los otros reyes, no es el momento, Caeli.

Caeli frunció el ceño enfadada. ¿Su reunión? Kenneth solo pensaba en hacerse con el trono, todos aquellos jefes que bebían en aquel salón estarían muertos antes de despuntar la siguiente alba. En parte, Caeli

lo entendía, si Kenneth tenía el mismo deseo de venganza que ella con respecto a Lúa, no era de extrañar, solo que el rey ambicionaba sus cabezas para coronarse él. Nadie agraviaba al rey Kenneth Mac Alpin y sobrevivía un solo instante para contarlo.

Se detuvo para mirar a su marido, amparada por la oscuridad de la capa.

—Llegado el momento, no me detendrás, he de enfrentarme a Lúa.

Kenneth suspiró mientras la dejaba pasar delante para subir las empinadas escaleras que conducían a sus aposentos. Aún tenían unas horas hasta que la cena diera comienzo y mientras Aeden preparaba todo, Kenneth no iba a desaprovechar esos momentos para estar con su esposa dado que era posible que el muerto fuera él y no sus oponentes.

Kenneth recibió el saludo de aquellos con quienes se cruzaba, y Caeli no podía obviar que ambos sujetaban la empuñadura de sus dagas al encontrarse con cualquiera, ya fueran monjes o soldados. Nadie confiaba en nadie en las entrañas de ese castillo. Unos se apartaban de otros con miradas de recelo, y Caeli se encontró protegiendo con su propio cuerpo el de su esposo, tantas veces como Kenneth lo hacía con el suyo. La tensión fue acrecentándose mientras dejaban atrás a amigos y enemigos. Llegaron con las respiraciones agitadas al corredor donde estaban las habitaciones de Kenneth y, una vez que el rey traspasó la puerta de firme madera, cerró tras él.

Caeli lo vio cerrar a sus espaldas sin evitar soltar todo el aire que contenían sus pulmones. Rio Caeli, al ver al rey relajar sus hombros al fin, como si hubiera atravesado el infierno, entonces su mirada cambió. Kenneth la observaba fascinado ante su risa, sus ojos eran dos pozos de azul oscuro, lujuriosos y cargados de emoción. Si el corazón del rey golpeaba con tanta fuerza como el suyo, al final acabarían alertando a medio castillo. Una extraña satisfacción envolvía a Caeli al saber que había protegido a Kenneth, que lo haría con su propia daga y su valentía, y él a ella con su fuerza y autoridad. Había algo que comprimía su corazón y no solo era creer que estaba enamorada de él, sino la convicción de que se respetaban mutuamente como guerreros y se tenían la suficiente confianza como para caminar entre sus enemigos de espaldas el uno al otro. Caeli entendió entonces las palabras de Ananad, el destino los había unido por alguna razón, para encontrar en el otro a aquel que, aunque tuvieran los ojos cerrados, podían confiar en el otro. No importa si eran escoto y picta, o si eran esposos, si Kenneth era un rey sanguinario o ella una pagana, era algo mucho más fuerte aquello que unía a ambos, un hilo imperceptible que, aunque nunca se pusieran de acuerdo, los atraía irremediablemente.

Kenneth se acercó de un paso, tomó el rostro de Caeli entre sus

manos. ¡Cuánto había echado de menos su sonrisa! Quería capturar ese instante para cuando la muerte lo acosara. Posó su dedo sobre la fina piel de los labios de Caeli y presionó sus labios, tan añorados en sus sueños desde que la había dejado en Dunadd.

—¿Cómo escapaste de tu encierro, Caeli?

Ella lo miraba desafiante, la barbilla en alto, sin atisbo de temor, con los labios abiertos buscando su boca.

—Sabes que fue Ananad. —Ahora tan cerca de la muerte no podía contar a Kenneth sus sospechas acerca de que los dioses se habían llevado a Ananad—. No me preguntes cómo, Kenneth, he pasado todo el viaje hasta aquí imaginando que me castigarías, que ibas a encerrarme en las mazmorras…

—Caeli, este castillo tampoco tiene mazmorras.

—Solo necesitas una llave, «mi rey» —osó decir Caeli presionando sus labios contra los dedos de Kenneth.

El rey jamás había visto a su esposa tan hermosa, bajó la capucha de su capa para ver mejor sus claros ojos. Atrapó su muñeca, necesitaba parar la sutil caricia sobre sus dedos y detener aquella vorágine que aceleraba su sangre. Consciente de la mirada intensa de Caeli, pensó que quizá serían sus últimas horas y las de ella sobre la faz de la tierra, que quizá por solo una vez debía dejarse llevar por los latidos de su corazón. Con las manos acarició las mejillas de Caeli, contuvo aquel rostro que a veces mostraba una expresión de tozudez y, con una sonrisa que se escapaba de sus labios, pasó la mano por el ceño de su esposa que tantas veces se fruncía para mostrar su oposición a él. Sus respiraciones estaban tan cerca que eran una, se acercó atraído sin poder resistirse y la besó. Un beso que nacía no solo de la lujuria, sino que pretendía ahondar en el alma de Caeli, porque, de repente, no solo le importaba el latido de su placer, sino que anhelaba que ella le perteneciera total y absolutamente con su amor. Agarró su cintura con una mano y sujetó su rostro para besarla una y otra vez con intensidad. Caeli acercó su cuerpo hasta que se confundieron en uno solo. Traiciones, venganzas y todo lo demás desapareció con el beso y Kenneth la cogió entre sus brazos para llevar a Caeli al lecho. Cayó junto a ella con una estúpida sonrisa de muchacho imberbe, que no quería borrar de su rostro ni pensar que, si uno solo de sus súbditos fuera testigo, lo tacharía de bobo o débil. Poco a poco deslizó la camisa blanca por los hombros de Caeli, dejando sus pechos al descubierto, cubriendo de besos su cuello, su pecho, su vientre, recibiendo las poderosas caricias de ella. Caeli agarraba su pelo, recorría las marcadas bandas de su estómago y se aferraba a sus brazos con pasión, correspondiendo con besos al azar, marcando su piel cubierta de cicatrices. Kenneth tembló cuando descubrió todo su cuerpo, libre ya de las vestiduras, surcado por finas

líneas azuladas dibujadas que definían a su esposa. Jamás conseguiría que ella dejara de marcar su piel, llevaba su sangre picta dentro de sí, y era una de las cosas de las que más gustaban a Kenneth, Caeli nunca se doblegaría ante él, quizá la única persona capaz de desafiarlo ante sus terribles actos.

Kenneth se separó de ella un instante, necesitaba mirar sus ojos plata, reconocer aquello que se negaba a comprender, cómo alguien tan pequeño en su estatura podía ejercer tal poder sobre él, el rey de todos.

—Kenneth, no pienses más, aquí no eres el rey, solo eres mi esposo.

Caeli había pronunciado esas palabras en un susurro, el rey la besó para que no siguiera hablando, no quería recordar lo que les esperaba en unas horas. Colocó su rodilla entre las de Caeli y, con suavidad, la penetró hasta sentir como ella lo abrazaba en su interior. Caeli arqueó la espalda para que no cesara sus movimientos y Kenneth la giró sobre él. Sorprendida por tenerlo a su merced, bajo su cuerpo, ella sonrió, tomando el control de su cuerpo y el del rey. Se movió con libertad, buscando su propio goce y el de Kenneth, de forma sinuosa y escandalosa. Primero, lentamente, después con la voracidad de un lobo. Caeli hizo que ambos alcanzaran el cielo del reino sintiendo que por unos breves instantes solo eran una mujer y un hombre y no los reyes de los escotos.

Capítulo XXXIV

Caeli respiró hondo cuando, cogida del brazo de Kenneth, entraron en el gran salón rumbo a la sala donde se celebraría el supuesto encuentro entre los reyes. «Perro» siguió a Caeli en silencio, enredándose entre sus piernas.

—¿Has traído tú a «perro»? —susurró Kenneth molesto con el can que insistía en cruzarse en su camino.

—Va tras de mí a todas partes, no pude evitar que nos siguiera a Katy y a mí. Le he puesto nombre, «Ryan».

A pesar de que sus enemigos los acechaban, Kenneth rio ante la ocurrencia de su esposa, Ryan significaba en su lengua «pequeño rey».

—Me gusta, Caeli.

Caeli asintió con una leve sonrisa, estaba nerviosa. Por primera vez en casi un año, volvería a encontrarse con su hermana Lúa cara a cara. Elevó el rostro al sentirse observada, como la reina que se suponía que era, y, entonces, comprendió la mirada distante de Kenneth a su lado, cuando pareces frío a todas horas, te vuelves frío. Caminó junto a él sin mirarlo, se suponía que Kenneth sabía lo que iba a pasar en aquella sala, y, sin embargo, Caeli no dejaba de mirar de soslayo a su alrededor, ¿cómo pretendía matar a todos esos reyes pictos sin que sus hombres entraran a matarlo? Aeden se unió a ellos, caminando en silencio tras las manos unidas de Kenneth y ella. Al pasar, Caeli vio a Katy que los observaba preocupada. Drest y Maeve debían de estar ya lejos y Lúa sabría ya que habían desaparecido.

Kenneth ejercía una leve presión en su brazo mientras caminaban, para que fuera consciente de su determinación y cuánto se jugaban en aquel instante.

—Son los bancos, cuando estén todos sentados, el suelo se abrirá a sus pies, y los reyes pictos caerán al foso bajo la sala. Una antigua cripta de los monjes, Aeden ha dispuesto la trampa, al caer, las astas preparadas abajo los atravesarán —Kenneth confesó su plan, al fin, rumbo a aquella sala maldita.

—¡Cielo santo! —gimió Caeli intentando no imaginar muerte tan dolorosa. Kenneth era un bárbaro, todo para conseguir esa maldita corona, ser el rey de todos.

Caeli miró de nuevo el perfil de Kenneth, su nariz ligeramente

torcida, los labios unidos en una línea recta, no podía reconocer a ese hombre como aquel que horas antes sonreía con el pelo revuelto en el lecho, con ella sobre su pecho desnudo. Eran un regalo, todos y cada uno de los momentos que Kenneth le había otorgado en la intimidad, tan diferente a la crueldad que ahora mostraba.

Caeli se detuvo, recordando las palabras de Ananad, tal vez ella era la única persona que podía llegar al corazón del rey y del hombre. Observó el atuendo de Kenneth, la camisa, los pantalones de buena calidad, el broche sobre la manta que cubría su corazón, con el emblema de la casa Mac Alpin, rojo sobre amarillo. «Perro» brincaba tras él y Kenneth lo acarició en la cabeza con cariño.

—Kenneth, no puedes hacerlo.

Su esposo se detuvo al instante, Caeli creyó ver como en sus ojos se mostraba la decepción más absoluta. Se giró para cogerla de los hombros abruptamente.

—Caeli, son ellos o nosotros, alguien debe reinar para frenar las invasiones vikingas, y si yo puedo aprovecharme para ser rey, lo haré. ¿Quieres seguir viendo a tu pueblo agonizar de hambre y enfermedades? ¿De verdad, Caeli?

Kenneth odiaba las demostraciones de afecto en público, pero Caeli necesitaba tocarlo, se puso de puntillas para rozar con los dedos su mejilla, ya marcada por el inicio de la barba. No se retiró ante su sorpresa, pendiente de su rostro.

—Kenneth, si quieres conquistar toda la isla, tener tu adorada Escocia…, no puedes matar a todos cuantos encuentres en tu camino.

—Ya he surcado un camino cubierto de sangre y venganza, Caeli.

Caeli pegó su cuerpo al de él para que nada a su alrededor distrajera a Kenneth.

—Lo sé, pero es el momento de parar, Kenneth, no serás recordado como un ser sanguinario a partir de ahora, mi pueblo te necesita, tu gente también. Serás el rey que unifique la isla, nunca he dudado de ti. Lo conseguirás, Kenneth, pero no matando a siete reyes de una forma nada noble.

A su lado, alguien empujó al pasar a Caeli, y Kenneth estuvo a punto de reaccionar. Caeli posó sus manos a ambos lados del rostro de su esposo con ternura. Sabía perfectamente quién se había atrevido de soslayo a golpearlos. Vio a Lúa alejarse. A los lados, esquivándolos, comenzaron a pasar los reyes de los pictos. Caeli no se movió, pendiente de la mirada de Kenneth, preocupada porque su alma se perdiera en aquella sala para siempre. Nadie lo conocía como ella, Kenneth jamás sería capaz de perdonarse un asesinato de tales dimensiones.

—No entremos, Kenneth, vámonos a nuestro hogar. Un día entrarán en razón, lucha si así lo deseas con cada uno de ellos en el campo de

batalla, pero no así, matándolos en un lugar sagrado.

Kenneth tenía la mandíbula tensa, apartó las manos de Caeli con delicadeza y las acercó a su pecho, donde ella sintió los latidos de su corazón.

—Si los mato, jamás me perdonarás, ¿verdad?

—Tú tampoco serás capaz de mirar tu propio reflejo. Eres capaz de lograr todo aquello que te propongas, pero no así, Kenneth. No solo cuenta ser rey de todos, tienes que ganarte su respeto y su lealtad. El amor del pueblo es el más difícil de conseguir, el día que lo tengas, tendrás una nación unida.

Caeli veía la tormenta en que se sumergía su esposo. Él intentó mirar hacia las puertas abiertas de la sala donde debía ir. Kenneth cerró los ojos cogiendo aire, Aeden, tras ellos, lo miraba con esperanza. El sacerdote salió en busca de Kenneth y este le ordenó callar, escucharon como volvía a entrar disculpando al rey escoto.

—No permitirás que lo haga, ¿verdad, Caeli?

—Nunca, mi rey.

—Si tengo que elegir entre matar a esos hombres y mañana ser coronado rey de los escotos y de los pictos… y tú, mi reina, te elijo a ti, Caeli.

No acabó Kenneth de decirlo cuando Caeli lo abrazó agradecida.

—No te arrepentirás, Kenneth, te ayudaré a conquistar cada reino, a convencerlos, a todo cuanto…

El sonido de las puertas retumbó en el gran salón, Kenneth se giró para ver como Aungus, su anterior fiel guerrero, desterrado hacía meses de Dunadd, cerraba la sala de la reunión con una sonrisa torva.

—¿Qué haces, Aungus? ¿Cómo es posible que estés aquí? —La voz de Kenneth bramó en el silencio que siguió al cerrarse las puertas.

—Mi lealtad ahora es para Lúa, reina de los pictos —afirmó desenvainando la espada.

Gritos de terror apagaron las voces del castillo, a su alrededor todos miraron hacia el lugar de donde procedían, el interior de la sala donde Kenneth debía estar ya, y no hablando con Caeli. Lúa estaba acabando con los reyes dentro usando su trampa, alguien le había traicionado. Kenneth apartó a Caeli y caminó hacia Aungus, desenvainó su espada ante su antiguo soldado.

—Suficiente dolor has causado ya, Aungus, una vez confié en ti, luchaste a mi lado.

Aungus se preparó para atacar y chocó su espada con la de Kenneth.

—Mi rey, debiste matar a esa zorra picta antes de que te convirtiera en un ser débil.

Caeli y Aeden observaron como ambos daban vueltas, chocaban sus espadas, admiró la tranquilidad de su esposo cuando estocada tras

estocada hizo retroceder a Aungus contra la pared. El rostro de Kenneth era tenso, concentrado, cuando pareció emplear toda su fuerza en un último ataque con su espada. Caeli apartó la mirada cuando la espada de Aungus cayó y, sin contemplaciones, ante la expresión horrorizada del guerrero, Kenneth le cortó la cabeza con el afilado filo de su espada.

Las puertas se abrieron de golpe frente a Kenneth, Mortaleg, el secuaz de Lúa. y sus hombres salieron en ese instante triunfantes, aún se oían gemidos en el interior y estertores de muerte, sonidos de agonía y dolor. Tras ellos, Lúa, con una sonrisa triunfante y la espada manchada de sangre.

Kenneth empujó a Caeli detrás suyo, Aeden y él formaron una pared para protegerla, mientras Lúa se abría paso entre su guardia de la muerte.

—¡Ah, Kenneth, rey de los escotos! ¡Sabía que no serías capaz de hacerlo tú mismo! Están todos muertos. —Lúa sonrió con los ojos tan abiertos que Caeli recordó su sueño, aquel que se había repetido noche tras noche, su hermana Lúa con los ojos vacíos y una sonrisa que erizaba el ánimo de cualquiera—. Uno de los monjes me lo contó, tu plan, a cambio de unas tristes monedas, pero siempre supe que no lo harías, desde el instante que ayudaste a mi hermano Drest a escapar. Muy inteligente, usar la cripta bajo el salón para que todos cayeran a la vez, me ha evitado una lucha inútil, rey Kenneth.

Los hombres de Lúa, aún con las espadas desenvainadas, amenazaron a Kenneth y Aeden, Caeli sabía que nada detendría a su hermana, más de doce guerreros contra ellos.

Caeli apartó a Kenneth y se situó frente a ella, Lúa se carcajeó sin dejar de oscilar la punta de su espada ante ellos.

—Hermana, ¡Caeli! —pronunció con sorna—. Nunca has tenido valor, siempre has sido una cobarde, ¿es que el matrimonio te ha traído valentía?

Caeli desenvainó su espada corta y, en silencio, levantó el filo. Kenneth intentó coger su brazo y ella lo miró con una sonrisa.

—Kenneth, es hora de que me enfrente a ella, esto es entre mi hermana y yo.

—¡Tú y yo, Lúa!, una contra la otra, como siempre has querido.

Para sorpresa de los soldados y de Aeden, Kenneth soltó a Caeli y asintió, aquello ya no era una lucha por un reino, sino la venganza de su esposa sobre su hermana. Solo él podía comprender que era la hora de Caeli, de luchar por ella misma, tantos años de silencio, evitando las luchas, soportando sus burlas y artimañas, había llegado el momento de que Caeli liberara al resto de su familia y a su gente de la oscuridad de Lúa.

—¡Me provocas risa, hermana! Caeli, ¿pretendes luchar conmigo?

Mortaleg intentó parar a Lúa.

—No luches contra ella, no hay necesidad, los mataremos igual que al resto de los reyes.

—¡Aparta, imbécil! Caeli no sabe ni sostener la espada.

Caeli inspiró hondo, jamás pensó que acabaría enfrentándose a Lúa, vio a los hombres de su hermana dispersarse formando un círculo en espera de la lucha. Caeli sintió que todos a su alrededor esperaban con impaciencia, allí se decidiría el destino de los pictos, Lúa había matado al resto de reyes, solo quedaban ellas dos para gobernarlos. Y si Lúa ganaba, estarían condenados a tener una reina sanguinaria.

—Lúa, vamos —animó Caeli a su hermana como nunca lo había hecho, con la mano, azuzando su ira. Funcionó porque Lúa la miró dubitativa, jamás había visto a Caeli comportarse de tal manera, con esa seguridad y valentía.

—Voy a cortarte en pedazos, Caeli, llevo toda una vida deseando hacerlo. ¿Te acuerdas de los lobos? Cuando los maté, pensaba en ti, en cómo me quitabas el amor de padre, de nuestros hermanos, de nuestro pueblo…

—Lúa, podías haber compartido ese amor y no ser vengativa, envidiosa, cruel…

Aquellas palabras hicieron que Lúa perdiera la paciencia, descargó su espada contra ella con todas sus fuerzas, una y otra vez, haciendo que Caeli retrocediera un tanto. Lúa se sentía ganadora, Caeli lo veía en su mirada y su furia, poco a poco confiándose en la lucha a pesar de que Caeli solo la estuviera conteniendo.

—Caeli, encontraré a Drest, mataré a nuestro hermano, a todos cuantos amas.

Se había acabado el juego, Caeli respondió al choque de sus espadas, en cualquier momento Kenneth perdería la paciencia y no dudaría en atacar él mismo a Lúa. Caeli sentía mermar sus fuerzas, no podía seguir con esa lucha interminable. El último choque de hojas no acabó como Lúa esperaba, enseguida Caeli se llevó la mano a la cintura y sacó su pequeña daga. No había convivido con el rey más temible de la isla sin aprender algo de él, a veces es necesario ser un poco malvado para poder vencer al mal. Caeli levantó su espada, atacó con ambos filos a Lúa y acabaron con sus cuerpos pegados la una a la otra ante la mirada de los soldados.

—Durante años pensaste que era cobardía cuando solo era mi cariño por ti, por mi sangre. Lo siento, Lúa, siempre pude defenderme, fue solo que te quería demasiado, hermana.

Caeli susurró esas palabras al oído de Lúa, con verdadera tristeza y decepción, siempre pensó que podía salvar a Lúa de sí misma. Nunca tuvo la menor oportunidad, tenía el corazón oscuro. Caeli la sujetó un instante más entre sus brazos, hasta caer de rodillas sujetando a Lúa

cuanto podía. Cerró los ojos para no seguir mirando el pozo negro que envolvía a su hermana. Dejó que su cuerpo cayera al suelo y se alejó de Lúa, sin querer mirar cómo se apagaba su respiración. Se encogió soltando la espada con todo el dolor de su corazón.

Lúa, caída en el suelo, aferró con sus últimas fuerzas la empuñadura de su daga para clavarla en la espada de Caeli. «Perro» se abalanzó sobre ella y Lúa cayó al fin desmadejada contra el suelo de piedra al sentir los colmillos del animal en el cuello. Caeli miró una vez más a su hermana con lágrimas en los ojos, acarició el pelaje de su fiel can para que se apartara. Caeli, sentada en el suelo junto al cuerpo de Lúa, comenzó a llorar. Nunca quiso que acabaran así, y, sin embargo, siempre se resistió a que aquello sucediera. Drest era libre al fin, al igual que su pueblo.

Unos poderosos brazos la recogieron del suelo, y Caeli se refugió en el pecho de Kenneth como si fuera capaz de olvidar lo que acababa de ocurrir en aquella fortaleza cuyos suelos se habían cubierto de muerte y sangre.

—¡Caeli, hija de Drest, reina de los pictos!

Alcanzó a oír a Aeden, después, aquel clamor que se fue extendiendo por todo el salón, había salvado a Kenneth de cometer unos crímenes atroces para acabar manchando sus manos con la sangre de su hermana. Una hermana cruel que había vivido atemorizando a su pueblo y a su hermano mayor.

Aeden aceptó la rendición de los hombres de Lúa, incluido Mortaleg, y Kenneth sacó de allí a Caeli.

—Caeli, esposa, ahora tendré que ser yo quien cure tu alma — Kenneth pronunció aquellas palabras en un murmullo, sin soltarla, apretando su cuerpo como si deseara protegerla de cualquier cosa con sus brazos.

Capítulo XXXV

Caeli caminó entre su gente, mirando cada rostro que surgía a su paso, la de los miembros de la tribu de Ce que tanto conocía y los de los escotos. Eran demasiados, entre aquella amalgama de tribus venidas desde los siete territorios a los que reconocer, quizá no volvieran a verse nunca. Ascendió el camino, levantando el ruedo de su vestido con una mano mientras la otra reposaba en el brazo de Kenneth. Caeli sentía como temblaba, y él, con la otra mano, calmó su ansiedad sin apartar su vista del frente. Ahora ese era su pueblo, una mezcla de escotos y pictos, unos adornados con pieles y otros con sus pinturas azules. Después de la muerte de sus líderes, habían aceptado de buen agrado el Gobierno de Kenneth ante la amenaza de los vikingos en sus costas. Y el de ella, una picta, una de ellos.

Entonces vio la piedra, Kenneth había dispuesto que la trajeran a Scone a pesar de su peso, y sobre ella se habían tallado, para sorpresa de Caeli, símbolos pictos, el águila y el pez. Se giró con sorpresa hacia su marido.

—Es lo justo, princesa, gobernarás a mi lado, con libertad.

Caeli se conmovió ante la decisión de Kenneth, jamás se había arrepentido de dar su amor a aquel hombre tan justo y, a la vez, tan obstinado. Cuando el rey se vio obligado a elegir entre su reino, su sueño, el anhelo de toda una vida, él la había elegido a ella sin dudar. Caeli jamás lo olvidaría.

Solo entre aquellos rostros faltaba el de Ananad, ella tendría que haber visto ese momento, con toda seguridad las lágrimas hubieran iluminado su rostro arrugado y empañado sus ojos sin vista. Mientras los cuerpos de los reyes eran quemados con toda la dignidad que merecían, tras ser asesinados por Lúa, les llegó la noticia de la muerte de Ananad en la torre. Ambos lo sabían mucho antes, cuando, sobre sus cabezas, volaron sin cesar los cuervos durante horas, y Caeli contó a Kenneth como su madre había confiado en que se convertiría en un rey justo.

Caeli y Kenneth recorrieron los últimos pasos para situarse frente a los tronos. Aeden portaba la corona del rey y Katy la de ella, más pequeña y cubierta de joyas que Kenneth había ordenado engastar en ella. Kenneth ayudó a Caeli a subir y sentarse sobre la piedra, después

él hizo lo mismo. Mientras el sacerdote coronaba a Kenneth, Caeli no pudo apartar la mirada de él, tan serio y pensativo. En ese momento, se cumplía el sueño del rey.

—Por la gracia del Señor, te corono, Cinaed Kenneth Mac Alpin, rey de Galloway, de Dalriata y de todos los pictos.

Caeli iba a hablar cuando Kenneth puso la mano sobre la suya.

—Espera, Caeli.

El sacerdote se retiró, dejando que Katy posara la corona sobre la cabeza de Caeli, Kenneth aún tenía la mano sobre la suya, sintió su calor, una corriente que llenó su corazón de alegría. ¿A qué esperaban? ¿Es que Kenneth no se sentía incómodo con toda aquella gente delante de ellos, observando sus rostros?

En algún lugar entre la gente, alguien golpeó un escudo con su espada, tras él, otro, los vítores se elevaron sobre el silencio y se chocaron las espadas. Los saludos con las armas, el reconocimiento de su pueblo y su felicidad no tardó en extenderse colina abajo entre hombres, mujeres y niños.

Caeli entonces comprendió a qué esperaba su esposo.

—¡Cielo santo, Kenneth! ¡Sigues siendo un engreído!

Entonces Kenneth rio, como solo él hacía, ante las quejas de Caeli, no pensaba privarse del reconocimiento de su nuevo pueblo. Se inclinó hacia ella y la atrajo hasta él.

—Te has puesto toda encarnada, «mi reina».

—¿Qué quieres? ¡Gritan tu nombre y el mío!

—Tendrás que acostumbrarte, mi amor.

Kenneth, demostrando que tenía poca vergüenza, que una vez más era coronado rey y que al fin aquel niño que pasaba inadvertido sufría las palizas de los mayores y los demás se reían de él, besó a Caeli ante la mirada de todos. Caeli se sintió feliz por él, lo había conseguido con su esfuerzo y resolución. El camino para ambos sería difícil, Kenneth era demasiado «rey» a veces, pero ella estaba allí para contrarrestarlo, no detrás como la esposa de Kenneth, sino a su lado, como una igual. El regalo más grande que Kenneth podía hacer a Caeli.

Kenneth interrumpió el beso a su esposa, ya demasiado efusivo para tantos ojos ante ellos, y, con una reverencia, la ayudó a descender de la piedra del destino.

Caeli sintió el pequeño mareo que la acompañaba desde hacía unas semanas, en su interior crecía su primer hijo con Kenneth. Tendría que contárselo cuanto antes, pero aún quería disfrutar un poco más de aquel secreto que solo conocía ella. Seguro que Kenneth lo proclamaría a los cuatro vientos, el primer hijo o hija de aquella dinastía Mac Alpin, reyes de Escocia, que perduraría a lo largo de los siglos.

Epílogo

Caeli admiró una vez más el palacio de Strathearn, lo bastante cerca de Scone y la piedra del destino que Kenneth había ordenado colocar allí para coronar a los futuros reyes de su Escocia. Su nuevo hogar era hermoso, práctico y lo suficientemente grande para albergar el enorme ejército del rey.

Los primeros tiempos no habían sido fáciles, la cultura de sus pueblos era tan diferente como el día y la noche, pero la gran mayoría aceptaron de buen grado la unión de ambos bandos. Los vikingos continuaban asediando la isla, eran ya pequeñas incursiones en que eran derrotados por los soldados que Kenneth había repartido por las costas, en los grandes ríos había construido torres capaces de defender las aldeas y, por primera vez en años, la gente empezó a sentirse segura. Las cosechas comenzaban a crecer y volvían a comerciar con otros pueblos.

Pasó entre los hombres que construían la muralla, Caeli nunca había visto un muro tan alto y ancho. Esquivó varios carros con piedra y suspiró cuando al fin atravesó las puertas dobles al patio del castillo. Dentro se construía una pequeña capilla, Caeli jamás pensó que sería ella quien tomara la iniciativa de construir un lugar religioso. Libertad para honrar a los dioses que se deseara, ese fue su deseo, si los pictos deseaban reunirse en el bosque y adorar la naturaleza, podían hacerlo, igual que los cristianos acudir a las misas del sacerdote.

—¡Madre!

Caeli se giró con un suspiro, se frotó el estómago al sentir al bebé moverse ante la voz de su hermano mayor. Ya faltaba poco para que naciera, tan poco que Kenneth, obsesionado con que diera a luz en sus cómodos aposentos de su nuevo castillo, daba órdenes desbocado para que se dieran prisa. Caeli sonrió, no llegaría como el rey deseaba, de eso estaba segura. Ese bebé nacería como su hijo mayor, bajo el cielo de Escocia.

—¿Qué ocurre, Malcolm?

Caeli se inclinó con dificultad para mirar directamente a los ojos de su pequeño, a sus cuatro años era un niño perspicaz e inteligente, tan parecido a su padre que a veces Caeli creía desesperar al ver en él los mismos rasgos obstinados de Kenneth. Solo sus ojos eran iguales a los

de Caeli, tocados por el cielo azul y la plata de la luna. Malcolm, algún día, sería el próximo rey de Escocia.

—El rey te espera en la capilla.

Se desesperó al ver que su hijo llamaba a Kenneth así y cogió su manita, manchada de barro.

—Vete a limpiarte, «príncipe» —le ordenó con ironía antes de besar su mejilla—. Tus tíos están a punto de llegar.

Su hijo tiró de sus vestiduras para hacer que Caeli se agachara.

—¿Es cierto, madre, que el tío Drest era rey? El tío Aeden me lo contó, y tía Katy dice que pondrá a la primera niña que tengan el nombre de la tía Maeve, el de una reina.

Caeli elevó los ojos al cielo temiendo que Kenneth, acercándose con paso ligero, hubiera escuchado a su hijo. Tenía que hablar con Aeden, su hijo no estaba preparado para escuchar historias sangrientas.

—Lo fue, Malcolm, algún día te contaré la historia de cómo tu padre salvó al rey Drest y a mi amiga Maeve y se convirtió en rey de Escocia.

En cuanto Kenneth llegó a su lado, Caeli supo que había oído todo, pero, en los últimos tiempos, como si Kenneth hubiera puesto la piedra que culmina una gran montaña, estaba más tranquilo.

—Kenneth Mac Alpin, qué tramas con esa sonrisa.

—Creo que iré de caza con «perro», al sur, cerca de la frontera con los britanos.

Caeli se puso de puntillas, besó sus labios con dulzura, pensando lo feliz que aquel hombre la hacía.

—«Mi rey». —Caeli hizo una graciosa reverencia ante su esposo.

Kenneth la abrazó con adoración.

—Te amo, Caeli, reina de los pictos. Juntos hemos creado una sola nación, una familia fuerte y… sabes que renunciaría a todo por ti y nuestros hijos, ¿verdad?

Kenneth cerró los ojos con fuerza, jamás había pensado que él, el hijo más pequeño, el más débil, llegaría a agradecer a los dioses la esposa que tenía. Abrazó a Caeli con el sentimiento de hacer que cada día perdiera el sentido por él. Ella acarició su mejilla con cariño, siguiendo el rastro de cada una de las cicatrices que portaba en su rostro.

—Te quiero, Kenneth. Ahora siento que nuestro hogar se hallará donde seamos felices. No necesito una corona para saber que siempre reinarás en mi corazón… ni este enorme castillo.

Kenneth la estrujó entre sus brazos con una sonrisa llena de amor.

—Picta, jamás soñé que la felicidad podía ser permanente —dijo cambiando de tema.

—No siempre seremos felices, pero lo intentaremos, mi rey.

—¡Ah, Caeli!, prometo regalarte cada día una sonrisa. Y muchos

hijos que llenen nuestros días de felicidad.

—¡Mi rey, ten cuidado, empiezas a parecer un hombre enamorado!

Entre risas, Kenneth la alzó en sus brazos y acabó besando a su esposa en mitad del patio de armas entre el clamor de los hombres y mujeres de su pueblo.

El sonido del mohín disgustado de su pequeño hijo llegó hasta ellos y Caeli lo ignoró entre risas. Amaba a Kenneth más que a nada en el mundo, con sus imperfecciones, su tozudez y su sentido de la justicia. Toda una vida no bastaba para ser feliz a su lado.

Al día siguiente lo vio partir, debía haber sabido que Kenneth, su obstinado rey y esposo, jamás estaría satisfecho hasta hacer de Escocia el reino más grande de la isla. Ahora pensaba expandir sus fronteras hacia Britania. Caeli acarició su enorme barriga, sonrió confiada por acertar con su predicción, Kenneth debería volver enseguida, su segundo hijo nacería como el primero, bajo el cielo azul de Escocia.

Fin

Notas de la autora

Si hay algo que me gusta más que escribir, es investigar sobre Escocia. Esta historia es ficción, por supuesto existió el gran rey, Kenneth Mac Alpin, de hecho fue el fundador de una dinastía de reyes que gobernaron Escocia hasta el siglo XI (o al menos lo intentaron) con mayor o menor fortuna. Unificó Galloway, el reino de Dalriata y el de los pictos en el año 834. Se casó con una picta, cuyo nombre no era Caeli y a la cual he dado este nombre más amigable que el original. También Drest, el hermano de Caeli, fue real y se habla de él en todas las crónicas, como un rey justo y noble, el décimo de su estirpe.

La historia cuenta que Kenneth Mac Alpin tenía bastante genio, un carácter fuerte y un tanto soberbio. Su excusa para conquistar a los pictos fue que secuestraron a su querido «perro», sí, ese adorable can que aparece en la historia y, tras su enfado, invadió su reino. En realidad, se cree que invitó a todos los reyes pictos de la época y, mediante una trampa, los mató a todos sin piedad. Durante la cena en Scone, con un ingenioso mecanismo, sus asientos se movieron y todos se hundieron en un foso que había bajo el gran salón, cayendo en manos de sus enemigos o atravesados por picas. Si algo he aprendido de la historia de Escocia, es que nunca era bueno que tus enemigos te invitaran a cenar, son muchas las venganzas entre clanes que en los siglos posteriores se resolvieron de la misma forma.

En realidad, si Kenneth hubiera sido un rey tan cruel y caprichoso como cuentan, no creo que los pictos lo admitieran tan fácilmente, de ahí que creara la figura de Caeli a la que su pueblo adoraba. Si en algo coinciden la mayoría de los historiadores, es que Kenneth Mac Alpin unificó las tierras y dio nombre a Escocia, por su pueblo de origen, los escotos.

Todos sabemos que la historia no se construyó solo con guerras, conquistas, reyes y monarcas temibles, sino también con amor, y, muchas veces, más de las que pensamos, gracias a una gran reina.

Muchas gracias por acompañarme en esta pasión que es Escocia y su historia.

Espero que sigáis mis próximas historias y disfrutéis tanto al leerlas como yo al escribirlas. Hasta nuestra próxima aventura «Guardianas de Escocia».

Otras obras de la autora

Primer libro «Guardianas de Escocia»
Un clan en mi corazón.
Segundo libro «Guardianas de Escocia»
Te diré mi nombre.
Tercer libro «Guardianas de Escocia»
Prisionero de tu voz.

TÍTULOS BAJO EL SELLO HQÑ

Romántica escocesa
Corazón escocés
Trilogía escocesa HQÑ
Vientos de Escocia
La irlandesa
El caballero escocés
Actual escocesa independiente
La flor del sol
El anillo del escocés
Un baile de otoño HQÑ

Histórica
Mi inocente duquesa
Un beso bajo el sauce
Camelias para una dama HQÑ
En algún lugar cerca de mi corazón HQÑ

Biología Contemporánea HQÑ
El amor no se puede pintar
El arte del amor